

Selecta

*El largo
olvido*



Marcia Cotlan

El largo olvido

Marcia Cotlan

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.

Es tan corto el amor y es tan largo el olvido.

Pablo Neruda

Querida amiga mía:

Si estás leyendo esto, significa que tu tren ya partió con destino a Barcelona. Muy pronto el traqueteo te adormecerá, te conozco bien. Para algunas cosas eres predecible como los niños pequeños.

Anoche, al llegar a casa, me puse a escribir como una loca. Tu orden fue para mí un regalo. «Cuéntame sin omitir nada lo tuyo con Asdrúbal» me dijiste. Me puse a ello en cuanto me quité los malditos tacones de diez centímetros y el vestido de Max Mara que estrené para la ocasión, con la resaca de la fiesta haciendo que la cabeza me diera vueltas, pero mi resaca no era de alcohol. Ojalá lo fuera, porque de esas se recupera una con un *Alka Seltzer*, un café con sal o simplemente durmiendo mil horas seguidas. Sin embargo, mi resaca es de las que dejan cicatriz y duran y duran como las pilas del anuncio. Es una resaca de amor. Haz el favor de no reírte de la expresión...

Me llamaste mentirosa cuando nos subimos al taxi para regresar a casa, pero no te mentí. Es cierto que Asdrúbal ya no siente nada por mí, absolutamente nada desde que fue a verme a Nueva York. Quizás hasta ese instante aún hubiera una pequeña posibilidad para nosotros, pero lo eché todo a perder en el bar de aquel hotel de Manhattan; destrocé cualquier posibilidad de que lo nuestro tuviese una segunda parte.

Eres tú la que ve cosas donde no las hay. ¿Que la tensión sexual entre nosotros se palpaba en el ambiente? ¿Que es más que evidente que aún estamos enamorados? No sé con qué gafas nos miraste, amiga mía. Ya no queda nada en él, ningún sentimiento hermoso o mínimamente amable hacia mí. Te contaré nuestra historia y sabras por qué te lo digo. Empiezo, ¿estás preparada? Bien, pues allá vamos. Te envío los primeros veinte folios. El resto, cuando regreses.

La llegada

En marzo de 1990 se trasladaron a vivir al piso de enfrente los Loyola y su hijo Asdrúbal, que muchísimo después se convertiría en mi marido. Yo tenía nueve años. Las obras nos habían tenido en vilo varios meses. Obreros entrando y saliendo sin cesar, dejando su reguero blanquecino de cal en el pasillo y el montacargas, aquellos golpes que indicaban que algunos tabiques del inmueble iban a desaparecer en favor de espacios más amplios, tal y como entonces comenzaba a ponerse de moda (ya sabes a lo que me refiero: esa fiebre por emular los apartamentos neoyorkinos que salían en las películas y en las series de televisión; se puso de moda la palabra *loft* y todo el mundo derribaba los tabiques de su casa para que las líneas de las estancias fueran más diáfnas y el espacio fluyera. Son palabras textuales de muchos de los amigos de mis padres que, por aquella época, comenzaban a remodelar sus viviendas). Fuimos testigos de cómo entraban los mármoles de la mejor calidad, las griferías más modernas y los muebles más caros. Incluso un arpa antigua que nadie tocaba pero que los Loyola habían comprado en una subasta de muebles en París, como después nos contó Asdrúbal. Nuestro edificio era antiguo, de los años veinte. La fachada había sido remodelada y el portal también, cuidando con esmero los detalles, pues se reemplazaron los espejos por otros de la misma época y un ebanista se encargó de dejar la puerta del montacargas, la del portal y la de cada vivienda como si fuesen nuevas, pero sin serlo, pues ahí radicaba la gracia: en mantener aquella joya de los años

veinte sin modernizarla, con todo el sabor de la época en la que había sido construida. Creo que era el único edificio de la ciudad que conservaba la portería como a principios del siglo XX y que tenía dos escaleras: la principal y la de servicio, que conducía a las cocinas. Cada cual había remodelado el interior de su casa a su manera, desde el minimalismo de los Ortega Méndez, que vivían en el quinto, hasta nosotros, que mantuvimos ese aire casi decimonónico de maderas oscuras, cortinones, tresillos de terciopelo y altísimas estanterías llenas de libros. Los Loyola (conocí su casa cuatro meses después de que se hubieran trasladado) habían optado por un estilo Montecarlo, lujo sin estridencias y más brillo del que a mis padres les gustaba. La plata y el cristal que adornaban las estanterías horrorizaba a mi madre, siempre contraria a los adornos que no servían nada más que para eso, para adornar. En nuestra casa había pocos cuadros en las paredes y contadas fotografías sobre las repisas o sobre alguna mesa auxiliar. Creo que a mis padres no les gustaba nada de los Loyola, excepto Asdrúbal, pero él les gustaba tanto que les perdonaban todo lo demás.

Asdrúbal Loyola era un cerebro privilegiado que prendó a mi padre desde el primer instante en que habló con él. No entendía que aquel muchacho que había crecido solo, con la ausencia casi total de sus padres y sin un solo libro en casa, si exceptuamos los que él mismo se había ido comprando, podía tener una cultura tan extensa, unos gustos tan refinados y una inteligencia tan viva. Sus padres solo pensaban en aparentar, gastar dinero y disfrutar. Eran superficiales e irresponsables y no habían dedicado ni un solo minuto a su hijo, que había crecido rodeado de niñeras, cocineras y demás personal de servicio.

Asdrúbal se convirtió en el hijo que mi padre siempre quiso tener. Imagina la alegría que recibió cuando, varios años más tarde, Asdrúbal se convirtió en mi novio y, finalmente, en mi marido. Imagina también lo que le supuso, después, aceptar nuestro divorcio. Tanto se negó a ello, que Asdrúbal siguió visitando la casa y asistiendo a las reuniones y fiestas familiares igual que lo

había hecho siempre. Como si aún estuviéramos casados. Yo debía escuchar después la famosa frasecita de «ese hombre es excelente. No hay otro mejor» y la mirada recriminatoria de mi padre. Siempre he sido un saco de decepciones para él, eso acaba una asumiéndolo tarde o temprano y así duele menos. O duele de otra manera.

Por aquella época, en pleno proceso de divorcio, recibí el encargo de traducir *Oliver Twist*. Siempre me ha gustado Charles Dickens. Encuentro en su melancólica tristeza, en su descripción de los ambientes y los personajes más desfavorecidos y en su crítica social algo que me recuerda a las tardes de los domingos. Lo mismo me ocurre con *Charlot*. Aquellas tardes de domingo en las que veíamos cine en casa con el viejo proyector de mi madre, antesala de los lunes, y del colegio, y de las actividades extraescolares, eran tristes y melancólicas, invernales, aunque sucedieran en plena primavera. Creo que eso es la infancia, al menos la mía, un largo invierno lleno de películas de *Chaplin* y de juvenzuelos de novela de Dickens correteando por las calles de Londres. Un largo domingo, malo en sí mismo, pero preludio de un lunes que traerá algo peor.

Es curioso, porque siempre que veo una película de Chaplin recuerdo al niño que fue Asdrúbal, a pesar de que no vivía en las calles de los barrios bajos, ni era huérfano, pero sí sufrió un tipo de abandono muy similar. Sus padres habían sido hippies en su juventud y lograron enriquecerse con un negocio textil en la madurez, de manera que unieron el ansia de libertad al exceso de dinero, y esa mezcla tuvo como resultado que le dieran a su hijo las llaves de casa cuando tenía diez años y le dijeran: «Ya eres mayor». Eso significó para Asdrúbal vivir con gente de servicio que le cubría las necesidades elementales de supervivencia y tener noticias de sus padres a través de postales en las que se veía Gstaad nevado o las playas de Saint-Tropez. También a través de mensajes grabados en el contestador automático en los que siempre se escuchaba de fondo la algarabía de las risas y las charlas animadas por el champán (eso se imaginaba Asdrúbal, según me

confesó una vez, que sus padres y los amigos de estos se pasaban el día riendo y bebiendo champán, mientras él permanecía solo en casa leyendo un libro, paseaba por el parque o jugaba al billar en los bares a deshoras). Cuando se trasladaron a vivir a nuestro edificio, encontró a su verdadera familia: nosotros. Por eso el divorcio fue un infierno. Mi madre y mi hermana estaban tan incrédulas ante el fin de mi matrimonio como lo habían estado dos años atrás al saber que éramos pareja. Jamás me atreví a preguntar —quizás porque intuía que la respuesta iba a resultar humillante y a dolerme demasiado— el porqué de esa estupefacción cuando Asdrúbal y yo comenzamos a salir. Héctor, que considera a mi ex más hermano suyo que a Florencia y a mí, le enfadó de tal manera nuestro divorcio que dejó de hablarme durante varias semanas. Eso que gané, también es cierto. «¿Por qué has tenido que fastidiarla con esto también?», me preguntó, y en esta simple cuestión aglutinó todos los fracasos de mi vida. De nada sirvió decir que la relación se había ido desgastando (si es que alguna vez había tenido un momento álgido, ya ni siquiera lo recordaba) y que fue Asdrúbal y no yo quien decidió ponerle fin.

Mi padre no me dijo nada. Absolutamente nada. Firmé el divorcio un viernes y el sábado, cuando llegué a comer a su casa, como cada fin de semana, me encontré a Asdrúbal sentado a la mesa. Hasta el día de hoy eso no ha cambiado. Compartimos Navidad y Fin de Año, la comida de los sábados y, a veces, también nos encontramos cuando vamos a visitar a mis padres al pueblecito de la costa donde pasan el mes de agosto desde que nosotros éramos pequeños.

Sí, Asdrúbal me recuerda mucho a mi padre. Al igual que él, también se ha pasado la vida ansiando algo mejor: el número uno de su promoción, el doctorado, la cátedra... Y lo fue logrando todo. Creo que si se propone algo de verdad, lo consigue, por difícil que sea. Una vez se lo dije y se enfadó.

—Me recuerdas mucho a mi padre —comenté, con bastante desacierto. Esto ocurrió en la época inmediatamente anterior al divorcio, cuando ya se había instalado entre nosotros una apatía que nos convirtió en compañeros de piso.

Me pregunto si alguna vez fuimos otra cosa. Él frunció el ceño y me di cuenta de que la comparación no le gustaba.

—Eso no es un piropo, me temo —comentó; su sonrisa estaba a medio camino entre la ironía y la tristeza. Era una de sus sonrisas torcidas, en plan Humphrey Bogart. Era sonrisa de detective de novela negra, se lo dije muchas veces.

—Lo digo porque te pasas la vida queriendo conseguir algo más, creyendo que el secreto de la felicidad reside en lo que tienes y no en lo que eres — traté de explicarme.

—¿Sabes tú, acaso, dónde está el secreto de la felicidad? ¿Has logrado ser feliz con lo que eres? —me preguntó, sabiendo de antemano la respuesta. No pude hacer otra cosa que callarme.

Me pregunto por qué siento la necesidad de volver a contarle a alguien de nuevo mi historia con Asdrúbal, justo ahora que tengo ese enigma por resolver, ese problema mayúsculo que se llama Tavo. Me invento un novio que vive en Rotterdam para justificar que no puedo asistir a una fiesta, ya que voy a ir a verlo a él, y esa invención se convierte en un hombre de carne y hueso que se presenta ante toda mi familia en el momento más inesperado y me deja al borde del colapso nervioso. Y el tal Tavo, para qué negarlo, se parece demasiado al propio Asdrúbal.

Tengo que confesar que vuelvo una y otra vez a hablar de Asdrúbal porque creo que aquel mes de marzo de 1990, cuando él se instaló en el piso de enfrente, conocí al hombre de mi vida, por más que haya dicho cientos de veces que me complicó las cosas. En realidad, llegó para ponerlo todo en su lugar, para unirnos más como hermanos y para ayudarnos a aceptar quiénes éramos...

Éramos los hijos del doctor Sotomonte y la doctora Ruipérez. Casi nadie, a lo largo de nuestra infancia y adolescencia, se refirió a nosotros por nuestros nombres o nuestros méritos, sean pocos o muchos. Éramos los hijos de dos eminencias, así se nos describía, así se referían a nosotros. Esa era nuestra

identidad.

Mi padre era el profesor más hueso de la facultad de Historia y mi madre creó el Seminario de Estudios de Género en la misma facultad. A mi padre lo temían sus alumnos como a la peste. Contaba la leyenda que muchos estudiantes no lograban acabar la carrera porque no eran capaces de aprobar la asignatura impartida por *el Dinosaurio*. Así lo llamaban. Mi madre fue una pionera en los estudios de género, sus libros eran bibliografía obligada para las feministas de todo el país. En este ambiente vivimos (o sobrevivimos) mis dos hermanos y yo. No es fácil ser el hijo de unas mentes brillantes: la brillantez se presupone en ti por ser vástago suyo, pero no se te valora en absoluto. «Estos chicos son muy listos», decía alguien. «Es que son los hijos de Sotomonte y de Ruipérez», respondía otro, y eso zanjaba el asunto. Lo extraño hubiera sido no ser brillante. La excelencia era obligada.

Mi melliza y yo nos pasamos la vida explicando nuestros nombres. Tampoco en eso pudimos ser normales. Ella se llama Florencia, pero no por la ciudad, sino por Florence Nightingale, la feminista. Yo siempre digo: «Me llamo Livia. Se escribe con uve. No, no me llamo así por el país. Es un nombre latino». Sería largo explicar que así se llamaba una emperatriz romana, la madre de Tiberio. Una mujer admirable, según mi padre.

Mi melliza y yo somos la prueba palpable de que mis padres no están hechos para ceder. Cuando nació mi hermano, a ambos les gustaban los nombres de Aquiles y de Héctor, pero estaban también de acuerdo en que Héctor era un nombre mejor, pues en la *Ilíada* se le mostraba como un hombre de una pieza bendecido con todas las grandes cualidades que debía tener un héroe. Lo llamaron, por lo tanto, Héctor Sotomonte Ruipérez. Aquiles, pensaron ambos, era un nombre que arrastraba un estigma: el maldito talón. Mis padres no admiten, ni mucho menos disculpan, los puntos débiles. Cuando mamá se quedó de nuevo embarazada, tenían claro que si era niño se llamaría Tadeo, por un antepasado común muy brillante que destacó en el campo de la investigación científica. Se me olvidaba decirte que mis padres son primos

muy, muy lejanos. Tienen un tatarabuelo común de nombre Tadeo Sotomonte Villaurrutia. A veces he pensado que se casaron porque ambos tienen el convencimiento de que pocas personas fuera de nuestra familia merecen verdaderamente la pena. El problema con el nombre que habían elegido para el bebé se produciría en el caso de que naciese una niña. Papá quería llamarla Livia, un nombre romano muy común entre las mujeres patricias. Mamá quería llamarla Florencia, en honor a la insigne feminista. Ninguno estaba dispuesto a ceder y la madre naturaleza, asustada ante tanta cabezonería, optó por que fuésemos mellizas, a pesar de que no había ni un solo antecedente familiar.

Pasaré por alto la historia de nuestra vida académica, de las múltiples matrículas de honor y los infinitos test para detectar si éramos superdotados. Pasaré por alto también el estrés que suponían las actividades extraescolares, pues disfrutar nunca fue algo que mis padres valoraran demasiado. Si recibíamos clases de ballet, debíamos superar a la Pavlova. Si las recibíamos de piano, debíamos tener en mente la edad a la que Mozart había comenzado a destacar. Pensarás que exagero, pero no. En muchas cosas me quedaré corta, porque por más que lo explique, no podré hacerte entender lo que era vivir en aquel ambiente de excelencia, aquella obligación de ser el número uno. «Héctor hizo esto mejor que vosotras», «Florencia destaca en Matemáticas y vosotros vais rezagados», «Livia...». Ahora que lo pienso, yo no destaqué nunca por encima de mis hermanos.

Por si la situación no fuera suficientemente complicada entre nosotros, que éramos comparados cada día los unos con los otros, apareció aquel niño excepcional, Asdrúbal Loyola. Competir con él era una pérdida de tiempo, pues lo sabía todo y lo hacía todo mejor que nosotros, o eso nos pareció al principio. Lo hubiéramos odiado sin tregua si no fuera porque su carácter hacía imposible sentir odio hacia él. Se esforzaba terriblemente por lograr lo que deseaba, pero jamás salía de su boca una sola palabra de vanagloria. Ni siquiera parecía un empollón. Al contrario que mis hermanos y yo, había tenido una vida muy libre. «Soy carne de bar», nos decía cuando mirábamos

asombrados su manera de jugar al billar y a los dardos o su modo de beberse la cerveza de un solo trago, casi sin respirar. Pasaba del ajedrez al póquer con una simplicidad asombrosa. Era camaleónico, se adaptaba a los ambientes y si no fuera porque ocultaba sus sentimientos con la determinación de un vikingo (de hecho, si no lo conocías muy a fondo, podías pensar que no tenía sentimientos), podría decirse que era un chico perfecto. O lo más parecido a la perfección que habíamos visto nunca.

Físicamente no estaba nada mal. Era muy alto para tener once años. Moreno y de ojos agudos, ojos que diseccionan, que parecen darse cuenta de todo. Se había criado sin horarios ni prohibiciones y cuando llegó a nuestra vida se adaptó a las normas que había en nuestra casa con una actitud espartana, como si hubiera estado deseando que alguien le pusiera límites. Sin embargo, siempre ha arrastrado ese aire mundano de los primeros años, pues creo que al haber vivido sin ataduras adquirió una seguridad en sí mismo y una fortaleza de carácter que un niño sobreprotegido no tiene jamás. No es que sus padres no lo quisieran, es que lo querían de otra manera. Eran gente diferente. Así los denominaba mi padre: diferentes. Hippies, bohemios, libres y despreocupados, al contrario que mi familia. El tipo de padres que yo hubiese querido tener. Un golpe de suerte los había convertido en ricos y sus ansias de extender las alas se vieron incrementadas por una cuenta corriente que les permitía volar cuando quisieran y adonde quisieran. Ella, la madre de Asdrúbal, era de una belleza que dejaba anonadado, muy parecida a Verónica Lake o a Rita Hayworth, no tanto físicamente como en la actitud de *femme fatale*. Su pelo era castaño, largo y ondulado, lo llevaba peinado de lado, tapándole casi el ojo derecho, como las mujeres que volvían locos a los detectives de novela negra. Su voz era ronca debido al tabaco, una voz sensual de cantante francesa. Arrastraba las erres al hablar igual que los espías rusos en las películas de James Bond. No era una mujer de este mundo, era un personaje del celuloide. Había salido de algún pueblo perdido para probar suerte en el cine y había acabado en una comuna hippie donde conoció al

padre de Asdrúbal. Su hijo se parecía a ella físicamente, pero no en el carácter. De hecho, Asdrúbal había querido a su madre con la misma intensidad con que la cuestionó por su frialdad y su despreocupación. Digo que la había querido porque un buen día decidió que no la querría más. Asdrúbal es así, se entrega sin reservas, se vuelca, pero un día recibe un golpe y decide que va a ser el último, entonces jamás vuelve a mirar atrás. Adquiere una frialdad nórdica. «Cuando digo basta es basta», es una frase muy suya. A su padre lo había desterrado de su corazón mucho antes por un motivo muy simple: no lo respetaba. Tenía amantes, muchachas bastante jóvenes que trabajaban para él y soñaban con que les resolviera la vida, pero en realidad se cansaba de ellas muy pronto y no solía recordar ni siquiera sus nombres. Su hijo lo había visto besuqueándose con alguna en el interior de su Volvo, por eso no solía pasar por la calle en la que se encontraban las oficinas de su padre, porque su coche podía estar aparcado en el exterior y tendría que ver lo que no deseaba: cómo le era infiel a su madre.

Recuerdo que una vez me dijo: «No sabes la suerte que tienes de que tu padre sea como es. Te quejas, pero es un tipo de una pieza». Odio esa expresión, «de una pieza». Mi padre la utiliza mucho y no creo que jamás la haya usado para definirme a mí, quizá por eso la odio. «Dicen que cuando Miguel Ángel esculpió el Moisés, ya lo veía en el inmenso bloque de mármol. Tu padre es así: antes de conocerlo a fondo ya adivinas la grandeza que oculta». Me lo dijo un día mientras paseábamos por el parque. No sé qué hacíamos allí, ni qué hacíamos los dos solos, pues lo normal era que él estuviera con mi hermano y yo con Florencia, o los cuatro juntos, pero aquella combinación era inusual. Él y yo no solíamos estar solos nunca, hasta el viaje que hicimos a París en el coche de mi hermano para ir a ver a Florencia. Pero aquella tarde estábamos solos. Era octubre y hacía frío. Compramos castañas y las comimos sentados en un banco mientras nos reíamos de la fachada del edificio que teníamos enfrente, el viejo conservatorio de música. Acababa de ser restaurado y los colores nos recordaban a una enorme tarta de cumpleaños.

También observábamos a la gente y nos inventábamos historias.

—¿Ves a ese? Acaba de asesinar a su mujer y en el maletín lleva uno de los brazos de la pobre difunta —me dijo.

—Bah, ¿me estás contando el argumento de *Una ventana indiscreta*?

Habíamos visto la película de Hitchcock aquel domingo en el viejo proyector de mi madre. Nos reímos mucho aquella tarde. Después me acompañó a clase de francés y, a modo de despedida, me dijo:

—Si esto fuera una película o una novela, después de una tarde como esta deberíamos besarnos apasionadamente en medio de la calle.

Sus ojos chispeaban y por un segundo creí de verdad que iba a besarme en los labios, pero no lo hizo. Me besó en la mejilla. Fue uno de esos besos delicados que no hacen daño. Odio a la gente que hace daño al besarte en la mejilla, que se aprieta tanto contra ti que parece que quiere taladrarte el pómulo. El beso de Asdrúbal no fue así. Fue de los que se recuerdan con un escalofrío y te deja un eco de vello erizado en la nuca. Mis compañeras de francés se acercaron cuando él ya se alejaba.

—¿Quién es ese, Livia? ¿Estáis saliendo? ¡Está cañón! —me decían.

Yo aún tenía el regusto de las castañas en la boca. Una furgoneta de reparto se detuvo delante de la Escuela Oficial de Idiomas y cuando el conductor abrió la puerta para salir, pude escuchar que en la radio sonaba aquella canción tan tonta de Danza Invisible:

Sabor de amor, todo me sabe a ti,
comerte sería un placer
porque nada me gusta más que tú.

Nunca he podido volver a comer castañas sin recordar aquella tarde, aquel beso en la mejilla y lo bien que le quedaba a Asdrúbal el abrigo azul marino. Entonces aún no había visto cine francés, pero ahora podría decirte que era como un joven Alain Delon en alguna de aquellas películas que René Clément rodó en los años 60.

Yo debía de tener entonces quince años. Asdrúbal, diecisiete.

Decisiones equivocadas

Es bien sabido que los buenos personajes literarios son los amantes perfectos, los amores perfectos. Siempre están a la altura de nuestras expectativas, nunca nos defraudan. Son cuerpos amables que se pliegan a nuestras necesidades afectivas y que nos hacen temblar el corazón, aunque cuando cerremos las páginas del libro nos sintamos más solas que antes y más desesperadas, pues la probabilidad de encontrar a alguien así en la vida real es casi imposible.

Mi hermana Florencia dice que hay una edad a partir de la cual una mujer debe romper con sus mitos, es decir, aceptar que no encontrarás por la calle a un hombre similar a tu personaje literario favorito, aunque creo que esto lo leyó en alguna novela justo en la época en la que las dos nos encaprichamos del mismo chico. Teníamos diecinueve años y vivíamos en un piso de estudiantes en Madrid, una auténtica comuna donde también dormían, a veces, compañeros nuestros de la facultad o mi hermano Héctor y Asdrúbal cuando su compañero de piso lograba llevar a una chica a casa y les cerraba la puerta con pestillo para que no molestaran.

Era normal llegar de madrugada y escuchar los ronquidos de Héctor o ver el contorno del cuerpo de Asdrúbal dormido en el sofá. Este amigo en cuestión que les impedía el paso a casa cuando ligaba tenía una novia en el pueblo, de manera que trataba de ser discreto en sus escauceos, aunque no siempre lo conseguía. La novia, más bien poquita cosa (aunque tal vez aún la juzgue con

mis ojos celosos de aquel entonces), venía a verlo de vez en cuando y entonces él se convertía en un tipo serio y responsable, creo que incluso se peinaba con raya al lado y desprendía un tufo terrible a colonia de abuelo, nada que ver con el que era cuando ella no estaba. Se llamaba Amancio, un nombre horroroso, pero todos lo llamaban Tito, no sé por qué.

Cómo acabé en la cama de Tito es un misterio, porque no era mi tipo en absoluto, pero era pintor y eso fue lo que me enganchó. Pintaba de todo a todas horas, de la manera más peregrina, desde bodegones en la servilleta de un bar hasta imitaciones cubistas en una de las paredes del piso que compartía con Héctor y Asdrúbal. Y me pintó a mí infinidad de veces, la primera de las cuales ni siquiera me enteré. Ellos (Asdrúbal, Tito, Héctor y Florencia) veían *La guerra de las galaxias* por decimoctava vez mientras yo repasaba un trabajo que debía entregar al día siguiente. Estaba sentada en la mesa camilla que había pegada a la ventana e imagino que mi cara de concentración despertó su interés.

—¿Estás dibujando a Livia? —le preguntó Florencia, sacándome de mi ensimismamiento.

Levanté la mirada del trabajo para clase de Literatura del siglo XIX y me topé conmigo misma a trazos de carboncillo en la página en blanco del final del libro de Física Cuántica de Asdrúbal. Qué poca gracia le hizo a él que me dibujase en su libro. Cuando le pregunté si podía arrancar la hoja, me dijo:

—Por supuesto que no —con un tono tajante que yo desconocía.

—Eres un borde —le respondí. No sabía que él iba a conservar ese dibujo durante años; entonces simplemente creí que no quería estropear su libro arrancando una hoja.

Así se fraguó mi interés por Tito, al que hasta entonces, todo hay que decirlo, consideraba poco menos que un cateto.

La primera vez que había entrado en nuestro piso de estudiantes cometió la imprudencia de husmear en mi habitación. Yo tenía clase por las tardes, pero siempre llegaba sobre las ocho. La casa ese día estaba llena: Florencia, Tito,

Héctor y una amiga con la que compartía cama desde hacía unas semanas y Asdrúbal y una chica bastante mona a la que llamaban Greta porque decían, y con razón, que se parecía a la Garbo. En realidad se llamaba Margarita. La chica era agradable y bastante avispada, no como aquellas morenas que solían acompañar a mi hermano, altas y guapas, pero simples como el mecanismo de un sonajero. Greta no tenía la culpa de ser atractiva ni avispada, ni de tener ojos verdes y aquel aire sueco de despreocupación. Se parecía a la Garbo en *Ninotschka* porque se reía de forma similar, un tanto histriónica, como si le hubiese copiado el gesto a la actriz y lo repitiese a pesar de que resultaba, en sí mismo, bastante estúpido. Llevaba boina, cosa que sabía que a Asdrúbal le encantaba. Me pregunté si la boina se la habría regalado él, qué tontería, aún lo recuerdo. Sé que Asdrúbal no tenía la culpa de haberla traído ni ella de ser más guapa que yo, pero me puse de mal humor al instante, nada más verla. Y ahí comenzó a funcionar el retorcido mecanismo de mi cerebro: ¿Por qué me molestaba que ella acompañara a Asdrúbal? Entré en mi cuarto y me encontré a Tito, flaco, desgarrado y con una perilla puntiaguda que lo hacía parecer un Don Quijote moderno.

—¿Quién es el autor? —me preguntó, señalándome las láminas que cubrían la pared contra la que estaba apoyado el cabecero de la cama. Me lo había preguntado como si todas las láminas perteneciesen al mismo autor, a pesar de que la diferencia de estilos era obvia.

—Son todas de autores distintos —puntalicé. Creía haber escuchado que ese tal Tito estudiaba Bellas Artes, por eso me extrañó su ignorancia. Además, hacía imitaciones de autores cubistas en las paredes del apartamento que compartía con mi hermano y con Asdrúbal y si conocía a los cubistas, debería conocer también a los prerrafaelistas y a algún autor del *art nouveau*, digo yo.

—¿En serio? —Parecía verdaderamente sorprendido, aunque puede que me estuviera tomando el pelo, no lo sé.

—¡Por supuesto, hombre! —le dije con un tono que debió de resultarle insultante.

—Oye, guapa, que no tengo por qué conocer a todos los autores del mundo y menos si han nacido, pintado y muerto siglos antes de que yo existiera.

Me pareció una disculpa tan imbécil que no pude callarme:

—Si todo el mundo pensara como tú, aún no habríamos bajado del árbol. Seguiríamos siendo casi monos.

Reconozco que me pasé, sobre todo por la cara de asco con la que se lo dije y que vi reflejada en el espejo en forma de estrella que había sobre la cómoda y cuyos bordes estaban llenos de fotos de fotomatón donde aparecíamos Florencia y yo poniendo caras raras.

—¿Tú eres gilipollas o qué? —me dijo, con aquel acento andaluz que tanta gracia me hacía. Tuve que reírme y él se rio también.

—Lo siento, perdona. Hoy estoy limón, limón —me disculpé, al fin y al cabo qué culpa tenía él de que Asdrúbal se hubiese presentado en casa con aquella belleza que parecía sacada de una película de cine mudo. Estaba alterada por ese motivo y debía admitirlo ante mí misma, ya que nunca lo admitiría ante los demás. La carcajada de Tito me pilló por sorpresa.

—Pues estás de suerte, el mío es un día azúcar. Si yo también estuviera limón, no habría reaccionado tan bien, niña.

Me pareció un feo gracioso, de esos que ligan más que muchos guapos. Tenía dedos largos de pianista y se mordía las uñas.

—La mayoría de las láminas son de los prerrafaelistas —le dije, conciliadora, respondiéndole a lo que antes no había querido responder.

—¿Y esta? —señaló mi obra favorita.

—Es de Paul Klee. A mí también me encanta. Es como un rompecabezas donde el sentido está oculto y hay que ordenar el caos —le dije.

—Yo de eso sé bastante. Me paso la vida ordenando mi caos —me respondió, creo que para hacerse el interesante.

—Pues qué suerte. A mí el caos me engulle y, a veces, incluso me gusta que me engulla, no lo ordeno. —Yo también quería hacerme la interesante, claro.

Asdrúbal entró al cuarto para decirnos que las pizzas ya estaban sobre la

mesa y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no decirle que se fuera con Greta Garbo y nos dejara a nosotros en paz.

Tras esa noche, comenzó a flotar algo en el aire entre Tito y yo, algo que no se fraguó hasta tiempo después, cuando ya me había pintado en varias ocasiones. No le hablé de él a Florencia porque me daba un poco de vergüenza. Pensé que me diría: «Pero, mujer, si no te pega nada y, además, es un cateto». La verdad es que lo era, muy cateto además, porque justificaba su ignorancia de la forma más absurda. «¿Cómo voy a saber qué ocurrió en tal siglo? No conozco a ese autor porque es extranjero o murió antes de que yo naciera» o cualquier otra excusa. En mi casa la ignorancia no se justificaba. Si alguien no sabía algo, lo reconocía humildemente y le ponía remedio. No estaba acostumbrada a las personas que, como Tito, a veces se enorgullecían de lo que ignoraban y otras veces buscaban excusas para ese desconocimiento, como si no fuese culpa suya el hecho de no saber las cosas que deberían saber. Era estudiante de Bellas Artes, por Dios, y nunca había oído hablar de Gustave Klimt. Si lo hubiese llevado a mi casa, mi padre lo habría destrozado con un par de comentarios sardónicos. Por eso me gustaba, claro.

De verdad que creí que mi hermana jamás se fijaría en él, de lo contrario, yo nunca me hubiese acercado a Tito. Ambas sabemos el tipo de hombre que nos gusta a cada una y nunca nos entrometemos, es más: huimos como de la peste de los potenciales enamorados de la otra. Así que cuando esa tarde me lo confesó, me quedé de piedra.

—Dirás que estoy loca, pero creo que me gusta Tito.

Estaba sentada en la cocina, era diciembre y hacía un frío de mil demonios. Florencia tenía entre las manos una taza de té, más por el placer de calentarse con ella que por el deseo de beberla. La calefacción era eléctrica y temíamos pagar una fortuna a final de mes, de modo que la racaneábamos bastante y luchábamos contra el frío vistiéndonos como esquimales y durmiendo bajo mil mantas. Mis padres no eran millonarios y tres hijos estudiando y viviendo en la ciudad más cara del país era difícil de sostener. Creo que por aquella época

ya habíamos enviado varias novelas firmadas con seudónimo a dos o tres editoriales especializadas en literatura romántica. Creíamos que si éramos publicadas, ese dinero ayudaría a aflojar el esfuerzo económico de mis padres y realmente ocurrió así. Pero me estoy desviando del tema... Estaba hablando de Florencia y su confesión. Le gustaba Tito. No sé cómo pude mantener el tipo y tampoco sé por qué no le dije la verdad. Por esas fechas, Tito y yo ya nos habíamos acostado varias veces y yo sabía que aquello no tenía futuro. Ni siquiera tenía presente. Sé que fue una traición, un engaño absurdo, porque yo no estaba enamorada de Tito. Fuera por lo que fuera, no le dije nada y mantuve un gesto inexpresivo, casi japonés, cuando me contó que se habían encontrado varias veces por el campus y se habían tomado juntos un café. Lo que sí me fastidió es que Tito no me dijera nada. Que no se lo dijera a ella era normal, porque habíamos decidido llevar lo nuestro en secreto, pero que no me comentase a mí que se la había encontrado y habían tomado juntos un café en más de una ocasión era algo que me mosqueaba. Se lo comenté a Tito aquella misma tarde.

—Creo que a tu hermana le gusto, pero no te preocupes, yo estoy con la gemela con la que quiero estar. —Trató de abrazarme y poco me faltó para empujarlo.

Había pasado por alto que me llamara Lorena una vez, que era el nombre de la ñoña de su novia del pueblo (¡cómo la envidiaba yo en esa época, a pesar de todo, de las infidelidades y las traiciones! Él la quería de verdad, sé que es difícil de creer, pero la adoraba. Si Asdrúbal hubiera mostrado por mí la mitad de devoción que Tito por Lorena, habría sido feliz), incluso había restado importancia a que llegara siempre diez minutos tarde y me tuviera esperándolo como una idiota en los bares. Me preguntaba en ese instante qué había hecho posible aquello, pues miraba ahora a Tito y lo veía insignificante y vacío. Recordé la primera vez que nos acostamos, después de bebernos demasiadas copas. Entramos en el apartamento que él compartía con Asdrúbal y con mi hermano, tropezándonos con todo: el perchero de la entrada, la mesa

auxiliar donde tenían el teléfono... Llegamos a trompicones hasta su habitación y nos tumbamos sobre aquella cama en la que tantas mujeres se habían revolcado. No entiendo cómo sucumbí a una relación tan sórdida. El dormitorio era un auténtico caos de sábanas revueltas y ropa tirada por todas partes. Casi no se distinguía el suelo, pues estaba alfombrado por las decenas de camisetas que él se había puesto a lo largo del curso y que seguramente estaban sucias y seguirían estándolo hasta que en junio regresara a su casa y se las lavase su madre. Achaqué el desastre al exceso de alcohol que corría por nuestras venas, porque fue un desastre mayúsculo: no me corrí. ¿Cómo iba a correrme si para besarme me metía la lengua hasta la úvula sin preliminar alguno, si ignoró completamente el hecho de que yo tenía pezones y atacó mi clítoris con unos dedazos torpes, ejerciendo tanta presión que me hizo daño? «Joder, estás más seca que la mojama», exclamó sorprendido cuando me metió dos dedos. No pronunció ni una palabra más. Sacó de la mesita de noche el lubricante y el condón y acto seguido lo tenía dentro de mí moviéndose con delirio... Y yo en aquella cama cuyos muelles se me clavaban por todas partes, tumbada de espaldas, sin ganas ni siquiera de tomar las riendas, ponerme encima y tratar de que la cosa mejorara. Simplemente miré el techo desconchado de la habitación, esperando que él acabara pronto. Resoplaba de tal manera que me di cuenta de que le faltaba poco. Cuando acabó y escuché su jadeo profundo, a punto estuve de tirarlo de la cama para quitármelo de encima.

—¿Qué tal? —dijo como si tal cosa.

—¿Ahora me lo preguntas? —le espeté mientras me vestía a toda velocidad—. No solo es que no me corriera, patán, sino que además no he sentido nada mínimamente placentero desde el minuto uno. Tengo pezones, ¿sabes? Y son la parte más sensible de mi cuerpo, para más señas. Y cuando me toques el clítoris, hazlo con delicadeza. Más que dedos, tienes apisonadoras.

Se rio, ni siquiera lo ofendí un poco. Agarré mi bolso para marcharme, pero en ese momento alguien metió la llave en la cerradura y trató de abrir. El

corazón se me subió a la boca. ¡Asdrúbal! No podía verme allí, prefería morir antes de que me viera allí, atara cabos y supiera que yo era una más de las muchas chicas a las que Tito había aplastado contra su mugroso colchón.

Me di cuenta de que él había cerrado la puerta con el pestillo para que nadie entrara a molestar y, sin mediar palabra, fuera quien fuera el que trataba de abrir, Asdrúbal o mi hermano, tuvo que irse a dormir a mi apartamento, como hacían siempre que Tito ligaba. Era todo tan vulgar, tan repetitivo, que no sé cómo no me sentí asqueada. Achaqué la torpeza de aquella noche al alcohol, cuando en realidad somos torpes con parejas que no casan con nosotros. Tito, por lo que había oído, era un amante bastante decente, en cambio conmigo parecía un elefante en una cacharrería, torpe e inseguro, tropezando con todo mi cuerpo como si mis pechos o mis piernas fueran cachivaches tirados por el suelo con los que uno se topa cuando se levanta de noche a oscuras y camina por la casa. Tampoco yo atinaba mejor y, sin embargo, saber que aquel chico horrorizaría a mis padres me llevó a aquello. Porque eso era, al fin y al cabo, lo que me empujó a la cama de Tito: saber que mis padres lo desaprobarían. Pero de eso me doy cuenta ahora.

Nos acostamos alguna que otra vez más, no sabría decir cuántas, pero demasiadas si tenemos en cuenta que compartir cama con él era para mí tan placentero como depilarme las piernas. «Tienes a otro tío en mente mientras te follo, así que no es mi culpa que no te corras, sino tuya, por no tener la cabeza puesta en lo que tienes que tenerla», se justificó él la última vez que nos acostamos juntos. Me entró tal ataque de risa cuando lo escuché, que hasta acabé llorando como una Magdalena, pero de la gracia que me hacía... Claro que pensaba en otro, en Asdrúbal, pero él estaría haciéndole el amor a esa imitadora de Greta Garbo y hay cosas que mi orgullo digiere mal. Creo que, por un lado, no quería que Asdrúbal se enterara de lo mío con Tito, pero por otro lado, saber que para él sería como una puñalada imaginarme entre las sábanas de su compañero de piso, me animaba a seguir. Así de perdida estaba. Asdrúbal me hacía daño fijándose en otras y no en mí y yo sentía la necesidad

de arañar su alma como él arañaba la mía.

—No digas idioteces, haz el favor, Tito. Lo nuestro se acaba aquí —le dije, después de que él me explicara que era yo y no mi hermana quien de verdad le gustaba. Sé que se sorprendió, más por el tono que por la noticia, pues ambos sabíamos que aquello tenía pasada la fecha de caducidad desde hacía varios días. Fui poco delicada al decírselo y su orgullo se irguió como las serpientes en la cabeza de Medusa, amenazante y oscuro. De hecho creo que fue él quien se lo contó todo a Florencia, a modo de venganza, y quien exageró ante Asdrúbal lo que habíamos tenido. Porque sí, al final Asdrúbal se enteró de todo y durante un tiempo ni siquiera era capaz de mirarme a la cara, hasta que por fin un día llegó al piso de estudiantes que compartía con mi hermana y allí no había nadie más que yo. Con una furia que no le conocía, porque jamás lo había visto así, cerró dando un portazo y me aprisionó contra la pared, apoyando sus manos a uno y otro lado de mi cabeza. Alcé las cejas de forma interrogativa, un poco asombrada de su actitud y sin saber a qué venía aquello.

—¿No te da vergüenza que ese pedazo de mierda de Tito te haya tocado? Porque eso es Tito, un pedazo de mierda como ser humano. No le importas un carajo y si le importaras, no iba a tratarte con más respeto del que trata a su novia del pueblo, esa pobre cornuda que está totalmente engañada. Un tío como Tito te puede pegar un millón de enfermedades venéreas.

—¿Pero de qué vas, idiota? —fue lo único que se me ocurrió decirle—. Vete a ocuparte de tu amiguita Greta y a mí déjame en paz.

—¿Dejarte en paz? ¡Y una mierda! Si me entero de que ese mamarracho te pone otro dedo encima, acabo en la comisaría detenido porque lo mato, ¿me entiendes? ¡Lo mato!

—¿Estás loco o qué? —le dije, tratando de desembarazarme de él sin lograrlo, pues me sujetó por los hombros contra la pared.

—¿Te dije algo cuando me enteré de que te acostabas con ese surfista de pacotilla? No, porque él estaba loco por ti y te trataba como una reina y me gustara la situación o no, tuve que callarme. Pero esto, lo de Tito... ¡No pienso

permitirlo! Y el hecho de que tú lo permitas me decepciona tanto...

—¿Te digo yo con quién puedes acostarte? Aquel verano, cuando trajiste a San Juan a esa chica tan boba que se quemó la cara por tomar demasiado el sol... ¿Te dije que parecía mentira que te acostaras con alguien tan descerebrado? No, no te dije nada. Haz con tu vida lo que te plazca y yo haré lo mismo con la mía. Ya tengo un hermano, Asdrúbal, y a él le importa un pimiento con quién me acuesto, así que no voy a permitir que tú...

—¿Un hermano?! ¿Eso es lo que crees que hago, velar por ti como lo haría un hermano?

—Oye, mira, no me interesa seguir hablando de este tema, ¿sabes? —Hice el gesto de salir de la cárcel improvisada que sus brazos formaban con la pared y que me tenían prisionera.

—No te vas a ir a ninguna parte sin escucharme antes —me dijo.

—¿En serio? Me gustaría ver cómo logras que no me vaya —lo reté, mientras me desembarazaba de él y lo dejaba solo en mi casa. Sabía que no iba a obligarme a permanecer allí a la fuerza. Asdrúbal no es de esos tipos avasalladores.

—Tengo algo que decirte, maldita sea, vuelve aquí ahora mismo —me ordenó.

—No me interesa nada de lo que tengas que decirme. ¡Nada! Vete a la mierda. Te crees Don Perfecto, pero la cagas más que yo. Ninguna de las chicas con las que te has liado te llegaban a la suela del zapato, ¿y te atreves a echarme a mí cosas en cara? Púdrete, Asdru. Me tienes harta.

—Ven acá, peque. Tenemos que hablar, en serio —suavizó su tono y todo mi cuerpo tembló. Que me llamara «peque» me desarmaba. Me llamó así el primer día que nos conocimos, en el rellano de la escalera. «Oye, peque, ¿eres mi vecina de enfrente, no?». Pero nada iba a hacerme desistir de mi empeño de escapar de su mirada acusadora. Ya sabía yo que había caído muy bajo al acostarme con Tito, pero ¿quién era él para restregármelo por la cara? Maldito patán...

Mi hermana, que por aquella época preparaba la maleta para marcharse a París con una beca Erasmus, desapareció de mi vida sin despedirse de mí y sin pedirme explicaciones en cuanto Tito le contó lo nuestro. Estuvimos así varios meses, ella no se ponía en contacto conmigo y yo no me atrevía a ponerme en contacto con ella, hasta que le escribí una carta muy lastimosa pidiéndole perdón. Ella me llamó en cuanto acabó de leerla y, sin hacer alusión al asunto de Tito, comenzó a hablar conmigo como si tal cosa. Hasta hoy. Nunca hemos vuelto a tocar el tema. En realidad, nunca lo tocamos, simplemente pasamos página.

El de Tito fue el único incidente de chicos que tuvimos (y a mí me sirvió para darme cuenta de dos cosas: que Asdrúbal sentía algo por mí, pues descubrí, recortado y guardado como un tesoro en el cajón de su cómoda el dibujo que me había hecho Tito en su libro de Física Cuántica, y que yo lo consideraba de mi propiedad y por eso detestaba a la tal Greta).

Comienzo nuevamente a desviarme del tema. Me pasa siempre que escribo sin un guion, que tomo cualquier camino atractivo y olvido el tema que estaba tratando. Me ocurre lo mismo con los viajes en coche (como aquel viaje a París con Asdrúbal en el Seat de mi hermano), basta que lea en una señal el nombre de un lugar que me suene evocador, para que me salga del camino trazado y me dirija a ver si ese lugar es tan atractivo como su nombre indica. Pero ahora quiero volver al camino principal de esta historia de nuevo: mi hermana y yo no volvimos a discutir jamás por un hombre (acabo de revisar mis notas y eso es lo último que te había escrito antes de ponerme a divagar), pero gracias a un hombre que le gustaba a mi hermana, Asdrúbal y yo viajamos juntos por primera vez.

Florescia estaba en esa época en París (parece un chiste geográfico). A mis padres les dijo que iba a hacer un curso de literatura francesa en la Sorbona, lo cual era cierto, pero aquel viaje, en realidad, había respondido a la necesidad imperiosa de volver a ver a James, un estudiante de intercambio con el que había estado tonteando todo el año del Erasmus sin atreverse a dar el

gran paso hasta que faltaban pocas semanas para que él regresara a su país. El suyo más que un amor fue un tango, y uno de los más desgarrados, que dejó a mi hermana en estado de desconexión con el mundo durante bastante tiempo. Fue su época más depresiva. Acababa de enterarse de que James estaba enamorado de alguien, pero enamorado en plan película antigua, igual que la propia Florencia lo estaba de él, y ese desacuerdo de sentimientos la llevó a ovillarse sobre sí misma durante todo aquel invierno. Un jueves decidí ir a verla. Le pedí prestado el coche a mi hermano Héctor y llevé a cabo mi *road movie* particular, a la que finalmente se apuntó Asdrúbal (y ahí comenzó lo nuestro, pero aún no es el momento de contarte esto). Llegué a un París gris, lluvioso e inmisericorde y me la encontré en la cama. Me eché a su lado con los casi trescientos folios de mi traducción de *Cumbres Borrascosas* y le dije:

—Este es el mejor momento del mundo para releerla. Más romántico no puede ser: hay tormenta, estamos melancólicas y tú estás alimentando una pena de amor para que engorde y se haga inolvidable.

Me sonrió a medias, sin ganas.

—Comienza a leerla, anda —dijo con fingido desinterés, pero yo sabía que había logrado encender una llama, aunque diminuta, en el fondo de sus ojos claros, pero pronto comenzó a llorar sin consuelo y no era por la emoción, sino por la pena.

Sentí lástima por ella y por el estado en el que se encontraba y que, por el momento, no parecía que quisiera abandonar. No sé por qué se sale así de los desamores, con la cabeza como un nido de pájaros, el corazón como un fruto seco y el alma como un invierno noruego. Así me encontraba yo también tras el divorcio. Fue algo extraño, porque en esa época, en realidad, estaba en guerra contra todo, contra mí misma, y parecía que me sobraba incluso Asdrúbal, pero cuando él tomó la decisión de divorciarse de mí, me desesperé. Eso sí, me desesperé en silencio, no le dije ni una palabra, excepto: «Cuando quieras, vamos a un abogado», pero hubiera querido gritarle que, por favor, no me abandonara, no en aquel momento, aunque sabía bien que

me lo merecía. No dije nada, en cambio. No pedí ayuda. Fue básicamente una cuestión de orgullo. Aún hoy me descubro en ocasiones preguntándome qué sería lo que lo llevó a tomar esa decisión. Cuál de mis múltiples meteduras de pata o si tal vez fue la suma de todas ellas. Mis aguijonazos, como él los llamaba. Mis pequeñas crueldades cotidianas. Recuerdo el vértigo ante sus cajones vacíos, las perchas inertes colgadas en el armario donde antes pendían sus chaquetas y sus pantalones, el olor de su colonia que quedó impregnado en las sábanas y no desaparecía por más que las lavara (o tal vez es que yo aguzaba mi olfato para poder percibirlo aún y hacerme la ilusión de que seguía en casa, de que todo estaba como antes, como siempre). Aún siento esa presión en el pecho cuando lo recuerdo saliendo por última vez por la que había sido la puerta de nuestro apartamento, con aquella enorme maleta marrón de cuadros que nos habíamos comprado para irnos de luna de miel. Me miró con los labios fruncidos antes de entrar en el ascensor y no dijo nada. Yo cerré la puerta, pegué la espalda a la pared y me dejé resbalar hasta el suelo. Alguna amiga me había dicho que la soledad que sigue al divorcio era devastadora, pero no era la soledad lo que me estaba matando, era el hecho de haber perdido a Asdrúbal, que siempre había estado ahí desde que yo tenía nueve años. Enfrentarme al resto de la vida sin él era ciertamente devastador. Las peleas pasaron entonces a un segundo plano.

—Estoy harta de que siempre le des la razón a mi padre en todo —le decía.

—¿Y qué es todo? —quería saber él.

Entonces yo me daba cuenta de que no le había dado la razón en nada, simplemente había hablado con él y a mí me enervaba. Que mi padre me ignorara, que no tuviese en cuenta mis opiniones porque eran distintas a las suyas, es algo que he tardado tiempo en superar (y no sé si ya lo he superado del todo). Me hubiera gustado que Asdrúbal lo sacara de quicio. Creo que me habría gustado que él ofendiera a mi padre porque yo no me atrevía o no quería tomarme la molestia. Cobardía o pereza, poco importa, pero pretendía que fuese él quien molestara a mi padre.

Ante la ausencia de Asdrúbal, también pasó a un segundo plano todo aquello que es peor que las peleas: los largos silencios, la extrañeza de compartir la cama con un cuerpo que ya nos resulta ajeno, encontrarnos en el pasillo de casa o en las diferentes habitaciones y mirarnos con esa cara de pájaros espantados, como si compartiéramos espacio con un fantasma que sí, está ahí, pero apenas lo percibimos porque es transparente. Todo pasó a un segundo plano ante el hecho mayúsculo de que Asdrúbal ya no iba a estar en mi vida. Tuve que enfrentarme a esas trampas que me lo recordaban al abrir un cajón y ver que se había olvidado unos calcetines o al abrir un libro y leer las anotaciones de su puño y letra en los márgenes. Se me hicieron tiernos entonces sus gestos cotidianos: tomarse por la mañana un café rápidamente, de pie, mirando al fregadero; afeitarse en el espejo de mi tocador porque el del baño estaba empañado tras la ducha. Esas cosas incomprensibles y molestas se convirtieron de pronto en Asdrúbal, en marcas de su personalidad, y era difícil acercarse al fregadero sin llorar o sentarse ante el tocador y no recordar tantas veces que nuestros cuerpos desnudos se reflejaron en ese espejo.

Me lo merecía: el divorcio y todo lo demás, sé que me lo merecía, que le amargué la vida hasta que ya no pudo soportarlo, pero el día que firmamos los papeles yo rogaba en silencio que tan solo me dedicara una mirada durante un segundo, solo una, y yo lo paralizaría todo, le pediría perdón e imploraría empezar de nuevo, pero esa mirada no llegó. Había pasado sola varias semanas en el que había sido nuestro apartamento, rodeada de rincones que me lo recordaban, y con una sola mirada hubiera claudicado en mi intención de no decir nada. Hubiera mandado mi orgullo a paseo. Pero la mirada no llegó y firmé los papeles del divorcio. Me quedé con la duda y la pregunta se me enquistó en los labios. ¿Por qué ahora, si ya hemos pasado por tantos malos momentos? Me imaginaba preguntándole el motivo de su cambio de actitud hacia mí y a Asdrúbal respondiéndome: «Tú eres la única culpable, has estado buscando el divorcio desde el día mismo de la boda y después, tras el

aborto...».

Perdóname. Acabo de entrar en un tema espinoso, en un tema-puñal, de los que te matan un poco cada vez que los nombras. No recuerdo por qué llegué a este callejón sin salida. Creo que hablaba de Florencia y de cómo había sufrido tras su relación con James. Ah, sí, decía (antes de empezar a divagar) que de las rupturas se sale con la cabeza como un nido de pájaros, el corazón como un fruto seco y el alma como un invierno noruego. Su cabeza (la de Florencia) era, efectivamente, una inmensa jaula contra cuyos barrotes los pájaros chocaban incansablemente. Creo que odiaba sufrir, pero al mismo tiempo estaba viviéndolo como si fuese una de aquellas novelas románticas que ella y yo comenzamos a leer cuando íbamos a visitar a la abuela Polda, la madre de papá. La pobre abuela lo llevaba con culpabilidad porque había sido una mujer muy beata toda su vida.

—Pero qué queréis —nos decía—, ya que no tengo una vida amorosa y erótica, tendré que leer la de otras.

Pero lo hacía en secreto y cuando comenzó a quedarse ciega, éramos Florencia y yo las que nos acercábamos cada tarde a la residencia para leerle esas novelas. Fueron, debo decirlo, todo un aprendizaje, pues la mayoría de ellas eran tremendamente explícitas y a veces nos daba vergüenza leer en voz alta los momentos más tórridos, todo cuerpos masculinos musculosos y experimentados y jóvenes inexpertas y de piel de alabastro. Cuando murió la abuela, su compañera de habitación nos dijo que nos pagaría si seguíamos yendo a leerle a ella. Finalmente nos acabó pagando por escribirle historias a la carta. Un día le dije, al escucharla quejarse porque un personaje no le gustaba:

—Mire, Marcela, si quiere, yo le escribo una novelita y me da usted las indicaciones de cómo quiere que sean los protagonistas.

Así comenzó nuestro periplo como escritoras a la carta. Marcela decía: un pirata y una dama inglesa que es secuestrada, y Florencia y yo escribimos al alimón *Tormenta en el trópico*. Marcela decía: un bandido de la sierra

madrileña y una joven dama andaluza que viaja a la capital para encontrarse con su prometido, y Florencia y yo escribimos *El otro hombre*. Comencé a darme cuenta, con cierto pasmo y bastante miedo, de que cada vez que leía o escribía una novela romántica, todos los protagonistas masculinos tenían la cara y los gestos de Asdrúbal. No quería que fuera así, pero así era. Hasta entonces no había pensado en él de esa manera. Tampoco le di demasiada importancia. Estaba despertando a la vida, al amor, al sexo, y me pareció normal que mis primeras fantasías tuvieran como protagonista a alguien que era para mí tan cercano y familiar. El resto de los chicos me daban un poco de miedo, pero Asdrúbal no. Aquello no podía ser amor, me dije. Sería otra cosa, aunque no sabía muy bien qué, pero amor no era, y seguí repitiéndome que no podía ser amor cuando mi hermano y él se fueron a estudiar a la universidad, muy lejos, e imaginarlo en otra ciudad hacía que me costara respirar. No, no podía ser amor. No podía enamorarme de alguien que encajaba tan bien en mi familia. El día que me enamorara sería de alguien tan inadecuado, que mis padres sufrirían un infarto en cuanto él entrara en casa.

No quiero ser un dragón

Mamá nos leía los cuentos tradicionales cambiándoles el desenlace y manipulando partes tan importantes de la trama que el resultado final poco tenía que ver con aquellas recopilaciones de los hermanos Grimm que conocían todos los niños de mi infancia. Podría contarte mil anécdotas, como por ejemplo que mamá no nos contó el cuento de *Caperucita roja* hasta que fuimos mayores porque lo consideraba demasiado erótico para unas niñas. Decía que el lobo representaba a los hombres, y Caperucita, a la jovencita que comienza a coquetear, por eso cuando el lobo le dice «te voy a devorar», ella (en la versión de mi madre), le responde «nos vamos a devorar el uno al otro». Y practican sexo.

A Asdrúbal y a mí nos gustaba un cuento inventado por mi madre más que los cuentos tradicionales. Se titulaba *El dragón obligado a ser dragón*. Le rogábamos que nos lo contara, a pesar de que, por entonces, tendríamos más de once años y ya no estábamos en edad de cuentos infantiles. Siempre creí que la princesa del cuento era yo y el príncipe era Asdrúbal. Gracias a mi exmarido me di cuenta de que yo soy el dragón obligado a ser dragón. «Los dragones son malvados, aterrorizan a las gentes, escupen fuego por la boca», le decía la bruja al dragón. «¿Y si yo no quiero hacer eso, sino vivir tranquilamente en mi cueva, volar de noche o de día, pero sin asustar a nadie?», preguntaba el dragón. «¡Entonces no eres un dragón!», exclamaba la bruja. El resto del cuento es previsible: la princesa es raptada y custodiada en

la cueva del dragón y el príncipe va a rescatarla. La princesa ha tratado de librarse del dragón sin éxito. El príncipe tampoco logra salvarla y ambos llegan a la conclusión de que solo trabajando en equipo podrán vencer al dragón, pero cuando están a punto de hacerlo, este los libera. Las últimas palabras del cuento me parecen maravillosas. Hay que reconocer que mi madre tiene imaginación y no da puntada sin hilo, como solía decir mi abuela. «Si ser dragón consiste en esto, yo no soy un dragón». No me digas que no es genial.

Todo este repaso por los cuentos de mi infancia para decirte que yo tampoco soy dragón. Eso me lo dijo una vez Asdrúbal. Acababa de rechazar un puesto en la universidad. Era la primera vez que me atrevía a decirle un no rotundo a mi familia y ponía mis deseos por encima de lo que ellos esperaban de mí. Sabía que habían pesado mis apellidos para que me lo hubieran ofrecido y también sabía que me lo merecía más que el resto de los candidatos. Pero no me apetecía enseñar. No quería ese trabajo. Mis padres son profesores universitarios, mis abuelos también lo fueron y mis hermanos lo son. Incluso Asdrúbal es profesor.

—¿Eres una Sotomonte Ruipérez o no? —me preguntó mi hermano, que habría sido mi jefe de departamento, si yo hubiera aceptado el puesto que me ofrecían. Asdrúbal me había dicho cuchicheado en ese momento: «si ser dragón consiste en esto, yo no soy un dragón», y los dos comenzamos a reírnos, aunque Héctor no pilló la broma y ni siquiera creo que recordara el cuento.

Asdrúbal y yo tuvimos ese chispazo de conexión, que no teníamos desde nuestro viaje a París, y recuerdo esa tarde y esa noche porque cuando pienso en la felicidad, me vienen a la cabeza esas horas posteriores a haberle dicho a mi familia que no trabajaría en la facultad. Asdrúbal lo sabía. Siempre había sabido que ese no era mi camino y no hubo ni un reproche cuando dije que no.

—Es una oportunidad de oro para cualquiera, pero para ti sería una tumba.

Yo quería huir de todo lo que significaba ser hija de quien era. Me ahogaba

la sensación de que mi camino estuviera trazado desde antes de que hubiera nacido. La comprensión de Asdrúbal y ese pequeño guiño a nuestro cuento favorito nos regalaron aquellas horas de felicidad. Llevábamos un año casados y no tardaríamos ni siquiera otro en divorciarnos, pero en ese ecuador de nuestro matrimonio fuimos felices durante unas horas. Sé que recordar esto es patético, habrá gente que no pueda recordar un instante de plenitud porque haya vivido miles, pero para mí ese fue especial. Yo era yo, ni más ni menos, sin cargas del pasado ni ese terror ciego al futuro que me ha acompañado toda la vida. Me había quitado un peso de encima: el peso de cumplir con las expectativas ajenas. Me sentía bien, liberada y feliz, y Asdrúbal estaba allí siendo testigo de uno de los pocos momentos en los que me sentí a gusto dentro de mi piel. Recuerdo cómo fue quitándome la ropa despacio, pero su mirada no siguió el recorrido de mi piel desnuda, sino que se clavó en mis ojos mientras sonreía con una expresión desconocida para mí.

—¿Qué miras? —quise saber.

—A ti, ¿qué voy a mirar si no? —Seguía sonriendo, feliz.

—¿Y por qué me miras así?

—Porque me vuelve loco lo que veo y porque te quiero tanto que a veces me parece que el corazón me va a explotar.

Tragué saliva y sonreí al escucharlo. Me sentía tímida. Es absurdo, pero me sentía así.

—¿Y por qué hoy te sientes así? ¿Porque rechacé el trabajo de la universidad?

Se encogió de hombros mientras deslizaba los tirantes del vestido por mis hombros y me depositaba besos suaves a lo largo de la clavícula.

—Siempre que te miro siento que el corazón me late más rápido, es así desde que tengo doce o trece años. Además, no logro acostumbrarme a que seas... mía.

—Qué tonterías dices, ni que yo fuera...

—Lo eres —me interrumpió—. Eres la mujer más especial del mundo para

mí. Debajo de toda esa montaña de miedos y complejos, eres la mujer más asombrosa que he conocido en mi vida. Solo falta que tú te lo creas y que, como hoy, te impongas a todo el mundo. Que te acepten tal y como eres. Oblígalos. Eres demasiado especial para permitir que los demás te marquen el camino.

Lo miré con tal devoción, con tanto amor, que Asdrúbal se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Vale, si me miras así no podré hacerte el amor esta noche, porque me va a dar algo. Ten piedad de mi pobre corazón. Ya ha sufrido demasiado por ti. No me mires así a menos que lo que me dicen tus ojos sea cierto.

—¿Y qué te dicen mis ojos, Asdru? —le pregunté melosa.

—Que me amas tanto como yo a ti. Que me amas tanto que la vida sin mí no es vida ni es nada —dijo en un susurro, con su boca a dos milímetros de la mía.

—Es usted un buen traductor de miradas —le respondí en el mismo tono íntimo que él había utilizado y le eché los brazos al cuello.

—¡Joder, cariño! —exclamó. Tenía los ojos brillantes. Noté que un escalofrío lo recorría de pies a cabeza. Saber que podía provocar una sensación tan intensa con unas simples palabras en un hombre como Asdrúbal me emborrachó. Llevábamos un tiempo mal, así que aquello era algo asombroso.

Me besó con auténtico fervor y le respondí del mismo modo. «Te quiero, te quiero», murmuré en un arranque de sinceridad cuando su boca se perdió en mi cuello y sentí cómo me abrazaba con fuerza tratando de que nos fundiéramos en un solo cuerpo. Se apartó para mirarme.

—Joder, Livia... —casi gimió las sílabas de mi nombre, como si mi declaración le produjera más placer que el hecho de que estuviera tocándolo, devorándolo con los ojos, deseando darle tanto placer como él me daba a mí cada vez que me tocaba.

Nos deshicimos del resto de la ropa, enfebrecidos. El sexo entre nosotros

siempre había sido así, apasionado, vibrante, increíble... En esos momentos, tras rechazar el puesto en la universidad, me sentía feliz y fue todo un descubrimiento... Podía ser feliz siendo yo, había dejado de desear ser otra. Es muy abstracto lo que te cuento, lo sé. Divagaciones sin más. Si nunca te han cortado las alas, si no te han hecho sentir que el único camino posible era el camino ya trazado y que cualquier otra opción estaba vetada para ti, no puedes comprenderme. Había dicho «no» sabiendo que eso traería cola y me sentía libre e independiente por primera vez en mi vida. Por eso ese día fue especial y por eso la de Asdrúbal era la única compañía que deseaba, porque había bajado la guardia y mi cuerpo, mi piel, gritaban lo que mi cabeza trataba de negar: a pesar de que a mis padres les encantara Asdrúbal, él era el hombre de mi vida. Hubiera preferido enamorarme de alguien que desestabilizara a mi familia, pero no había sido así. Aún se me eriza la piel cuando pienso en aquella noche, en la manera en la que su lengua lamió mis pezones. Sabía que eran mi punto débil y siempre dedicaba mucho tiempo a mimarlos, a excitarme hasta que casi le suplicaba para sentirlo dentro de mí. Esta ocasión no fue distinta, pero en vez de pedirle que me penetrara, lo que le pedí fue que me dejara devorarlo, lamerlo. Se apartó con los ojos vidriosos por el deseo.

—¿Devorarme? Estamos un poco caníbales hoy, ¿no?

Asentí. Miré su imponente erección y me incliné sobre ella. Él contuvo la respiración. Deposité un beso lleno de amor sobre su glande. No te rías por lo que voy a decirte, ¿vale?, pero adoraba cada parte de Asdrúbal y te aseguro que su polla es la cosa más bonita que he visto en mi vida, larga, gruesa, rosada... Hermosa. La besé antes de introducírmela entera en la boca y sentí cómo él se deshacía de placer y de deseo.

—¡Oh, por Dios...! —gimió.

Lo escuché exclamar lo mismo durante unos segundos, una y otra vez, casi como una letanía.

—¡Para o me corro! —me avisó. Entonces tomó las riendas, me tumbó sobre el colchón y sonrió—. Ahora me toca comer a mí. Me muero de hambre.

Su lengua se posó con delicadeza sobre mi clítoris inflamado y chillé. Asdrúbal ya se había acostumbrado a que mis orgasmos fueran así de fáciles y también numerosos. Al principio, no daba crédito a lo que sus ojos veían: cómo me convulsionaba apenas me tocaba y la cantidad de veces que le decía: «No puedo más, Asdru, me corro...». La primera sorprendida era yo, que nunca había sido así en la cama con nadie, tan sensual y juguetona... Multiorgásmica, creo que se llama. Él me enseñó que el punto G no era ningún mito, que estaba ahí, en mi cuerpo, y le gustaba tocarlo, excitarlo y volverme loca de placer, un placer tan brutal, tan extremo que, a veces contraía los muslos para que dejara de tocarme porque estaba segura de que me iba a desmayar.

En aquella ocasión logró que me corriera cuando su lengua había acariciado mi clítoris media docena de veces. Acto seguido, le supliqué que me penetrara porque necesitaba sentirlo, necesitaba unirme a él, ver sus ojos cuando el placer y el deseo lo consumieran.

—Te quiero tanto, cariño, tanto... —me dijo a duras penas mientras me penetraba y dejaba que el aire saliera entre sus dientes apretados. Verlo así me llevó nuevamente hasta el orgasmo. Le rogué que se corriera conmigo.

—Por favor, por favor, córrete conmigo... —logré decir—. Me vuelves loca. Te amo, te... amo.

Nos miramos fijamente a los ojos, boqueando como peces fuera del agua, con aquel placer envolviéndonos. Él estaba absolutamente anonadado. Creo que era la primera vez que le decía que lo amaba. Cuando todo acabó, Asdrúbal se tumbó a mi lado, abrazándome como si el mundo se acabara y aquel fuese nuestro último abrazo.

Fue la mejor noche de mi vida, a pesar de que a la mañana siguiente todo volvió a ser igual y amanecí irascible y con mal sabor de boca, como si dejarme llevar con Asdrúbal hubiera desnudado demasiado mi alma y tuviera que volver a amurallarla de nuevo.

—¿Qué coño te pasa? —me dijo al despertarse, agarrándome por el brazo

justo cuando iba a entrar en la ducha. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que había vuelto a alzar mis murallas. Yo acababa de leer el mensaje de mi hermano en el móvil: «Haznos un favor a todos y no nos avergüences: acepta el maldito puesto de profesora adjunta. ¿A qué piensas dedicarte? Ya no eres ninguna cría. Madura de una puta vez».

—Déjame, no me toques. No tengo un buen día —gruñí. Él se pasó la mano por el pelo, malhumorado.

—Menuda novedad. Tú nunca tienes días buenos. Como mucho, unas pocas horas... Y empiezo a estar harto de esta mierda.

Todo volvía a estar igual de mal que siempre, pero esa noche me quedé dormida con el peso de su brazo rodeándome la cintura. Había una orquesta en la plaza, no sé qué fiesta sería, pero la música entraba a través de la ventana entreabierta, una versión muy mala del éxito de aquel verano, una canción de Antonio Flores que decía algo así como: «Tranquila, mi vida, he roto con el pasado». Yo entonces me la sabía de memoria de tanto escucharla en la radio. Se la canté al oído mientras Asdrúbal se ría.

—Nunca te ganarás la vida como cantante, asúmelo. Como escritora sí, de eso estoy seguro, pero te llevará media vida atreverte siquiera a intentarlo.

Allí estaba, dicho en alto por una voz que no era la mía. ¿Tanto me conocía él, tan transparente era? En cuanto al miedo... Claro que lo tenía... ¿Cómo escribir una novela que después sería leída por mis padres? Esperarían que fuese la nueva Virginia Woolf, pero aún mejor. ¿Cómo perder el pánico a escribir si se tiene un listón tan alto? Sin embargo, Asdrúbal, como lector de mis hipotéticas novelas, no me daba miedo sino curiosidad. Sería un crítico feroz, pero también aplaudiría a rabiar cada acierto.

Cuando publiqué mi primera traducción, la leyó de inmediato y eso que en aquella época nuestro noviazgo estaba en una especie de pausa debido a mis «neuras» y mi miedo a comprometerme. Estaba tan enfadado conmigo que llevaba sin hablarme casi un mes, me había llamado cobarde e infantil y yo lo acepté sin rechistar porque sabía que era cierto, que gran parte de mis

angustias partían de mi incapacidad para crecer del todo y de mi cobardía para afrontar los sentimientos profundos que no puedo controlar. Sobre todo, no me perdonaba que no luchara por lo que deseaba. «Yo no voy a defenderte ante tus padres y tus hermanos. No pienso hacerlo, aunque podría. Te convertiría en una inválida emocional que me necesitaría para resolver sus conflictos más pequeños y me niego. Te quiero fuerte, que los mandes a todos a la mierda. No me malinterpretes, adoro a tu familia, son mi familia también, pero te dejas pisotear porque quieres, porque es más fácil que levantarte y luchar. Todos vivís subyugados por lo que esperáis los unos de los otros. Si le pregunto a tu padre qué desea, me responderá que no quiere defraudar a tu madre y ella me respondería que no quiere defraudarlo a él. Y si os pregunto a Héctor, a Florencia o a ti, todos me responderíais que no queréis defraudar a vuestros padres, pero ¿qué desearíais hacer si pudierais, si nadie os juzgara? Nunca os lo habéis planteado siquiera. Ellos pueden hacer lo que quieran, ser esclavos de la opinión de los demás si eso es lo que desean, pero tú no, a ti te quiero libre de prejuicios porque eres el amor de mi vida, joder, ¿lo entiendes? Quiero que seas plenamente libre y que no pienses en nadie, ni siquiera en mí. Descubre cómo eres en realidad, lo que quieres, lo que necesitas. Lo que yo siento no cambiará jamás. Jamás, ¿comprendes? Jamás. Decidas lo que decidas y seas como seas en realidad. Lo que yo siento está por encima de esas pequeñas gilipolleces. Es más profundo que todo eso». Mi impasibilidad ante sus palabras lo llevó a un grado de enfado desconocido para mí. Se había ido dando un soberano portazo, como en las series melodramáticas, pero a pesar de todo me llamó para decirme, entusiasmado, que mi traducción le parecía estupenda, aunque seguía enfadado y tras colgar esa llamada seguiría sin hablarme. A veces hace cosas así, y es cuando más me gusta. Aunque la verdad, suele gustarme casi todo el tiempo desde que nos divorciamos, excepto cuando hace piña con mi padre para pelear contra mí por algo, entonces lo detesto. Pero eso ya no ocurre casi nunca. La mayor parte del tiempo me gusta muchísimo su forma de ser, pero no creas que lo descubrí

hace tanto... Verás, es que cuando lee se pone unas gafas horribles con el puente demasiado grande, así que le resbalan y tiene que estar subiéndolas todo el rato con el dedo. Es muy gracioso. Deja la cucharilla en la taza del café mientras bebe, a pesar de que yo le decía siempre que un día se la iba a meter en un ojo. No sé, es absurdo recordar todo esto, ¿no es cierto? Recordar cuando uno no debe, cuando ya está todo perdido. Como decía Neruda:

¿Por qué se me vendrá todo el amor de golpe
cuando me siento triste y te siento lejana?

También yo me pregunto por qué. Añoro los tiempos en los que no me preguntaba nada. Las cosas fluían y yo las dejaba fluir. Me viene a la cabeza Nico Valdés. Creo que ya te lo había nombrado cuando comencé a escribirte esta historia y como este capítulo trata de dragones, tengo que hablarte de él. Nico tenía un dragón tatuado en la espalda y si algo sabía hacer era dejarse llevar por los acontecimientos. Esa frase, «dejar que las cosas fluyan», es suya y me la dijo por primera vez en la fiesta que daba el hijo de unos amigos de mis padres en su casa de la playa de San Juan, el pueblo costero al que íbamos a pasar el mes de agosto desde que éramos pequeños.

Aquel era el primer verano tras la marcha de Asdrúbal y de Héctor a la universidad. Habíamos ido a verles en un par de ocasiones y decidimos, tanto Florencia como yo, que ya no íbamos a volver. Apenas tenían tiempo para nosotras, entre las clases, los nuevos amigos y las fiestas. Ese primer año aún no compartían piso con Tito, el estudiante de Bellas Artes que había generado el primer y único conflicto amoroso que tuvimos mi hermana y yo. Aquella habitación estaba vacía y era allí donde dormíamos nosotras. Fueron unos días tristes, paseábamos por la ciudad con una mezcla de melancolía e ilusión, disfrutando de las bajadas al metro como solo disfrutaban quienes no lo tienen en su ciudad. Íbamos a museos, pasábamos el tiempo en algunas librerías o en el Rastro, deambulábamos por Malasaña encontrándonos a algún que otro actor famoso, a algún que otro cantante. Comíamos boquerones en bares que

recordaban a Andalucía y bebíamos cerveza en garitos muy modernos con música estridente y desconocida. Nos hubiera gustado pasar esos días los cuatro juntos, ya que habíamos formado hasta entonces una hermandad especial, pero ellos, como ya te dije, estaban demasiado ocupados. Aquel mes de julio ni siquiera regresaron a casa, se fueron en el *Interrail*, que entonces estaba muy de moda, a recorrer Europa con unos amigos y unas mochilas al hombro, pero en agosto nos encontramos todos en San Juan, como siempre. Asdrúbal volvía a ser el tipo mundano que era cuando llegó a vivir con sus padres al apartamento de enfrente. Tengo fotos de aquel verano en las que aparece jugando al fútbolín, concentrado, mientras el cigarrillo le cuelga de la comisura de los labios. Llevaba el pelo un poco largo y hacía enérgicos movimientos con la cabeza para apartárselo de los ojos. Estaba en todas las fiestas y era el centro de ellas, seguido de cerca por mi hermano, que tampoco se quedaba atrás. Habían regresado triunfantes de Madrid tras su primer año en la facultad, con unas notas brillantes y mil historias que contar sobre la vida nocturna de la capital. Asdrúbal salía con una tal Elsa, bastante guapa y muy modernilla, pero tonta de remate. No sé si notas el tono despectivo, pero lo de modernilla está dicho a mala leche. Ni Florencia ni yo la aguantábamos. «Paz y amor, hermanos, paz y amor», decía todo el tiempo. Insoportable. Me los encontré en la fiesta de Lolo, el hijo de unos amigos de mis padres. Asdrúbal parecía ajeno a todo el mundo, estaba presente solo su cuerpo. Su cabeza se encontraba en otra parte. Elsa le hablaba y él afirmaba o negaba de manera mecánica. Ella llevaba un vestido muy corto con un estampado en tonos chillones. Se había puesto roja como un tomate después de toda la tarde al sol.

—Me duele la cara al sonreír —me confesó cuando la tuve cerca.

Me dio lástima y le recomendé una crema facial estupenda para las quemaduras, porque las suyas eran de órdago. Nunca he comprendido ese afán de la gente por ponerse morena a costa de lo que sea. Asdrúbal nos miraba desde lejos, imagino que le extrañaría que tuviéramos tema de conversación, y de hecho no lo teníamos. Elsa me preguntó si yo también iría a Madrid a

estudiar y le dije que sí.

—Entonces nos veremos por allí —comentó como de pasada.

Me molestó que dijera eso, dando por supuesto que lo suyo con Asdrúbal iba a durar. ¿Qué veía en ella? Era guapa, de acuerdo, pero tenía cabeza de chorlito. No comprendo a los hombres que describen a la mujer de su vida con la seguridad del que sabe lo que quiere y después se enredan con mujeres opuestas a aquellas que describieron. Elsa no encajaba mucho en el perfil que le gustaba a Asdrúbal. En realidad, ninguna de las chicas con las que estuvo encajaba. Una vez me contó que toda la vida se había dejado querer, las chicas se le acercaban y si le atraían mínimamente, no se planteaba nada más. Era guapo y nunca había tenido problema para que las mujeres dieran el primer paso. Tampoco buscaba a la mujer de su vida en cada chica que conocía.

—Solo he tomado la iniciativa contigo —me confesó— y eso se debe a que eres la única que me ha gustado de verdad, la única por la que he sentido... cosas.

Me lo dijo en Francia, estaba un poco borracho, en parte por el vino y en parte porque habíamos pasado una de esas noches que no se olvidan. Nuestra primera vez juntos.

Cuando vi a Asdrúbal y a Elsa en la fiesta de Lolo, se me cruzó la noche. No sé si te ha pasado alguna vez, pero si alguien que siempre nos presta atención deja de hacerlo, nos sentimos huérfanos. Asdrúbal había dejado de hablar conmigo como antes, desde que se había marchado a Madrid se alejó y no solo geográficamente. Me miraba desde el otro extremo de la habitación con aquellos ojos de ave rapaz que no sabía lo que significaban y había marcado una línea divisoria invisible entre su espacio y el mío, de manera que no se acercaba a menos de un metro. Esa noche en la fiesta me había arrimado para decirle al oído algo que me había encargado mi hermano y fue como si hubiese tocado un cable de alta tensión. Al principio tuvo una respuesta cálida ante mi cercanía (esas cosas se notan, es instintivo) para luego ponerse alerta y dar un paso hacia atrás. Entonces lo consideré casi un insulto cuando, en realidad, era

más bien un halago. Creo que mi cercanía ya lo perturbaba un poco. Lo perturbaba, en todo caso, tanto como a mí la suya.

La casa de Lolo, donde se celebraba la fiesta, era una de esas construcciones que hacía caso omiso a la ley de costas, con una terraza posterior que daba directamente a la playa. Había tablas de surf por todos lados y en la parte delantera, la mítica furgoneta Volkswagen de los setenta asociada a los surfistas. Fui a esa fiesta con Nico Valdés, un surfista local que había ganado algún campeonato nacional. Me llamó la atención, si te digo la verdad, porque tenía un enorme dragón tatuado en la espalda y porque acababa de cumplir diecinueve años. Que fuese guapo también era un punto a su favor, como el hecho de que todas las chicas de San Juan estuvieran locas por él. En la adolescencia, a veces, cometemos el error de mirar a través de los ojos de los demás. No miramos por nosotros mismos, sino tratando de averiguar qué pensarán los otros de aquello que estamos mirando. Yo tenía dieciséis años y mi hermana y todas nuestras amigas estaban preocupadas porque aún no me habían besado, así que Nico me parecía un buen candidato para quitarme de encima ese pequeño problema. Y me besó. Bailamos juntos en la terraza, bebimos tequila, hablamos de surf, aunque yo no entendía ni una palabra y no podía distinguir un tubo de un tres sesenta, maniobras ambas bastante complicadas de hacer con una tabla, parece ser. Lo escuché disertar con otros surfistas sobre las bondades de tal o cual playa, sobre el peligro de los fondos coralinos y sobre el viaje que tenía programado para el mes siguiente a Australia. Oír hablar también es mirar cómo se habla. Lo dicho adquiere uno u otro significado dependiendo de los gestos y la energía que imprimamos a nuestras palabras. A mí me gustó cómo hablaba Nico, su seguridad y el modo en el que lo escuchaban los otros surfistas. Estaba muy moreno y tenía el pelo quemado por el sol y el salitre. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta con el dibujo de la bola negra de billar en el pecho. Mientras uno de los chicos del grupo le respondía alguna cosa, él comenzó a mirarme fijamente y me sonrió con una expresión de depredador que me gustó.

—¿Damos un paseo por la playa? —me dijo al oído.

Bajamos la escalera de madera que nos separaba de la arena. Nos descalzamos y fuimos por la orilla hasta las rocas. Metimos los pies en el agua. Estaba helada, pero hacía que me sintiera viva y despierta. Iban a besarme por primera vez, lo presentía, y no quería perderme ningún detalle de aquella noche. Pensaba que el ambiente en el que se iba a desarrollar aquel beso era tan importante como el propio beso y no simplemente atrezo. Y después, el beso ocurrió sin darme apenas cuenta. Había pensado que sería como en las películas, con una mirada profunda y movimientos a cámara lenta. Pero no. Sus labios se posaron en los míos sin previo aviso y, cuando quise darme cuenta, su lengua invadía mi boca con la violencia de las tropas nazis entrando en París.

—Perdona, lo haré más despacio —susurró contra mi boca cuando notó que me sentía incómoda y trataba de apartarme de él. Entonces empezó a besarme de otro modo y me resultó más... agradable, pero solo eso—. Deja las cosas fluir —me dijo, porque me notaba tensa, pero mi primer beso no fue digno de recordar. La garganta me escocía por culpa del tequila y me sentía un poco mareada. Al fondo, las ventanas de la casa estaban iluminadas y abiertas y hasta nosotros llegaban quedamente melodías de Bob Marley, de *Nirvana* y *The Doors*. Hacía frío a pesar de ser agosto y esa sensación gélida me la transmitió Nico al acariciarme con sus manos. Nos besamos durante no sé cuánto tiempo, acoplando poco a poco nuestros diferentes ritmos. Yo trataba de amoldarme a la cercanía de aquel cuerpo que no significaba nada para mí y me sentía como si estuviera besando mi propia imagen en un espejo. Pensé en las descripciones que había leído de los besos. Había gente que temblaba de emoción y a mí solo me hacía temblar el frío. Era noche cerrada ya y la luna era diminuta, cuarto menguante. Sentí su mano colarse entre mis muslos.

—Dios, qué suave eres —me dijo. Aquello me sonó a frase aprendida. Imaginé que se lo diría a todas, a menos que tuvieran una piel como la lija. Eso terminó por enfriarme.

—Lo siento tanto, yo... Este es mi primer beso y no debería... —intenté explicarle.

—¿¿Tu primer beso?! ¡Joder, Livia, eso se avisa! Lo hubiera hecho de otra manera. O ni siquiera lo hubiera hecho. Hay cosas demasiado especiales, ¿comprendes? Sé lista. Tus primeras veces debes regalárselas a alguien que esté loco por ti.

Asentí, un poco avergonzada.

—Lo siento, preciosa, ni siquiera imaginé que no te habían besado. Joder, es que eres demasiado guapa y demasiado despierta, pareces más experimentada de lo que realmente eres. Este ha sido un primer beso de mierda, no te imaginas cuantísimo lo siento, en serio.

Me resulta gracioso recordar ahora mi primer beso porque creo que ni Nico ni yo hubiéramos imaginado jamás que tan solo un par de años más tarde sería él quien me desvirgara y entonces no se disculpó en absoluto, porque estaba loco por mí y porque consiguió que aquella primera vez sí fuese hermosa y memorable.

Regresamos por fin a la fiesta, juntos y callados, después de que él se disculpara durante demasiado tiempo por aquel beso que nunca debería haberme dado. Me embargaba una sensación de desolación y me preguntaba por qué demonios tenía que hacerle caso a nadie, por qué permitía que los demás establecieran mis tiempos, me dijeran cuándo era la edad propicia para besar o cuándo no hacerlo. Debería haber esperado. No digo que todo el mundo tenga que esperar a la persona adecuada, al fin y al cabo un beso es un beso, así de simple, pero para alguien como yo, un beso es lo suficientemente importante como para haber esperado a alguien que me hiciera temblar las piernas. Mi primer beso me lo dio un dragón. Lo digo medio en broma, medio en serio, maquillando la realidad como siempre que algo no me gusta. Aprendí, no obstante, la lección. No volví a permitir que nadie me dijera que ya debería haber hecho tal o cual cosa.

Todo esto se hubiera quedado en una mera anécdota si no fuese porque

Asdrúbal se enteró y habló conmigo. Pensé que con qué derecho me hablaba, me cuestionaba, cuando había estado desaparecido para mí durante los últimos diez meses...

—No creí que besaras por deporte —me soltó de buenas a primeras, en la cocina, a la mañana siguiente, mientras yo desayunaba. Él fumaba un cigarrillo bajo la campana de la vitrocerámica, para que mis padres, que habían salido a hacer una pequeña ruta en bicicleta, no percibieran el olor a tabaco. Odiaban que se fumara en casa. Solo llevaba puesto el pantalón del pijama, tenía los pies descalzos y el pecho desnudo, así que pude ver con más detenimiento el dibujo tribal que se había tatuado en un hombro y que ya había tenido ocasión de ver en la playa. Por aquella época comenzaron a ponerse de moda los tatuajes.

—¿Cómo dices? —me pilló tan de sorpresa su comentario que no sabía a qué se estaba refiriendo. O sí, pero me parecía increíble que se atreviera a hablarme del tema.

—Dices que eres una romántica, pero no sé si es cierto.

Cuando le oí decir esto, me pareció el colmo, ¿cuándo había dicho yo que era una romántica? ¡Nunca!

—No creo que Nico Valdés te guste en serio —siguió diciendo.

—Mira, Asdrúbal, si me gusta o no me gusta, es cosa mía. Yo no te juzgo por tu relación con Elsa, no sé si estás enamorado o no, ni me importa.

Permanecía impasible ante mis palabras, con el ceño un poco fruncido. Había terminado el cigarrillo y ahora sujetaba en la mano una taza de café que ya había dejado de humear. El sol entraba por la ventana que había detrás de él y recortaba su figura dándole un halo casi celestial. Estaba realmente guapo, con aquella barba incipiente, el pelo revuelto y aquella pose indolente de estar más allá de todo. Últimamente adoptaba aquella pose de suficiencia conmigo, como si quisiera dejar claro que entre él y yo había un abismo de edad y experiencias, como si le hablara a una niña inexperta desde su atalaya de hombre de mundo.

—No sé, Livia, creía que te conocía, eso es todo —y lo dijo con gesto de decepción. Parecía que hubiera depositado en mí todas sus esperanzas con respecto a algo y yo lo hubiera defraudado. Tal vez creía eso, que yo era la última chica romántica sobre la faz de la tierra y había claudicado de mis ideales para acabar retozando en la arena con el primero que se me había puesto a tiro. Pero también él me había decepcionado en muchos aspectos y había tenido que rumiármelo sola.

—Pues ya ves que no me conoces —le dije—. En estos últimos meses he cambiado. Es lo que ocurre cuando te desentiendes completamente de un amigo, que un día te lo encuentras y es un desconocido.

Me di cuenta de que él estaba notando mi enfado, pero no me importó. Me encaminé hacia la puerta de la cocina y al pasar a su lado me agarró por la muñeca y me obligó a darme la vuelta y a mirarlo. Lo hizo de forma tan delicada que me estremecí de pies a cabeza. Ese era el estremecimiento que había estado esperando sentir la noche anterior, cuando Nico me había besado, y sin embargo, lo sentía ahora ante un hecho tan nimio como que Asdrúbal me agarrara de la muñeca.

—Eres increíble, te lo digo de verdad. No hay muchas chicas como tú por ahí. Guapa, lista y soñadora —sonrió con tristeza antes de continuar—. No deberías ceder así ante lo que te dicen los demás, porque ese es el motivo, ¿no? Tus amigas creen que ya deberías haber besado a alguien, pero solo deberías hacerlo cuando te apetezca de verdad.

Nunca nadie me había dicho cosas como las que él acababa de decirme. ¿Me consideraba guapa y lista? Te juro que se me cortó la respiración.

—Demasiado tarde. El primer beso ya pasó. —No pude evitar decirlo con amargura. Él me acarició la mejilla, fue muy tierno. Me miró con los labios fruncidos, un gesto suyo de impotencia, tal y como descubrí tiempo después.

—Pues que te sirva para aprender —suspiró con resignación—. Si ser dragón consiste en eso, no deberías ser dragón, ¿recuerdas el cuento de tu madre?

Asentí y lo miré fijamente. Parecía triste. ¿A cuántas chicas habría besado? Y entonces se me ocurrió aquella pregunta: ¿habría deseado besarme alguna vez? Tuvieron que pasar aún dos años y tuvo que pintarme a carboncillo Tito en las páginas finales de su libro de Física Cuántica para darme cuenta de que sí, de que tal vez Asdrúbal llevaba mucho más tiempo pensando en mí del que yo misma podría imaginarme.

Escarlata

Como ya te dije, Asdrúbal y Héctor se marcharon a estudiar a la facultad, a muchos kilómetros de casa. Irremediablemente se habían alejado de nosotras y aquella camaradería que teníamos como cuarteto se fue diluyendo. Ellos habían cruzado hacia la otra orilla, hacia la madurez. Nosotras seguíamos siendo nosotras en tanto que ellos habían cambiado de tal manera que casi nos resultaban irreconocibles. Fueron dos años duros porque los echábamos de menos. Creo que añora más el que se queda que el que se marcha, porque el primero permanece en la monótona rutina de siempre mientras que el otro debe amoldarse a las novedades de otra vida.

Siempre me gustaron los cambios. Envidiaba a Asdrúbal y a mi hermano porque al irse lejos podían reinventarse. Fantaseaba mucho con eso por aquella época: ser otra. A veces, cuando iba a lugares donde no me conocían, me comportaba de diferente manera, incluso me movía de forma distinta y en ocasiones daba otro nombre, en una peluquería a la que iba por primera vez o cuando llevaba a revelar un carrete de fotos y me tomaban los datos. Disfrazarse de otra, ser otra. Con la perspectiva que me da el tiempo, creo comprender lo que había detrás de tanta impostura: en realidad deseaba ser yo misma y todo lo que me rodeaba me impedía serlo, me ahogaba. Cuando jugaba a ser otra en realidad estaba ensayando para ser yo. Solía preguntarme cómo sería si no fuese yo. ¿Y si fuera, por ejemplo, la hija de Petra, la portera?

La hija de Petra era una loca de atar, llevaba siempre cascos, canturreaba a todas horas y daba pasos de baile en medio del pasillo. Soñaba con salir en un videoclip de Prince y en una ocasión llegó a presentarse a unas pruebas para un vídeo de Mecano, pero el papel lo consiguió Penélope Cruz cuando aún no era famosa; después vino lo de Hollywood y todo lo demás, y la hija de Petra se tiraba literalmente de los pelos imaginándose que podría haber sido ella la que llevara esa vida que ahora llevaba Penélope. Solo tendría que haber salido en aquel videoclip de Mecano, pero no pudo ser. Me fascinaba aquella chica deslenguada, con el pelo de un color imposible (rubia con mechas azules) y que se autoproclamaba vocalista de un grupo punk femenino llamado *Las Escarlatas*. Cantaba como el que lo hace bajo la ducha cuando nadie lo escucha, es decir, con emoción y sin pudor, desafinando tanto que parecía que lo hacía a propósito, pues era imposible que alguien cantara tan mal, pero el punk era eso, nos decía ella siempre, ¿o acaso no sabíamos la historia de los *Sex Pistols*, que ni sabían cantar, ni tocaban ningún instrumento? El punk era rebelión y para escandalizar a los burgueses biempensantes, nada mejor que dedicarse a cantar cuando no se sabe cantar y, encima, tener éxito. Cuando le preguntamos por qué su grupo se llamaba *Las Escarlatas*, nos respondió con el desparpajo que la caracterizaba:

—Por la de *Lo que el viento se llevó*, ya sabéis —nos dijo un día a Florencia y a mí.

Aquella era una de mis novelas favoritas. Me pareció increíble que ella también la hubiera leído y se lo dije. Pronto me sacó de mi error.

—¿Hay un libro titulado así? No, no, me refiero a la peli... Me flipa Escarlata O'Hara, hace lo que le da la gana y se lleva a todos los tíos de calle, incluso a Rhett, que está de muerte.

Mi hermana Florencia tuvo que poner la puntilla porque aquella había sido, desde siempre, una discusión familiar.

—Al final, Rhett la abandona. No quedan juntos.

La hija de Petra, que, por cierto, se llamaba Tere (Teresa Isabel Monzón

Miralles, lo recuerdo perfectamente, porque cada vez que su madre se enfadaba con ella la llamaba a gritos por el nombre completo y la retahíla de apellidos), movió la cabeza y afirmó:

—De eso nada, él vuelve con ella seguro. Buena es Escarlata para dejar que se le escape...

No pude evitar una amplia sonrisa. Yo opinaba exactamente lo mismo, que el final de *Lo que el viento se llevó* no era el final de Rhett y Escarlata, que él estaba demasiado enamorado de ella.

Leí *Lo que el viento se llevó* cuando nos explicaron la Guerra de Secesión norteamericana en clase de Historia. La película la vi más tarde en el proyector de mi madre, en una de aquellas tardes de domingo tan cinéfilas. Imagino que tendría unos catorce o quince años. Me enamoré irremediabilmente de Rhett Butler. De hecho, Clark Gable no era para mí Clark Gable, sino Rhett, y al verlo en otras películas, como *Mogambo*, no lograba olvidar el personaje del irónico charlestoniano que perseguía a Escarlata O'Hara.

Para mi hermana y para todos los que estaban viendo por primera vez la película conmigo, el final es ese: Rhett abandona a Escarlata y cuando ella le pregunta qué va a hacer sin él, le responde una de las frases más famosas de la historia del cine: «Francamente, querida, me importa un bledo». Yo, en cambio, creo que Rhett ama demasiado a Escarlata y cuando ella le demuestre sus verdaderos sentimientos, él no podrá resistirse. Al fin y al cabo, es lo que siempre había deseado, que Escarlata lo amara.

—¿Por qué te empeñas en falsear la realidad? No acaban juntos, él la abandona y punto —dijo mi madre un día. También Asdrúbal parecía sorprendido de mi interpretación del final de la película.

—No ves las cosas como son —me dijo—, sino como te gustaría que fueran.

—Eso no es cierto. Lo que pasa es que vosotros no veis más allá de lo que se os dice explícitamente en la película. ¿Acaso cuando aparece en pantalla *The End* debemos creer que todo se detiene ahí, que Rhett permanecerá

perdido en la niebla de la ciudad y Escarlata sentada en las escaleras de su casa y repitiendo una y otra vez: «lo pensaré mañana»? Yo creo que no. Pienso que tenemos suficientes datos sobre el carácter de Escarlata como para saber que luchará hasta las últimas consecuencias por Rhett —cuando acabé mi parlamento había subido el tono sin darme apenas cuenta.

—Estás dando por supuesto que solo cuenta lo que siente, piensa y pretende Escarlata, pero ¿y Rhett? —me preguntó Asdrúbal—. ¿No tiene él derecho a decir basta? Ella lo ha ninguneado, lo ha humillado de todas las maneras imaginables, pisoteó su corazón y le restregó por la cara que amaba a otro y ahora, solo porque Escarlata descubre que lo ama, ¿él debe conmoverse, debe perdonarlo todo?

—¡Pero él la ama! —exclamé yo con vehemencia—. Uno no deja de amar a alguien de la noche a la mañana.

—¿Y tú qué sabes? —Él sí parecía saber de lo que hablaba, siempre ha tenido esa cualidad: sus palabras convencen, aunque en ese momento yo no le hubiera dado la razón ni aun sabiendo que la tenía—. ¿Alguna vez has vivido una situación así para asegurarlo? Y aun viviéndola, cada persona reacciona y siente de manera distinta. Claro que puedes dejar de querer a alguien a quien has querido con locura así —chasqueó los dedos—, en un instante. Aguantas un día, un mes, un año, el tiempo que sea, pero en algún momento ocurre algo que lo rompe todo y te das cuenta de que jamás volverás a sentir lo mismo por esa persona, aunque te esfuerces, aunque quisieras quererla de nuevo. Simplemente, ya no puedes.

Asdrúbal lo dijo con total convencimiento. Recordé la manera en la que había arrancado a su madre de su corazón después de decepcionarlo tantas veces. Imaginé entonces que si a él le ocurría algo semejante a lo que Rhett vivió con Escarlata, efectivamente la borraría de su vida. Pero no todos los hombres eran como Asdrúbal, quise pensar entonces, no todos tenían el corazón de piedra. Algunos confiaban en que la gente podía cambiar y perdonaban los errores.

Es curioso porque al recordar esta conversación me parece que es totalmente aplicable a nuestra vida. Yo fui una Escarlata O'Hara, aunque no estuviera enamorada de otro hombre. No, lo mío era peor que eso: yo estaba enamorada del amor, del concepto de amor que nos venden determinadas novelas y no supe ver al gran hombre que siempre había estado a mi lado.

Nunca me han gustado los hombres fáciles y evidentes, esos que con un simple vistazo ya se dan a conocer, que te lo cuentan todo a los pocos minutos de estar contigo. Me gustan los hombres, si quieres, un poco cerrados, los que llenan de trampas el camino hacia su corazón, como en las películas de Indiana Jones, y para llegar hasta el tesoro hay que pasar por mil pruebas. Me gustan los hombres que ocultan secretos de su personalidad que no desvelan a casi nadie. Esos hombres hacen que te sientas especial por el simple hecho de que te hayan abierto la puerta de su vida. ¿Qué valor tiene que un hombre que se acuesta con cualquiera se acueste contigo o que un hombre enamorado se enamore de ti? Me gustan los *hombres-ostra*, lo reconozco, y tenía todo eso con Asdrúbal. Lo que es más milagroso: me conocía perfectamente y, aun así, me aceptaba tal y como era y me quería... Hasta que comencé a hacerle daño. Había tenido una paciencia infinita conmigo. Supo desde el principio, o al menos sospechó, que yo lo amaba aun sin querer amarle y había esperado a que me diera cuenta y aceptara mis sentimientos. Pero al igual que Rhett, se había cansado de mí. Además, yo no había sido valiente como Escarlata. No le había dicho que lo quería. Ni siquiera cuando decidimos casarnos, pero esa es una historia triste.

Asdrúbal y yo nos casamos porque me quede embarazada. Llevábamos juntos apenas siete meses y de pronto ocurrió. Habíamos regresado felices de Francia, donde habíamos ido con el coche de Héctor, en plan *road movie*, para ver a Florencia, que estaba en pleno proceso destructivo tras aquel desamor llamado James. En otra ocasión te contaré cómo se desarrolló todo en aquel viaje. Ahora solo quiero centrarme en la parte más dolorosa. Me está pesando el hecho de saber que, tarde o temprano, voy a tener que escribir sobre ello,

así que prefiero hacerlo ya, acabar de una vez.

Ni siquiera creí estar embarazada al principio. Pasaron dos meses antes de que me diera cuenta. Creo que no quería saberlo. Utilicé uno de esos aparatitos de farmacia que te dicen si lo estás y de cuánto tiempo. Diez semanas. Me recuerdo sentada al borde de la bañera mirando aquella pequeña pantalla. Diez semanas. Las manos húmedas y un frío atroz en el cuerpo. ¡Diez semanas! El vértigo de saber que estás embarazada es parecido al que sientes en la montaña rusa. ¡Había tomado una aspirina para el dolor de cabeza! Me dio un vuelco el estómago y me sentí dividida, como siempre. No quería ser madre, pero temía haberle hecho daño al bebé con aquella maldita aspirina. El sino de mi vida: estar partida en dos, desear una cosa y la contraria.

Para mi sorpresa, Asdrúbal no reaccionó mal, a pesar de que estaba inmerso en los cursos de doctorado y con mil planes donde no encajaba un bebé. Incluso creo que le hizo ilusión. Imagino que creyó que no necesitábamos más tiempo de relación para saber que queríamos estar juntos. Para mí, en cambio, ese embarazo no buscado llegó para desbaratarlo todo. Las obligaciones se imponían a los deseos. Ya no estaría con Asdrúbal porque quería, había ahora un componente de obligación que enfrió lo nuestro irremediablemente. Me casé porque quise casarme, aunque el hecho de que el embarazo lo precipitara me hizo sentir como alguien llevado al patíbulo. ¿Quería o debía? Sé que podría haberme negado al matrimonio, pero en realidad no quería negarme y, al mismo tiempo, tampoco quería casarme en esas condiciones. Quería ser madre, pero no en ese preciso momento. Quería y no quería. Todo al mismo tiempo. Asdrúbal no era culpable de nada y, sin embargo, lo utilicé como saco de boxeo. No diré que él lo aguantó sin rechistar, porque esa no es su naturaleza. Asdrúbal es un hombre de verdad, no un pusilánime. Acepta las críticas y las riñas cuando se las merece y no agacha las orejas jamás cuando alguien trata de descargar con él sus frustraciones. Si no fuera así, si no tuviera ese carácter de hierro, yo no lo respetaría. Debo reconocerlo: no me gustan los hombres débiles, los que agachan la cabeza, los que se dejan vencer

porque no se atreven a luchar. Como te iba diciendo, buscaba pelea a cada instante y él me paraba los pies.

—No se te ocurra echarme culpas que no tengo ni descargar conmigo tus frustraciones. Hablamos de lo que quieras cuando quieras, pero a mí no me trates como a un pelele porque no lo soy.

Sabía que me quería. Nadie me ha querido nunca como él, porque sabe querer bien, sin exaltaciones verbales ni chorradas. No es un poeta, sino un hombre de acción que estaba para mí siempre, me empujaba cuando me quedaba estancada. Era como un viento siempre a favor. Uno de esos hombres que te ayudan a crecer porque no son paternalistas, no admiten tus niñerías solo porque te amen, sino que te colocan un espejo ante las narices para que te veas tal cual eres y tú decidas. Te van a querer igual seas como seas, pero te dejan claro que hay partes de ti que nos les gustan en absoluto. También aceptan del mismo modo que tú coloques un espejo frente a ellos y le hagas ver sus fallos. Vamos, es lo que yo llamo un *hombre-hombre*.

¡Ha sido tan dura la vida desde el divorcio! Hay pocos hombres así, por desgracia. Me he encontrado con algunos que te quieren de forma incondicional y aguantan incluso que los pisotees. Se autodenominan románticos cuando en realidad son blandos. Otros, al contrario, tratan de que cambies para acoplarte a ellos como la pieza que falta en su rompecabezas particular. Se autodenominan maduros cuando en realidad son dominantes y manipuladores. Después está el hombre intermedio, el que ni fu ni fa. Ni siquiera sé cómo se autodenominan. Pero hombres como Asdrúbal hay pocos. Muy pocos.

Por esa época, nos peleábamos diariamente por cualquier tontería y cuando no peleábamos, simplemente nos ignorábamos. Cada uno permanecía en un rincón de la casa como si el otro no estuviera. Me compadecía todos los días por aquel embarazo que me había llevado a una situación sin retorno, pero al mismo tiempo no dejaba de soñar con la cara del bebé y de barajar posibles nombres. Jimena, Mateo, Isabel, Tristán. Pero el bebé no llegó a nacer. Un

viernes por la mañana comencé a sentir pinchazos; no eran demasiado fuertes, pero me asusté. Quizás un sexto sentido me estaba avisando de que algo iba mal, porque no esperé a que llegara Asdrúbal a casa, lo llamé por teléfono y fui de inmediato al hospital. No voy a entrar en detalles terribles, no hablaré del tiempo pasado en urgencias, de la ecografía sin latido, ni de cómo lloré. No quiero hablar tampoco del legrado, de la noche en el hospital y de aquella pobre enfermera que trataba de animarme sin mucho éxito. Solo te diré que el dolor de la pérdida solo era comparable a la culpabilidad. Aquello era el karma, como dirían los seguidores de la *New age*. ¿Acaso no me había quejado, no me compadecía por las múltiples cosas a las que tendría que renunciar tras el nacimiento del bebé: la beca para ir a la universidad de Columbia, viajar sin rumbo fijo con una mochila al hombro...? Tenía pocos años y me parecía que la maternidad me robaría mi vida, pero cuando perdí al bebé, sentí que esa vida carecía de sentido. Me odiaba a mí misma y odiaba a todo el mundo: a mi familia, a Asdrúbal... Se me agrió el carácter más de lo habitual y estar conmigo, lo reconozco, se convirtió en un infierno, pero no podía controlar aquellos arranques de amargura ni aquel deseo de hacer daño, de arañar el alma de cualquiera que estuviera cerca de mí. Quería que los demás sufrieran como yo estaba sufriendo. No me importaba nada. Todavía hoy me pongo un poco triste cada veintitrés de febrero, el día que perdí al bebé. Si hubiera nacido, ahora tendría seis años.

—Háblame —me pedía Asdrúbal con impotencia tras horas y horas de silencio.

—¿De qué quieres que te hable, de lo bonita que es mi vida? —le espetaba yo, como si él fuese el culpable de lo que había ocurrido.

—Tienes que salir de ese bache, Livia. No te imaginas la cantidad de mujeres que han sufrido lo mismo y pasado un tiempo vuelven a tener hijos y...

—No hagas eso, no minimices esta pérdida —le rogué, al borde del llanto. Estaba harta de escuchar a la gente decirme que un aborto de pocas semanas

no era nada, que me animara, que había cosas peores en el mundo. ¡Ya sabía que había cosas peores, pero esa era ahora la peor cosa que me había ocurrido! ¿Acaso no tenía derecho a llorar a mi hijo, no tenía derecho a mi momento de duelo personal solo porque el bebé no había llegado a nacer?

—¿Minimizar la pérdida? ¿Eso es lo que hago?

—Hablas de tener más hijos cuando aún no han pasado ni tres meses desde que... —no pude terminar la frase. Rompí a llorar. Él me abrazó con fuerza.

—No puedo permitir que sigas así.

—No lo entiendes. Tú no lo llevaste dentro de ti. Siento un vacío tan grande aquí —señalé mi barriga. Volvió a abrazarme con fuerza de nuevo.

—Tenemos que superar esto, pasar página, Livia.

—¿Pasar página? ¿Olvidarlo como si nunca hubiera existido, eso es lo que me pides? Dime... ¿me pides que ignore que una vez estuve embarazada? No lo haré. Jamás lo haré. Siempre voy a recordarlo, porque aunque no haya nacido, lo quería, ¿entiendes? Lo quería a pesar de lo mucho que me quejaba por todas las cosas que jamás podría hacer cuando naciera. Lo quería, lo quería... —gimoteé. Asdrúbal trató de abrazarme de nuevo y lo alejé de mí, lo empujé—. Si puedes olvidar que el bebé estuvo dentro de mí con tanta facilidad, no me hables, no te me acerques siquiera. —Había tanta rabia en mis palabras que él hundió los hombros y se sentó en el sillón, frente a mí, sin volver a intentar acercarse.

Mi manera de comportarme se volvió casi sicótica. Me obsesioné con todas las cosas que mis padres me habían impedido hacer, con las vidas que podría haber llevado y nunca llevé. Siempre he sido incapaz de asumir mis propios errores (por eso lo que te estoy escribiendo me sirve de terapia), así que comencé a culpar a todo el mundo, principalmente a Asdrúbal y, un día por la tarde, casi dos años después, creo que era domingo, simplemente me dijo:

—Ya no quiero seguir aguantando esto.

Llenó de ropa la maleta de cuadros que habíamos comprado para irnos de luna de miel y se fue. Simplemente eso: se fue.

Nueva York y California

Nueva York no es una ciudad, es una idea. Antes lo fue París y, mucho antes aún, Venecia. Lugares de peregrinación obligada para los artistas o para quienes soñaban con serlo. De adolescente, creía que solo podría ser escritora si vivía en una buhardilla en París. Creía en la magia de los lugares y que eran ellos los que te inspiraban, como si no fuera posible escribir dentro de un coche, por ejemplo, o en la mesa de la cocina, o en una cafetería cualquiera de cualquier lugar, ese tipo de sitios en los que escribo ahora. Con el tiempo aprendí que la máxima de que la inspiración tiene que encontrarte trabajando es cierta y que cualquier lugar es bueno para escribir. Qué duda cabe, lo ideal es tener un lugar tuyo. Un cuarto propio, como diría Virginia Woolf. Pero no es indispensable. Tengo un apartamento entero para mí sola y, sin embargo, casi todo lo que he escrito, hasta ahora, lo he hecho en cafeterías del barrio e incluso en la sala de espera del dentista. Abro el portátil, me aíso (aunque no sé cómo logro hacerlo, pero cada vez me resulta más fácil) y comienzo a escribir. Cualquier lugar es bueno porque tengo algo que contar.

Cuando estuve en Nueva York tenía muchas cosas que contar, por eso comencé a escribir en serio. Allí nació la novela que llegó hasta tus manos y que tú publicaste, Carol. Nunca podré agradecerte bastante esa confianza y esa oportunidad que me brindaste.

Me había trasladado a Nueva York varios meses después del divorcio, cuando agoté toda esperanza de que Asdrúbal volviera conmigo. Sí, me has

entendido bien: estaba esperando sentada a que él volviera y no moví ni un dedo para lograrlo. ¿A que te parece difícil de creer? He cambiado mucho, ya no soy la que era, pero debo reconocer que era así: cómoda y carente de toda iniciativa. El viaje a Nueva York fue el segundo gran carpetazo que di a mi familia. El primero había sido negarme a trabajar como profesora en la universidad. Aquella era la primera vez que les decía que no. La segunda vez tuvo que ver con el viaje a la ciudad por excelencia de nuestros días. Como ya dije, Nueva York es a la actualidad lo que París fue al siglo XIX y Venecia al siglo XV: el centro del mundo cultural de Occidente. «Si quieres ser alguien, debes ir a Nueva York. Allí se mueve todo. Lo demás es extrarradio, simple periferia»; me lo dijo Dante Alvargonzález Mejide, que por entonces era mi compañero de trabajo y hoy en día es mi cuñado. Mi hermana Florencia y él tuvieron uno de esos noviazgos relámpago de tres meses y una boda precipitada cuando aún estaban en la cresta de la ola y los sentimientos no habían tenido tiempo de aposentarse. La historia es muy romántica, pero no es mi historia, así que no voy a desviarme de mi camino para contártela. Basta decir que Dante era entonces ilustrador y trabajaba en la misma empresa editorial que yo, esa que tú odias tanto porque le hace competencia a la tuya y no entiendes cómo publico mis novelas con vosotros y, sin embargo, sigo haciendo traducciones para ellos, pero es que a ellos también les debo mucho.

Dante tiene muchísimo talento y hace apenas un año se ha atrevido a dar el salto al mundo del cómic, ha presentado una historia muy *underground* a una editorial especializada y se la han publicado. La fiesta con motivo del enorme éxito de su cómic y del antihéroe que lo protagoniza no hace falta que te la cuente porque tú misma estabas allí y conociste a toda mi familia. También a Asdrúbal. En esa fiesta fuiste testigo de cómo ese novio que me había inventado, de nombre Tavo, se hacía carne y hueso ante mí y me decía aquello de: «como tú no podías ir a Rotterdam, he venido yo a verte». El resto de la historia ya la conoces, porque me acompañaste al baño cuando me dio ese mareo que mi madre diagnosticó como «una especie de lipotimia», pero que

era pura y simplemente un ataque de vergüenza aguda y de humillación profunda.

En fin, mucho antes de la fiesta de Dante, cuando aún ni siquiera se conocían Florencia y él, yo había tenido una conversación muy constructiva sobre los inicios y cómo había que afrontar el hecho de empezar de cero. Entonces me había hablado de Nueva York, de que la deshumanización y la alienación que vives estando allí solo, sin conocer a nadie, hace que cambies tu perspectiva de la vida y que te fortalezcas. De pronto, alejarme de todos los que me eran conocidos y queridos me pareció un exorcismo necesario para poder seguir adelante sin arrastrar los restos del incendio devastador que fue el divorcio. Tampoco me ayudaba ver a Asdrúbal cada sábado en casa de mis padres, como si todo siguiera igual que antes cuando, en realidad, nada era como antes. De hecho, nada había estado nunca tan mal entre nosotros como lo estaba entonces. Asdrúbal ni siquiera se mostraba enfadado conmigo, solo indiferente y eso era lo más doloroso. Siempre he creído que la indiferencia es lo que queda cuando ya no queda nada, cuando el último resto de amor se ha evaporado por completo. Yo no lograba sentir esa indiferencia. No sé si él la fingía, eso tendría que preguntárselo, pero mi corazón estaba dolorido, con una herida mayor si cabe porque yo misma me la había infligido y se la había infligido a Asdrúbal.

Durante aquellas breves semanas en las que estuve embarazada, suspiraba a menudo por una beca que me permitiera estudiar en la universidad de Columbia, participar en algún taller literario o matricularme en cursos de creación, sin embargo, mi viaje a Nueva York no tuvo ese motivo. Solo quería huir, destruir lo poco que quedaba de mí y regresar reconstruida y nueva. La que soy ahora nació en Nueva York y también allí murió la que era.

—¿De qué vas a vivir? —me preguntó mi hermano Héctor, como si yo no trabajara. El hecho de que sea traductora no lo considera un trabajo, más bien un entretenimiento. Lo bueno de los traductores es que en la era de internet podemos vivir y trabajar en cualquier parte y enviar nuestras traducciones, que

llegan al otro lado del mundo en cuestión de segundos.

Traduje *Desayuno en Tiffany's* (la película basada en la novela se tradujo como *Desayuno con diamantes*) estando en Nueva York. Pensar en esa novela es ver el East River a través de la ventana del diminuto apartamento que había alquilado en Harlem. Lo llamo apartamento cuando en realidad era un estudio. Al abrir la puerta lo veía, de un solo golpe, en su totalidad (a excepción de baño, tan pequeño que no cabía una bañera y tenía solo plato de ducha). Las paredes eran de ladrillo pintado de blanco y el mobiliario consistía en una cama, una mesilla de noche, una mesa con dos sillas que me servía para comer y también como escritorio, una nevera que me llegaba por la cintura y donde apenas cabía comida y una encimera sin cocina, pero con microondas.

—En Nueva York nadie cocina en casa —me dijo el casero, a modo de disculpa, pero no lo creí. Aun así, me quedé con el apartamento porque no tenía en mente dedicarme a cocinar. Me pasé los catorce meses comiendo ensaladas, casi me vuelvo vegetariana. A veces también comía cosas precocinadas, pero no habitualmente. Había una cafetería en la calle 125 donde preparaban los mejores sándwiches de carne que he comido jamás. El camarero, Ray Anduletto, ayudó bastante a que mi estancia en Nueva York fuera agradable.

—¿A ti quién te ha roto el corazón, vamos a ver? —me dijo un día que me vio llorando. De nada me había servido ponerme las enormes gafas de sol. Como no me conocía nadie, tampoco me importaba demasiado que me vieran llorar en público. Además, en cuestión de sentimientos, en Nueva York la gente pasa de cero a mil en un segundo, tan pronto parece que no sienten nada como lo sienten todo demasiado profundamente y lo gritan en plena calle. Son extraños los neoyorkinos.

—Me lo he roto yo misma y, para colmo, se lo he roto también a mi exmarido.

—Vaya por Dios —murmuró con su acento italiano—, así que eres eso que se denomina «una mala mujer».

—Muy mala, de las peores —le dije en el mismo tono de broma que él utilizaba.

—¿Me permites que me sienta? —me preguntó cortésmente. Asentí—. Como no hay casi clientela, te voy a dedicar unos minutos. Me llamo Ray.

—Yo, Livia.

—Encantado, Livia. ¿Quieres contarme tu historia?

Por supuesto, se la conté con pelos y señales. Cuando terminé, nos habíamos tomado varios cafés y ya había anochecido.

—Mira, ese tal Asdrúbal está tan loco por ti como... como... No se me ocurre ninguna pareja que tú puedas conocer.

—¿Cómo Rhett Butler por Escarlata O'Hara?

—¡Exacto! Así de loco está por ti y haz caso a este humilde descendiente de napolitanos. —Se palmeó el pecho muy serio—. Cuando un hombre se enamora a lo loco, es más tonto que un becerro. Tropieza un millón de veces contra la misma piedra porque nunca deja de intentarlo con esa mujer. La mujer con mayúsculas, ¿comprendes? La única.

—Asdrúbal no es así. Él me ha desterrado para siempre de su corazón.

—No tienes ni idea de hombres, española, pero ni idea. Sigue mi consejo: sé buena con él, demuéstrole que has cambiado y, sobre todo, declárate. Dile lo que sientes, dile lo que me has dicho a mí palabra por palabra. Yo he caído rendido a tus pies al escucharte, así que imagínate él...

Le sonreí. No quiso cobrarme ni uno solo de los cafés y me hizo prometerle que volvería a verlo a menudo y eso fue exactamente lo que hice. Aunque nunca fui allí a traducir. Me resultaría imposible trabajar ni un solo minuto con Ray revoloteando a mi alrededor y preguntándome si lo que estaba escribiendo era un *email* para Asdrúbal.

Solía traducir tres horas por la mañana, muchas veces en casa, sentada en la mesa donde también comía y que había colocado bajo la ventana, mirando de tanto en tanto el East River brillar gracias al reflejo de la luz del sol. Otras veces traducía en el *McAdam*, un antro oscuro, de esos que no te explicas que

esté abierto por el día porque te parece un bar exclusivamente nocturno. También su camarero alegró mis días neoyorquinos.

Nueva York es una ciudad de camareros, ahora que lo pienso. Son auténticos filósofos, sabios de la vida que escuchan y responden con más acierto que muchos psicólogos. Cuando digo que ambos camareros me hicieron la estancia agradable, no me refiero a que tuviera ninguna relación con ellos, aunque los dos lo intentaron, sino a que me ayudaron a verme de diferente manera a como yo me había visto siempre.

Oliver Branddell, el camarero del *McAdam*, llegó incluso a estar en mi apartamento. Me llevó un día que yo me encontraba demasiado borracha como para ir sola. Era la noche de los *cocktails* y llegué a perder la cuenta de cuántos tomé. Mi *cocktail* era de color rojo y se llamaban *Amor Eterno*.

—Marchando un *Amor Eterno* —decía Oliver con aquella mirada burbujeante de champán caro. Ojos amarillos, mulato. Impresionante. Y yo, enamorada hasta las trancas de mi exmarido, que me había pedido el divorcio y no parecía dispuesto a dar marcha atrás.

—Sí, por favor, ponme un *Amor Eterno*. Estoy harta de cosas fugaces —le decía.

Oliver creía que estaba de broma, pero cuando ya llevaba más de cinco *cocktails* me dio por llorar. No era la primera vez que entraba en el *McAdam*. Solía ir muchos días por la mañana y traducía durante varias horas. Le dije, la primera vez que entré, que cuando me viera la taza vacía, me la rellenara de café sin preguntar, para no desconcentrarme. Hacía un buen café, más cargado de lo que es común en Nueva York.

—Haces café español —le dije un día.

Cuando me acompañó a casa la noche de mi borrachera a base de *Amores Eternos* ya había confianza entre nosotros: sabía que él tenía un bulldog francés llamado Max y alergia a la lactosa. A veces las conversaciones toman caminos impensables y nos llevan a conocer detalles de la vida de otros bastante llamativos. Él creía que yo era escritora y lo había dicho así,

rotundamente:

—Eres escritora.

Creo que me sentí escritora al oír cómo lo pronunciaba. Le dije que estaba traduciendo a Truman Capote.

—¿A sangre fría? —me preguntó.

Respondí que no, que *Desayuno en Tiffany's*. Él no había leído esa novela, pero había visto la película.

—No me gusta Audrey Hepburn, pero reconozco que me enamoré de ella en ese papel —lo dijo con culpa y no me extraña. Que no te guste Audrey Hepburn debería ser considerado un delito.

Le comenté que la película era una adaptación bastante libre de la novela, no se parecía demasiado, y que en España la habían traducido como *Desayuno con diamantes* porque debían de creer que no sabíamos lo que era Tiffany's. Recordé esa conversación cuando me acompañó a mi apartamento porque salimos a tomar el aire a la escalera de incendios y le dije:

—Mira, como en *Desayuno con diamantes*, pero yo no sé cantar *Moon River*.

Él comenzó a cantarla con su vozarrón de mulato, que me hubiera recordado a Louis Armstrong si no fuera porque desafinaba un poco.

Aquellas escaleras de incendios, metálicas, zigzagueantes, parecía que trepaban por las fachadas de los edificios de Harlem. Solía sentarme en ellas las noches calurosas y observaba a la gente caminando por la calle, entrando a los bares. Desde allí escuchaba la televisión de los vecinos, algunos salían también, al igual que yo, cuando el calor era insoportable. Vivía en lo que se conoce como el Harlem español y había mucho jazz latino. Alguna vez fui a bares con música en directo... El piano, el contrabajo, el humo haciendo nebuloso el ambiente, la soledad de una mesa donde el hielo de mi consumición se deshacía y aguaba la bebida. Siempre me puso triste el jazz, incluso el jazz latino, no puedo evitarlo. Si escucho jazz latino me siento sola, aunque esté acompañada, y en aquella ocasión ya estaba sola, así que figúrate.

No sé si fue esa noche cuando Oliver intentó besarme o tal vez fue otra calurosa noche de verano. Me confundo porque fue en la escalera de incendios. Le hice una cobra en toda regla cuando vi que se me acercaba con esas intenciones.

—Lo siento —me disculpé—. No sé si he hecho algo que te hiciera pensar que...

—No has hecho nada, pero tenía que intentarlo —me sonrió sin un ápice de enfado o decepción—. Joder, eres guapa, escritora, divertida, un poco loca y muy especial. Tendría que estar loco para no probar suerte. Encontrarse contigo es como ir a Las Vegas... Solo un idiota no apostaría, porque ¿y si ganas el premio gordo?

—Esa es una de las cosas más bonitas que me han dicho en la vida, Oliver. Puede que se lo hayas dicho cientos de veces a cientos de chicas, pero voy a ser romántica y pensar que me lo has dicho solo a mí —sonreí.

—La verdad es que lo escuché el otro día en una serie, pero me pareció perfecto para ti.

Me reí a carcajadas.

—Tienes que aprender cuándo callarte —le dije.

—Mi madre lleva diciéndomelo toda la vida, pero nada... No aprendo a morderme la lengua —confesó con una sonrisa. En el fondo le importaba un bledo ser un bocazas. Apuesto a que ligaba cuanto quería: era guapo y parecía buen tipo, no necesitaba ser un poeta para encandilar a una mujer.

Después de ese intento de seducción fallida por su parte, seguí yendo al *McAdam* a traducir y, aunque los primeros días la relación fue un poco tirante porque ninguno de los dos sabía cómo iba a reaccionar el otro, poco a poco se fue normalizando y compartimos muchas más noches de *cocktails* y risas.

La vida en Nueva York era agradable. Lejos de todos, de todo, me construí de nuevo a partir de los pedazos. Hacía cosas insignificantes, pero de pronto me sentí libre como nunca antes. Paseaba, daba de comer a las palomas en Central Park, leía el periódico mientras me tomaba un café, iba a la lavandería

y aprovechaba el tiempo de hacer la colada para escribir algún relato o para corregirlo. Es increíble la cantidad de tiempo que pierden los neoyorkinos en hacer la colada en las lavanderías del barrio, tanto que incluso había pensado en escribir relatos que giraran en torno a ese tema y titularlos *La vida en las lavanderías* o algo por el estilo.

Precisamente esperando en la lavandería a que estuviera lista mi colada, recibí un mensaje en el móvil que dio un giro a mi estancia en Estados Unidos. Era de Nico Valdés, el surfista de San Juan que me dio mi primer beso y con quien perdí mi virginidad dos años después de aquello. Me quedé un poco sorprendida. Vi una imagen de una playa y después leí el texto.

«Me estoy acordando de ti. Una vez te dije que vendríamos juntos aquí, pero al final he venido solo».

El corazón me dio un vuelco... No podía ser... ¿Nico estaba en California?

«¿Esa playa es Rincon Beach? ¡Yo estoy en Nueva York!».

Nico siempre había soñado con vivir en las mecas del surf: Australia, California, Hawái... Imaginé que estaba haciendo su sueño realidad.

«Sí, es Rincon. ¿En serio? ¿En NY? ¡No me lo puedo creer! ¿Estás sola?».

«Sí, vine a pasar un año sabático. ¿Tú?».

«También de año sabático. Acabo de llegar de Hawái, pasé allí cuatro meses. Me quedaré en California el resto del año. ¿Te apetece que nos veamos?».

«¡Me encantaría! Pero imagino que odiarías tanto asfalto, así que no vengas a NY, iré yo a California».

«¿En serio? Joder, al final es cierto que vamos a estar juntos en Rincon Beach».

Apreté los labios porque no supe muy bien cómo tomarme aquel comentario y no me atrevía a pararle los pies cuando no era seguro que él se estuviese lanzando.

«¿Cuándo vendrás?».

«Cuando quieras, Nico. No tengo ningún compromiso».

«Cuanto antes, en el primer avión que salga».

Sus prisas me pusieron un poco tensa, pero mentiría si dijera que no me emocionaba verlo.

«¿Qué te pasa? Te veo ansioso».

«Te echo de menos. He pensado mucho en ti últimamente. Sé que no vamos a volver a estar juntos ni tampoco lo pretendo, pero las cosas acabaron demasiado mal y nos merecíamos un final digno, no el que tuvimos. En realidad quiero disculparme».

«Yo también te debo una disculpa».

«Ok. Pues ven cuanto antes a disculparte. Vamos, mueve tu precioso culo y compra un billete de avión».

A los dos días me subía a un avión con destino a California. Nico me esperaba en el aeropuerto de Santa Bárbara. Sonreí de oreja a oreja al verlo. No había cambiado nada. Llevaba unos vaqueros rotos y una camiseta blanca de *Billabong*. Estaba tan moreno que sus ojos parecían amarillos en vez de marrón claro. Tenía el pelo más corto que la última vez que lo vi, años atrás. Nos observamos desde lejos, midiéndonos en la distancia, comprobando si el paso del tiempo había cometido muchos estragos. No era así. No habíamos cambiado demasiado ninguno de los dos. Vi cómo respiraba profundamente antes de comenzar a caminar hacia mí. También yo caminé hacia él y nos fundimos en un abrazo.

—Cuánto tiempo, nena —me susurró al oído mientras me estrechaba con fuerza.

Hacía muchos años que lo había perdonado, creo que en cuanto comprendí que gran parte de la culpa de todo lo que ocurrió era mía. Lo miré a los ojos y le acaricé el rostro sin poder evitarlo. Le sonreí con cierta tristeza. Cuánto daño le había hecho. Cuánto daño había hecho a tanta y tanta gente aun sin pretenderlo...

—Qué guapo estás, cabronazo —le dije con cariño, mientras frotaba la punta de mi nariz con la suya y él cerraba los ojos.

—¿Ya me perdonaste? —quiso saber.

—Hace un milenio. ¿Y tú a mí, Nico?

—Hace dos milenios.

Volvimos a sonreír. Me estrechó de nuevo entre sus brazos.

—Me alegro tanto de que estés aquí, nena. ¿Sales con alguien?

—No, ¿por qué? —fruncí el ceño con preocupación.

—Por nada, no te preocupes. Solo quiero agarrarte de la mano y si tienes pareja no me sentiría cómodo.

—Si tuviera pareja no estaría aquí contigo, ¿no crees? Aunque nosotros sepamos que no va a pasar nada, sería raro...

—Cierto, sería raro.

Me agarró de la mano, se hizo cargo de mi maleta y nos dirigimos hacia su coche, un viejo descapotable de esos que salen en las películas americanas, pero cuya marca no podría decir porque de coches no entiendo un comino. Puso la maleta en el asiento trasero y de inmediato nos acomodamos y tomamos la carretera hacia la zona de Rincon Beach. En la radio sonaba una vieja canción de los *Beach Boys*. Sonreí de oreja mientras tarareaba... *Good vibrations, good, good...* El viento me desordenaba el pelo y también las ideas. Miles de recuerdos de aquel verano con Nico acribillaron mi cabeza. El verano que perdí mi virginidad.

Madre mía, cuántas cosas pasaron aquel puñetero verano. Ni siquiera sé por dónde empezar... Nico y yo nos encontramos de sopetón en un bar del centro. Nos veíamos de agosto en agosto y el último verano yo no había ido a San Juan porque estuve en un campamento literario. Como oyes. Una de esas cosas raras que organizaba mi profesora de Literatura. Debo decir que me encantó la experiencia, que escribí muchos poemas (por aquel entonces me daba por los versos) y que regresé a casa renovada y con más ganas que nunca de comenzar la carrera de Filología. Bueno, en definitiva, que desde nuestro beso accidentado, Nico y yo no habíamos vuelto a vernos, así que cuando chocamos, literalmente, en el pasillo que conducía a los baños de aquel bar,

nos quedamos bastante impactados ambos. Yo, porque casi se me cae la falda de lo bueno que estaba... ¿Por qué me parecía que estaba tan condenadamente bueno cuando, dos años atrás, simplemente me parecía mono mientras al resto del mundo le parecía un macizo? Él se quedó impresionado porque los tres cubatas de más que llevaba encima me ayudaron a ser mucho más desinhibida de lo que seguramente él recordaba. Me mordí el labio al verme a mí misma en aquella playa sacándole la mano de debajo de mi falda mientras me daba mi primer beso. Había pasado mucho tiempo. Ahora mi mente calenturienta no hacía más que preguntarse qué sentiría si su mano se perdía entre mis piernas. Pero yo seguía siendo tan virgen como cuando él me besó y que me tocara tan íntimamente me parecía un abismo que aún no estaba preparada para saltar. Lo que son las cosas. Dos semanas más tarde ya me sentía preparada y lista para saltar ese abismo con él. ¿Por qué? Porque era sexy y excitante, porque había oído que en la cama era una máquina y porque unos días atrás había llegado de sopetón a casa a media tarde, cuando se suponía que no habría nadie, y me encontré a Asdrúbal en el sofá sentado... y con una chica a horcajadas sobre él. Ella estaba desnuda de cintura para arriba y aunque no llegué a ver nada, tengo una imaginación mucho más que aceptable. ¿Crees que me fui tras murmurar una disculpa? No, qué va. Me quedé allí en medio, más plantada y tiesa que un poste de la luz, y le dije a ella que se vistiera y se fuera.

—¿Pero de qué vas, tía? —me preguntó, mostrando su desnudez sin el más mínimo pudor. No era la primera vez que la veía. Trabajaba en una hamburguesería cercana a la playa y era muy morena y también muy guapa.

—Tápate, anda, que te vas a resfriar —le dije con sorna. Ella puso cara de ofendida.

—Livia... —Asdrúbal estaba pronunciando mi nombre como si me riñera.

—Ni Livia ni hostias. No creo que a mis padres les gustara saber que usas su sofá como picadero —lo amenacé.

—¿Y se puede saber a dónde vamos a ir a hacerlo, niñata? —dijo con mala baba aquella pelandusca.

—Pues no sé, chica, quizás a uno de los lugares en los que sueles llevar a tus ligues. Seguro que hay cientos de setos y dunas que tienen un hueco reservado para ti por ser clienta habitual —le solté de sopetón. Vi la cara de asombro de Asdrúbal.

—Pero serás puta... —gritó la morena, con toda la razón, además.

—No, guapa, para puta tú y a las pruebas me remito. ¿Cuánto ha tenido que *cortejarte* Asdrúbal para que te abrieras de piernas? ¿Diez minutos? Seguro que menos.

La chica saltó hasta quedarse frente a mí, con gesto amenazante, y Asdrúbal tuvo que colocarse entre ambas para evitar males mayores, porque yo no estaba dispuesta a dar un paso atrás aunque aquella mamarracha me enviara directa a urgencias.

La había llamado facilona y me había quedado tan ancha. Si mi madre me hubiera escuchado, me habría arrancado la lengua y con razón. Miles de años de evolución del género humano, siglos de luchas feministas, para que llegara yo y despreciara a una mujer por hacer con su cuerpo lo que le salía de la peineta. Pero no la crucificaba por eso, sino por la persona que había elegido para desfogarse. Coño, que era Asdrúbal... Sabía que no llevaba vida de monje franciscano, pero de eso a ver con mis propios ojos cómo se lo montaba como otra, había un trecho.

—Te has pasado, Livia. Discúlpate —me dijo él, mirándome fijamente y bastante cabreado.

—Y una mierda. O te llevas a esta zorra de aquí o les cuento a mis padres la escenita del sofá, tú verás.

Él me miró con los ojos incendiados de furia. Pocas veces lo he visto así.

—Deberías follar más, amargada —me dijo la chica. Se me escapó la risa al escucharla.

—¿Para qué, para ser como tú de feliz? Mañana Asdrúbal no recordará ni tu nombre y si mi padre le preguntara por ti, se avergonzaría hasta de conocerte —le espeté.

—¡Eso es mentira! Yo no me avergüenzo de ninguna chica a la que me llevo a la cama, ¿o te crees que me acuesto con cualquiera? —rugió.

—No, por Dios, Asdrúbal, ¿cómo voy a pensar eso de ti? De sobra sé que para llevarte a alguien a la cama antes te aseguras de admirarla intelectualmente, respetar sus creencias y opiniones y... —solté una risita—. ¡Venga, joder, de qué vas! Pero si no te has acostado con nadie medianamente cabal, son todas idiotas.

—Esto es demasiado, tío. O me voy de aquí o le rompo la cara a hostias a tu hermana —le dijo ella mientras se ponía la camiseta y desaparecía por la puerta del apartamento. No sé por qué pasó de estar tan violenta a simplemente querer desaparecer, quizá porque no era tan tonta como yo creía y se dio cuenta de que Asdrúbal estaba más interesado en aquella discusión conmigo que en defenderla o incluso en acostarse con ella. De todos modos, que se refiriera a mí como la hermana de Asdrúbal casi hace que me abalance sobre ella.

—¡No somos hermanos! —le grité, antes de que ella saliera de casa.

—Acabas de comportarte como una auténtica cerda —me dijo él, y recalcó la última palabra, que para mí fue como una bofetada.

—¿Cerda? Ummm... Veamos... No era yo quien restregaba mis fluidos por el sofá hace unos segundos, así que si quieres hablar de cerdos...

No pude terminar la frase. Se abalanzó sobre mí y me sujetó por los hombros.

—¿Pero qué cojones te pasa? ¿Cuándo te has vuelto tan bruja? La has tratado fatal y ella no te ha hecho nada. Créeme, este sofá ha visto cosas peores que el hecho de que yo magree a Silvia. Ni te imaginas lo que tus hermanos hacen aquí. Silvia tiene razón, tal vez si tuvieras tu propia vida y follaras más, no te amargaría tanto que los demás viviéramos la nuestra.

En cuanto acabó de decirlo, se dio cuenta de la magnitud de sus palabras. ¿Estaba burlándose de mí porque era virgen, porque no me arrojaba en los brazos de cualquiera ni llevaba al primer gilipollas que se me ponía a tiro al

sofá de mis padres para hacer de todo con él?

—Lo siento, Livia, perdona. No debí decir eso. No quería decirlo. Estoy cabreado —apretó los labios, verdaderamente dolido.

—Claro que querías decirlo, palabra por palabra, otra cosa es que ahora midas el alcance de lo que dijiste —hice una mueca que no llegó a sonrisa, aunque pretendía serlo—. De todos modos no te preocupes. No soy como vosotros, que os da igual a quién os lleváis a la cama. Para mí las cosas deben significar algo, deben calarme más hondo, y que sepas que hay un candidato a estrenar este sofá —le mentí—, así que no te preocupes por mí, en serio. Más pronto que tarde comenzaré a vivir esa vida que tú dices que no vivo y que tan amargada me tiene.

Se quedó lívido al escucharme. Esa noche salí con mis amigas del pueblo y fue cuando me encontré a Nico.

No me acosté con él esa noche. No hubiera sido capaz de hacerlo y él tampoco habría dado semejante paso sabiendo que yo era virgen. Había tenido de sobra con la culpabilidad que sintió tras el primer beso que me había dado. Eso sí, comenzamos a vernos a menudo. Al principio lo hacía por darle a Asdrúbal en las narices. Siempre supe que se preocupaba por mí, pero en esa época no tenía ni idea que de yo le gustaba. Creí que era más protector conmigo que Héctor sencillamente porque a mi hermano todo el mundo le importaba más o menos un carajo, pero creí que lo de Asdrúbal por mí era algo fraternal. Ni en un millón de años hubiera imaginado que estaba celoso. Se lo restregaba por las narices, sí, pero lo que al principio empezó así, acabó derivando a otra cosa: Nico me gustaba. No me gustaba como Asdrúbal. Nadie nunca me ha gustado como él. Pero me gustaba mucho. Me hacía sentir a gusto, segura y hermosa. Me di cuenta muy pronto de que se había enamorado de mí de sopetón. Tampoco sé muy bien cómo ocurrió ni qué hice yo para que un tipo experimentado como él y con montones de mujeres a sus pies hubiera perdido la cabeza por mí de aquel modo.

Vivía en una cabañita que se caía a pedazos, en un extremo de la playa de

San Juan. Allí experimenté todas mis primeras veces, que fueron muchas, porque antes de desvirgarme, me hizo de todo y muy poco a poco. Y me enseñó también a hacerle el amor a un hombre. La primera vez que me llevó a su casa, puso un disco de *Sade* y me desnudó despacio. Paseó su lengua por todo mi cuerpo mientras yo permanecía tendida en su cama, nerviosa y expectante, y consiguió que me corriera con sus dedos. En la siguiente ocasión, fue su boca la que me arrancó gemidos de placer. Antes de desvirgarme, me había enseñado a masajear su polla y a comérsela como Dios manda. Había tanta confianza entre nosotros que cuando por fin hicimos el amor, fue algo natural y hermoso, tierno y apasionado. La manera en la que me miraba, la devoción que me profesaba, me hacía sentirme culpable por no sentir algo tan intenso por él y también porque, en definitiva, cuando cerraba los ojos y me corría, el rostro que acudía a mi mente era el del puñetero Asdrúbal.

Todo se desbarató uno de los días que me quedé a dormir en su casa. Para ese entonces él estaba tan enamorado de mí, me quería de un modo tan extremo, que a veces me asustaba. Esa noche me despertó sacudiéndome por los hombros y abrí los ojos aterrorizada, sin saber qué ocurría.

—¿Qué cojones te pasa con Asdrúbal? —me preguntó fuera de sí.

—¡¿Qué?!

—Me has oído perfectamente.

—No sé a qué te refieres, Nico.

—¿No sois como hermanos? Está todo el puto día en tu casa, parece que tus padres lo hayan adoptado... Así que me resulta un poco raro que en sueños te retuerzas y gimas diciendo su nombre... ¿Qué cojones pasa?

—Ni siquiera recuerdo haber soñado con él. No pasa nada, en serio. Los sueños no se controlan.

—Eso ya lo sé, Livia, por eso me jode tanto, porque cuando no controlas tus pensamientos, Asdrúbal está ahí. ¡Ahí! —Me puso un dedo en la sien como si quisiera taladrármela.

—No exageres.

—No exagero. No es la primera vez que pasa, ¿vale? Murmuras su nombre en sueños, gimoteas... Le pides que no se vaya y no sé cuántas cosas más. Me dije que eran sueños y traté de pasarlos por alto, de no decirte nada, pero no quiero seguir cerrando los ojos a lo que pasa.

—¡No pasa nada!

—Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por él —me exigió... Y fue justo ahí cuando me quebré, porque no pude hacerlo. Él escondió la cara entre las manos—. Joder... Estoy loco por ti. ¡Me muero por ti, nena! ¿No te das cuenta de lo que has hecho? Sabías lo que yo sentía, veías cómo me iba colgando día a día y lo permitiste aunque tú estabas pillada por otro... ¿Cómo pudiste ser tan perra, joder?

—Nico, por favor. —Me incorporé en la cama. Estaba desnuda. Él cerró los ojos como si le doliera contemplar mi cuerpo.

—Lárgate, no quiero volver a verte. ¡Lárgate!

Me quedé unos segundos quieta, mirándolo sin saber qué hacer, hasta que oí su voz y me sonó a súplica.

—Por lo que más quieras, vete. Por favor.

Me vestí deprisa y abandoné su casa. Le envié muchos mensajes durante los días siguientes, pero no respondió a ninguno. Al final de esa semana me lo encontré en un bar. Fui allí con toda mi familia a cenar. Nico se acercó a nuestra mesa. Era evidente que había bebido mucho. Estábamos todos sentados, con el primer plato ya servido, y él balbuceó unas palabras a duras penas. Casi no se tenía en pie.

—Tengo que hablar contigo, Livia —me dijo.

—No estás en condiciones de hablar, chaval. Mi hija no se va contigo ni a hablar ni a nada —le dijo mi padre con un tono un tanto despectivo. Nico lo miró con sorna.

—No se preocupe, profesor, que no le haré a su hija nada esta noche que no le haya hecho ya decenas de veces. Livia me ha usado como al coche de una

autoescuela, para aprender bien a desenvolverse en la cama, y ahora que ya tiene un máster...

No pudo acabar de hablar, porque antes de que ninguno imagináramos siquiera lo que iba a hacer, Asdrúbal se levantó de la mesa y cayó sobre Nico a golpes. Hicieron falta varios hombres para apartarlo.

La última vez que lo vi, Nico tenía la cara ensangrentada y no me miraba. Un par de camareros del bar en el que nos encontrábamos se lo llevaron afuera. Todos los comensales nos miraban, pero la única mirada que me dolió fue la de mi padre. Ni siquiera la de Asdrúbal. La de mi padre... Esa manera despectiva y fría de juzgarme. Jamás se lo perdoné, ni eso ni tantas otras pequeñas cosas con las que me hizo daño durante toda mi vida.

En esto iba pensando cuando regresé a Nueva York después de mi semana en Santa Bárbara con Nico: en el joven ensangrentado al que tanto daño le había hecho, no en el hombre encantador que acababa de acompañarme al aeropuerto y con el que había hecho las paces tras una semana hermosa en las playas de California. Esa imagen de chico destrozado me acompañaría durante mucho tiempo y supe que algún día escribiría sobre ello: sobre mí misma, sobre aquellos que me hicieron daño aún sin quererlo y sobre todas las personas a las que yo dañé, también sin pretenderlo.

En Nueva York comencé a escribir sobre todo eso y, en especial, comencé a ser yo, pero cuando más ajena a todo me encontraba, recibí la llamada de Asdrúbal. Iba a impartir un curso en la Universidad de Columbia, se hospedaba en un hotel de Manhattan y decía que quería verme. Era julio y hacía un calor horrible. Mi apartamento no tenía aire acondicionado y las noches eran insoportables. Repito: era julio, hacía un calor infernal y Asdrúbal vino a Nueva York... Quería verme, lo cual elevó varios grados la temperatura de la ciudad, aumentó el tamaño del agujero de la capa de ozono y el efecto invernadero se disparó. Al menos yo lo sentí así. Quedamos en el bar de su hotel la misma noche del día que me llamó. Nada más colgar el teléfono, me tiré a la calle en busca de un vestido. Así, a lo loco, con esa fiebre

consumista que no me dominaba desde que era adolescente y creía que una noche no sería especial si el vestido y los complementos no eran especiales.

Cuando me gradué en el instituto, estuve más de un mes buscando el vestido para la fiesta. Tenía que ser verde, me obsesioné con esa idea, y con un escote en forma de uve. Esa fiesta marcaba el inicio del resto de mi vida y yo tenía que conseguir un vestido idéntico al que me estaba imaginando, pero ese vestido no aparecía por ninguna parte, así que me compré (por comprarme algo) uno negro con escote palabra de honor que no me gustaba nada. Cuando me desperté la mañana de la fiesta, tenía a los pies de la cama un enorme paquete con un lazo. Al desenvolverlo, allí estaba el vestido verde con escote en uve que deseaba, tal y como me lo había imaginado. Corrí a la habitación de mis padres para darle las gracias a mi madre.

—Ha sido papá —me dijo ella.

Lo había olvidado hasta ahora, fijate, con lo importante que fue ese vestido y esa fiesta en mi vida y con la ilusión que me hizo que me lo regalara mi padre. Él, que estaba acabando de anudarse la corbata (siempre ha ido de corbata a la facultad) me guiñó un ojo a través del espejo de la cómoda y lo abracé por la espalda con fuerza.

—Es el mejor regalo del mundo —le dije, pero nunca le pregunté cómo se le había ocurrido comprármelo y cómo sabía que era tan importante para mí ese vestido. Él, que nunca escucha las cosas que yo digo. Llamaré más tarde a mi madre y se lo preguntaré, a ver si se acuerda de cómo se le ocurrió a papá hacerme ese regalo.

Esa fiesta y ese vestido fueron importantes para mí aunque no ocurrió nada especial, pero me sentía guapísima y muy mayor y me envolvía la melancolía que siempre envuelve al que se marcha a estudiar a otra ciudad y comienza a ver los lugares que le eran cotidianos y monótonos con un cariño que nunca les había tenido. Mis compañeros se quedaban, pero Florencia y yo nos íbamos a Madrid, a comenzar una nueva vida, a ser mayores, a no rendirle cuentas a nadie.

El vestido para el encuentro con Asdrúbal debía ser espectacular. Me sentía bien, más madura. Me sentía otra y quería que mi aspecto dijera a gritos que era otra. Me fui al centro, entré en la tienda de Diane von Furstemberg y me compré un vestido blanco y negro que costó casi tanto como dos meses de alquiler, pero pensé: «¡Qué demonios, me lo merezco!». Me sentía grandiosa dentro de aquel maravilloso vestido y calzada con unos *stiletto*s de diez centímetros. Pasé por la cafetería de la calle 125 para que Ray Anduletto me dijera, con aquel tono exagerado con el que hacía todas las exclamaciones, que estaba guapa. Por entonces ya éramos bastante amigos. Yo llevaba ocho meses en Nueva York y habíamos pasado por la incomodidad de mi rechazo. Un día me dijo aquello de que si no pensaba regresar con mi exmarido, podíamos tener una cita y ver cómo nos iba. Le dije que no, pero era un tipo increíble, el tal Anduletto, y se sobrepuso a su intento frustrado de salir conmigo. Si alguien me ha hecho reflexionar acerca de mis errores durante mi matrimonio, ha sido él.

—He quedado con Asdrúbal, Ray. Dime que estoy guapa o por Dios que regreso a casa a cambiarme de ropa.

Tenía una sonrisa de dientes blanquísimos y demasiado grandes. Hizo el mismo gesto con la mano que hacía siempre que los *gnochi* al pesto le salían perfectos.

—¡Estás mucho más que guapa, *cara mía!* —exclamó de forma histriónica. Noté entonces un pequeño temblor que hizo que se cayera al suelo una taza que había en una de las mesas.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté asustada.

—Eso ha sido la falla.

Me explicó que bajo la calle 125 pasaba una falla que creaba un valle muy profundo y por ese motivo el metro se veía obligado a salir a la superficie en esa zona.

—El movimiento no se debió a la falla, Anduletto, sino al metro —dijo un negrazo ojigarzo de casi dos metros que tomaba café y un bollo con arándanos

en la barra.

—Seguro que ha sido la falla —intervine yo, propensa como soy a dar crédito a las explicaciones rocambolescas— y es premonitorio: hoy va a ocurrir algo, lo presiento.

El negrazo se encogió de hombros y dio un sorbo largo a su café.

—Siempre ocurren cosas, que yo sepa. El mundo no se está nunca quieto.

Me giré hacia él, con los brazos en jarras. Lo había visto en un par de bares tocando con su grupo de jazz latino. Era contrabajista.

—Parece mentira que seas músico. No estás nada dispuesto a creer en la magia —le espeté.

No esperé su respuesta. Debía tomar un taxi para llegar hasta el hotel de Asdrúbal. Con aquellos tacones no podía ir en metro ni mucho menos caminar.

Entré en el bar del hotel y distinguí a Asdrúbal al primer golpe de vista. El corazón dejó de latirme durante varios segundos y creo que el mundo también dejó de girar. Vi su cara de sorpresa en cuanto sus ojos se toparon con los míos. No me extraña. No me había visto con unos tacones tan altos ni un vestido como aquel jamás. Si te digo la verdad, nunca me ha interesado lo más mínimo que los hombres me miraran, pero cuando lo hicieron al entrar en el hotel me gustó, más por el hecho de que Asdrúbal se diera cuenta que por otra cosa.

Estaba sentado en la barra del bar. Llevaba un traje negro y una camisa blanca. Iba sin corbata. Me acerqué a él con paso firme, con la confianza que siente alguien cuando se sabe atractivo. Asdrúbal se levantó del taburete con aquel gesto de extrañeza que yo conocía tan bien. Le di dos besos y le sonreí.

—Qué sorpresa me llevé con tu llamada. No tenía ni idea de que tuvieras programado dar un curso en Columbia.

Nos sentamos ambos en la barra y pedí un vino tinto. Creo que él estaba tomando un whisky.

—Lo decidí a última hora —mintió.

Hay que confirmar que se va a dar un curso con varios meses de antelación,

así que, o bien lo sabía desde hacía tiempo, o bien era mentira que iba a dar el curso. Él también sabía que yo sabía que estaba mintiendo. Quería creer que había ido a Nueva York porque me echaba de menos. A veces soy así de tonta.

Asdrúbal no era capaz de quitarse del rostro el gesto de sorpresa.

—Te noto muy cambiada físicamente —dijo sin mirarme más que a los ojos, como si quisiera leer algo en ellos.

—El cambio no solo es físico. Me siento distinta. En algunos aspectos creo que he encontrado mi camino. En otros, aún sigo buscando —sonreí.

El camarero acababa de traerme la copa de vino tinto. Le di un trago y eché de menos los vinos españoles, aunque aquel, que debía de ser californiano, tampoco estaba del todo mal—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—Un mes, más o menos. Hasta que finalice el curso. —Seguía observándome sin pestañear.

—Asdrúbal, ¿quieres hacer el favor de no mirarme de esa manera? —Creo que en mi tono de voz notó que estaba comenzando a molestarme. No me miraba como si le gustara lo que estaba viendo, sino como si se sorprendiera de verme así, de manera que casi me sentía disfrazada con aquel maravilloso vestido.

—¿Cómo te miro? —quiso saber. Frunció el ceño.

—Me miras como si no me conocieras —le dije con fastidio.

—Es que no te conozco. Apareces aquí como si fueras una de esas mujeres que salen en las series americanas, ya sabes, de esas que cuando se deprimen lo solucionan todo comprándose una par de zapatos de quinientos dólares, y me dices que eres Livia. Está bien, serás Livia, pero no te pareces a ella —terminó la frase con una sonrisa forzada.

Pensé en mi carísimo vestido, en aquellos tacones de diez centímetros y lo que parecía el vestido de Cenicienta después de que el hada madrina la tocara con su varita mágica, se convirtió en un traje de payaso. Me retorcí, incómoda de pronto y arrepintiéndome de haber ido a aquella cita. Creo que Asdrúbal lo notó, porque trató de arreglarlo.

—Cuando hablábamos de Nueva York, de adolescentes, siempre decías que querías hacer como la protagonista de *Desayuno con diamantes*, ¿no te acuerdas, Livia? Dedicarte a hacer cosas que nunca antes habías hecho, como esa escena en la que ellos entran a la tienda de juguetes y roban un par de máscaras. —Su sonrisa ahora trataba de ser conciliadora. Me había hecho daño y lo sabía. Estaba tratando de arreglarlo, pero era imposible. La magia de los instantes está hecha de un tejido muy fino. Es fácil romperla. Él la había hecho añicos.

—Nunca te gustaron demasiado mis divagaciones literarias y cinematográficas. Solías decirme... Bueno, qué más da lo que me dijeras. — Me levanté del taburete dispuesta a marcharme.

—¿Qué haces? ¿Te vas? —me preguntó incrédulo. Ya le estaba dando la espalda, pero me volví. Se encontraba de pie, a mi lado, y con los tacones advertía que nuestra diferencia de estatura no era tan grande.

—¿Quieres que te hable en términos literarios o cinematográficos, como antes? ¿Quieres que te ponga un ejemplo de *Desayuno con diamantes* para que me entiendas? Holly decía que los días realmente malos eran días rojos y que solo en Tiffany's se sentía segura y podía olvidarse de esos días rojos. Nueva York es mi Tiffany's. Vine aquí escapando de mis días rojos y tú los has traído de vuelta justo en este instante y justo con tus palabras. —Me estaba costando no llorar.

—Livia, no exageres. Lo siento, si te he dicho alguna idiotez —y allí estaba aquella cara de preocupación que siempre ponía cuando se daba cuenta de que alguna de sus palabras me había herido, como si con sentirlo fuera bastante. Pero yo no quería quitarle hierro al asunto. Había puesto tantas esperanzas en aquel encuentro que me sentí idiota y triste... Triste como las semanas después del divorcio.

—¿Tienes una mínima idea de la ilusión con la que vine hoy aquí, con la que me compré estos tacones y este vestido de los que ahora te burlas? Quería que vieras que he cambiado y lo que me encuentro es una especie de juez que

pretende establecer qué le gusta más de la que era antes y en qué debo cambiar. Entérate, esto no va de ti, va de mí, de quién quiero ser yo, de si me gusto —me estaba costando mantener el control, pero mi lenguaje corporal era lo suficientemente crispado como para que una pareja que estaba al otro lado de la barra nos mirara con insistencia. Asdrúbal no parecía enfadado, tenía una luminosidad extraña en la mirada y si no hubiera estado tan ensimismada, tan obsesionada con lo que yo sentía, quizás me hubiera dado cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo.

—Dime, ¿por qué compraste ese vestido y esos zapatos, por qué estabas ilusionada con venir aquí hoy?

Dios, me doy cuenta de que ahí podría haberlo cambiado todo, solo con decir la verdad, pero estaba demasiado enfadada y no comprendí el significado de sus preguntas, ni vi la ansiedad y el anhelo en los ojos de Asdrúbal.

—Sí, también yo me lo preguntó, por qué me hacía ilusión algo que no merecía la pena en absoluto. Me paso la vida esforzándome por cosas insignificantes y dejo de lado lo verdaderamente importante. Hace unos meses fui a ver a Nico Valdés a California, ¿sabes?, y me di cuenta de lo poco que valoré todo aquello que él me dio en su momento. El modo en el que me aceptaba, la manera en la que me quiso... Él no me miró como tú lo haces ahora cuando nos encontramos. Tenía la mente abierta para descubrir cómo era la nueva Livia. En cambio tú... Tú te quedas ahí, muy digno, juzgándome y condenándome. Durante años me aseguraste que debía descubrirme a mí misma e imponer mi forma de ser a los demás, pero todo era mentira, ¡todo! Te importa una mierda cómo soy. A todos os importo una mierda: a mis padres, a mis hermanos y a ti... Lo único que queréis es que no moleste, que esté calladita porque sabéis que soy diametralmente opuesta a vosotros. Nico me acepta porque me comprende, porque es como yo, pero tú estás tratando de ridiculizar a la que soy ahora y no te lo voy a permitir. Me abandonaste cuando más te necesitaba, pero tenías razón en hacerlo, me lo merecía. Ahora no me

merezco lo que me estás haciendo. No eres nadie para juzgarme. ¡No eres nadie en mi vida porque tú decidiste no ser nadie, decidiste alejarte! Pues si eso es lo que querías, ¿qué demonios haces aquí? ¡Lárgate!

La cara de él se desencajó. Se puso serio de pronto. Mucho más que serio. Gélido. Como cuando me dijo que su madre había dejado de significar algo para él. Respiró hondo antes de hablar y después me asestó el golpe de gracia.

—Dices que has cambiado, pero es mentira. Eres la misma de siempre. Hasta este instante conservaba cierta... No sé cómo llamarlo... Cierta esperanza y también cierto cariño por tu mal carácter, como si lo detestara y, al mismo tiempo, lo echara de menos, pero debo agradecerte que me hayas liberado de ese yugo, Livia. Ya no más. A partir de ahora no eres nada para mí. Te saludaré, seré correcto cuando nos veamos y lo haré por el cariño que le tengo a tu familia, porque tú no te mereces ni el esfuerzo de un simple saludo.

Salió del bar y me dejó helada. Aquello era indudablemente la vida real. Había acudido allí esa noche pretendiendo que todo se desarrollara como en una novela o en una película. Si fuera una película, hubiera salido corriendo detrás de él, todo se habría solucionado sin hablar, con una simple mirada y la cámara se alejaría de nosotros mientras nos besábamos. Plano general y música romántica, después fundido en negro y los créditos. Pero aquello era la vida. No suele haber segundas oportunidades tras las meteduras de pata, los malos entendidos rara vez se solucionan y las fisuras en las relaciones de pareja, en vez de empequeñecerse, se convierten en abismos.

Asdrúbal salió del bar y no volvimos a vernos hasta mi regreso. Era cortés y fríamente amable cuando nos encontrábamos en casa de mis padres. Me había arrancado de su corazón y de su vida para siempre. Dudo que volviera a dedicarme un solo pensamiento nunca más. Asdrúbal es así. Cuando dice basta es basta.

Road movie

Asdrúbal no siempre fue frío conmigo. Hubo un tiempo en que habría sido imposible que me dijera, tal y como me dijo en Nueva York, que no merecía ni el esfuerzo de un saludo, que ya no significaba nada en su vida, claro que de eso hace varios años, pero nuestro viaje a París es un ejemplo de ello.

Atesoro este recuerdo como uno de los mejores de mi vida. El mejor. Jamás se lo había contado a nadie hasta ahora y cuando Asdrúbal y yo nos referíamos a ese viaje, solíamos colgar la sonrisa en los labios y hacer alusiones inexactas, solo comprensibles para nosotros. Librería de viejo. García Márquez. Cama con cabecero metálico. Incluso una vez, hace no demasiados meses, mi hermana habló de una cabaña de madera que iban a alquilar ella y su marido y no fui capaz de levantar los ojos de mi plato (comíamos en casa de mis padres), pero noté cómo Asdrúbal se revolvía incómodo en la silla.

El día que decidí ir a París a ver a Florencia era jueves. No es que tenga ninguna importancia el hecho de que fuera jueves, pero recuerdo que era este día de la semana y que hacía catorce grados (eso indicaba el cartel luminoso de una farmacia por delante de la cual pasamos antes de tomar la autopista) y que en el teatro comenzaban a las diez de la noche las jornadas estudiantiles. Es cierto que el cerebro recuerda más de lo que creemos. Mi amiga Trinidad, la psicóloga, dice que solo mantenemos frescos los recuerdos que nos resultan más necesarios. Por ejemplo, si aparcamos el coche en un lugar solemos recordar delante de qué tienda está, pero también almacenamos en nuestra

memoria qué coche se encontraba delante del nuestro y qué había en el escaparate de la tienda, ese tipo de cosas que vemos al pasar, casi sin fijarnos, y que con la concentración adecuada podríamos llegar a recordar.

Asdrúbal decidió acompañarme en el último momento dando una excusa de lo más peregrina, ni siquiera me acuerdo de lo que dijo, y mirando a mi hermano con esa cara de complot que se les pone cada vez que traman algo. Desde luego, ninguno de los dos sirve para espía. Que había una intención oculta por parte de Asdrúbal era evidente, pero me hice la tonta, la que no se entera, porque intuía cuál era esa intención oculta y también deseaba que ocurriera. Me gustaba Asdrúbal desde hacía tiempo, me gustaba tanto que se me había cerrado el estómago, había adelgazado de puros nervios y había atesorado lo que sentía en lo más profundo del corazón, sin compartirlo con nadie, quizás por miedo a que no ocurriera nada entre él y yo y que hubiera más personas, a parte de mí misma, que supieran de ese amor imposible. No sé qué bicho me picó en esa época ni por qué me dejé llevar por aquel sentimiento, ya que se me ponían los pelos de punta solo con imaginar la felicidad de mis padres si entre Asdrúbal y yo ocurría algo, pero lo cierto es que me resultaba imposible ignorar lo que sentía. Era lo más tópico del mundo, lo que mis amigas me habían contado mil veces, pero como nunca lo había experimentado, vivía asustada por aquel volcán de emociones. De pronto mis estados de ánimo y mis decisiones giraban en torno a los pasos de Asdrúbal. Si él iba a un lugar, a mí me apetecía ir a ese lugar; si ese día había conversado más de lo habitual conmigo o me había mirado de una manera que me hacía estremecer, me sentía feliz y animada y trataba de hacer felices a los demás, hasta tal punto que muchas veces mi madre me decía: «no sé lo que te está pasando, hija, pero ojalá dure. Últimamente es un gusto tenerte cerca, irradas luz». Ni siquiera me ofendía que aquellas palabras llevaran implícita una crítica a mi manera de ser habitual, mi carácter tosco y poco dado a las muestras efusivas.

El viaje de ida a París, en aquel Seat gris metalizado que se caía a pedazos,

fue eterno y eso que no paramos nada más que para comer, ya que Asdrúbal y yo nos íbamos turnando al volante, pero aun así tardamos casi dos días y medio. No sé muy bien qué hizo Asdrúbal durante los tres días que estuve con mi hermana, porque no lo vi. Imagino que se acercaría a ver a su madre que, por aquel entonces, vivía en Saint Germain la mayor parte del año. Se presentó ante la puerta de Florencia aquel martes a las ocho de la mañana, justo a la hora a la que habíamos decidido comenzar nuestro viaje de regreso, y nada más ocupar el lugar del copiloto me di cuenta de que algo en él había cambiado. Estaba decepcionada porque durante nuestro viaje de ida no había ocurrido nada, nuestras conversaciones habían sido las mismas de siempre, discutimos sobre si tal disco de Led Zeppelin era mejor que tal otro de Frank Zappa o si las novelas de Vargas Llosa eran más europeas o menos que las de García Márquez. Nos recomendamos películas que estaban en cartelera y decidimos ir juntos a un concierto que un grupo de rock, cuyo cantante era amigo de mi hermano, iba a dar en la fiesta de la facultad de Física, donde estudiaba Asdrúbal. Hablamos también de Florencia y le comenté que estaba preocupada por ella y por ese amor sin futuro que sentía por el tal James, aquel estudiante de intercambio al que había seguido hasta París para darse al poco tiempo de bruces con una realidad poco agradable: él seguía enamorado de su exnovia.

—Odio este tipo de cosas —le dije de pronto a Asdrúbal.

—¿Qué cosas? —quiso saber él.

—El amor y todas esas mierdas.

Soltó una carcajada al escucharme decir esto, pero a mí no me hizo ninguna gracia. En ese instante ya estaba enfadada. Enfadada y decepcionada. Me había hecho a la idea de que durante aquel viaje Asdrúbal iba a intentar algo, no sé, un acercamiento entre nosotros, y estábamos a menos de una hora de París y no había ocurrido nada aún.

—Bueno, tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, pero yo no llamaría mierda a nada que tenga que ver con el amor —seguía sonriendo.

—¿Te has enamorado muchas veces? —le pregunté a quemarropa. Era yo la que iba al volante y no pude mirarlo mientras respondía, pero me di cuenta de que giraba la cabeza para mirarme y creo que estaba sorprendido de que hubiera sido tan directa.

—Solo una vez —fue su respuesta concisa.

Una vez... Las manos comenzaron a sudarme y sentía las mejillas sonrojadas. Esa maldita desgracia de ruborizarme que me ha puesto en evidencia toda mi vida. Quise creer que era yo la persona de quien estaba enamorado. Quise creerlo y me esforcé en creerlo. Tenía que ser yo.

—¿Y tú, Livia, te has enamorado muchas veces?

—Solo una vez —le respondí al tuntún, porque no sabía que lo que sentía por él era amor. Noté que el rubor me teñía el rostro aún más. Era una ocasión tan propicia para que dijese algo, para que diese un paso, pero en cambio no dijo ni una palabra. Se concentró en mirar a través de la ventanilla como si el paisaje que veíamos fuera mucho más interesante que el camino por el que podía llevarnos aquella conversación. Eso me hizo estar triste durante mi estancia en París, aunque traté de sobreponerme porque, al fin y al cabo, había ido para animar a mi hermana.

La mañana que regresábamos a casa, Asdrúbal llamó por teléfono a Florencia para que me dijera que quería llevarme a conocer un sitio y que debíamos madrugar más de lo que teníamos pensado. Ya te dije que noté su ánimo cambiado en cuanto me subí al coche. Me llevó a una librería del Barrio Latino, una librería de viejo regentada por un tal Monsieur Courbette que se parecía exageradamente a Pío Baroja cuando era anciano. Apenas levantó la mirada del libro de contabilidad que estaba ojeando. Un elegante galgo dormitaba a sus pies, cerca del escritorio que ocupaba el anciano. Asdrúbal me dijo que eligiera un libro, el que quisiera. Le hice saber que el tiempo se nos echaría encima y que no llegaríamos a casa antes de tres días, si seguíamos así. «¿Tienes prisa por regresar?», me preguntó muy serio, y le respondí la verdad, que no. Miré aquellos anaqueles llenos de libros,

absorbiendo el aroma a papel viejo y polvo, palpando con delicadeza la piel de los lomos, y entonces di con una primera edición de *Cien años de soledad* que había sido publicada en Buenos Aires, en 1967, por la editorial Sudamericana. Descubrirlo fue para mí como descubrir la momia de Tutankamón en el Valle de los Reyes. Lo tomé entre las manos y recuerdo que lo apreté contra el pecho, como si temiera que alguien fuera a arrebatármelo.

—¿Cuánto cuesta? —le pregunté a Monsieur Courbette.

—Está vendido, lo siento —me respondió.

—¿Cómo que está vendido? ¿Entonces por qué lo tenía en esa estantería? — El anciano se encogió de hombros y me dijo que le preguntara a mi amigo. Mire a Asdrúbal y lo vi sonreír.

—Abre la primera página, anda —me instó. Abrí el libro y vi la dedicatoria: «Cuando encontré el libro en esta librería perdida del Barrio Latino, me acordé de ti. Sabía que entre todos los libros del mundo, tú elegirías este. No me equivoqué». Casi lloro. Casi me olvido de respirar. Pero no lo hice. Después, mientras desayunábamos en un café muy próximo a la librería, me dijo que quería hacerme un regalo para que me acordara de aquel viaje a París que habíamos hecho juntos y que en un primer momento había pensado en *Rayuela*, de Cortázar, pero que después había descubierto aquella primera edición de *Cien años de soledad* y supo que ese era el regalo perfecto. Entonces, García Márquez era mi autor favorito.

—¿A que merece la pena retrasarse en el viaje de regreso a casa por encontrar una primera edición de *Cien años de soledad*? —me dijo con una sonrisa pícaro. Desayunábamos unos *croissants*.

—Por supuesto —le respondí. Lo vi partir un pedazo de su *croissant* y ofrecérmelo, porque yo no había probado bocado, emocionada como estaba con mi libro y con el cariz que estaban tomando las cosas con Asdrúbal.

—Come un poco, anda, que no solo de literatura se vive. —Acercó el *croissant* a mi boca y lo mordí. Él me miraba tan fijamente que me fue imposible tragar con normalidad y tuve que hacer un esfuerzo, porque se me

había cerrado la garganta.

—Dar de comer a alguien es bastante erótico —le dije, tratando de sonreír y de echarle un capote, a ver si se animaba a dar el paso.

—Sí, esa era la intención. —Estaba muy serio al pronunciar estas palabras. Dejó de pronto el *croissant* en el plato, se levantó de su silla y se sentó en la que estaba a mi lado—. Joder, ya no puedo más, Livia...

Y me besó.

Aquel sí que fue el beso que llevaba esperando toda mi vida, un beso que hace que te tiemblen las piernas y el calor te recorra el cuerpo. Un beso de los que no quieres que se acaben, porque los labios se acoplan a los tuyos como si ya los conocieran y la lengua acaricia tu lengua con una suavidad turbadora que te hace desear más. Fue tan sensual y tierno, tan arrebatador y posesivo... Me estrechó entre sus brazos y cada uno de sus gestos gritaba que por fin era suya, que él sabía que lo era y que yo aceptaba serlo gustosa. Lo sé, suena muy ñoño, pero es que soy muy ñoña.

—Hay un lugar al que estoy deseando llevarte desde hace años. Está cerca de Poitiers —me susurró casi contra los labios.

—¿Hace años que deseas llevarme? —le pregunté sorprendida. Movié la cabeza afirmativamente.

—Hace años que deseo muchas cosas de ti —me confesó.

Si el corazón no se me paró en ese momento es que es capaz de soportar cualquier cosa, pero no me dio tiempo a nada: pagó el desayuno sin habérselo terminado y me arrastró hasta el coche.

El viaje a Poitiers estaba fuera de nuestro itinerario, pero siempre he creído que esos son los mejores viajes, aquellos en los que olvidas los mapas y te vas dejando llevar por carreteras hacia donde no tenías pensado dirigirte. El coche no tenía CD, llevábamos *cassettes* con nuestras canciones favoritas grabadas, de manera que aquella *road movie* tuvo como banda sonora a los mejores grupos de los sesenta y setenta, desde Black Sabbath hasta Deep Purple. Cantábamos y reíamos, parábamos en las estaciones de servicio y nos

besábamos como adolescentes hambrientos. Asdrúbal comenzó entonces a hablarme del hotelito al que íbamos. Estaba en medio de un bosque de encinas y había un lago muy cerca. Alquilaban cabañas de madera con chimenea.

—Me encanta la idea de que nadie en el mundo sepa que vamos a estar allí —le dije. Él sonrió.

—Estoy deseando llegar. Estoy deseando quitarte esos pantalones vaqueros y ese jersey de cuello alto. —Me miró con la sonrisa más amplia que le había visto nunca—. Me pregunto qué me encontraré debajo.

—Tengo escamas de dragón, te lo advierto —le respondí riéndome también.

—Bueno, siempre he sabido que tienes una coraza dura, pero algo me dice que por dentro no lo eres tanto. —Sus ojos chispeaban. Me dio un poco de miedo esa afirmación, me hizo sentir vulnerable y expuesta. Algo debió de notar, porque su tono de voz dejó de ser burlón y se transformó en tierno—. Oye, no te preocupes, no le diré a nadie que en realidad eres una ternura... Y nunca lo usaré en tu contra, de verdad, lo prometo. —Seguía sonriendo, pero no había humor en su voz, sino preocupación. Cómo podía conocerme tan bien ya entonces es un misterio.

—Me da miedo dar este paso. Quiero darlo, pero me da miedo. Te conozco de toda la vida, casi vives en mi casa... Me asusta también todo esto —me llevé la mano al pecho mientras hablaba—, lo que se me revuelve aquí cuando te tengo cerca.

Asdrúbal paró el coche en la cuneta y me abrazó. No dijo ni una palabra. Fue la primera vez que comprendí el poder sanador y tranquilizador de un abrazo.

—A mí también me da miedo, ¿o qué te crees? Pero no podemos dejar de hacer las cosas por miedo. Quiero estar contigo, es lo único que sé.

Hicimos el resto del camino casi en silencio. El deseo y la excitación se estaban entrelazando con una suerte de melancolía que solo supe explicar años después. Creo que tenía miedo a dar ese paso, probar el cielo y que saliera mal. ¿Cómo regresa uno a la normalidad después de tener lo que desea y

perderlo? ¿Se conforma, se resigna o se desespera? Ya entonces comenzó a aflorar aquella cobardía que me paralizó durante años. Por un segundo casi deseé que todo siguiera como antes, no arriesgarme, impermeabilizar el corazón para no sufrir. Los sentimientos muy profundos asustan. Al menos a mí sí me asustaban, quizás al resto del mundo no. Pero cualquier duda, cualquier miedo, se desvaneció en cuanto llegamos a la cabaña.

Era preciosa, hecha de troncos. Tenía un pequeño jardín delantero y un porche donde sería maravilloso tomarse un café por la noche mientras se contemplaban las estrellas.

—Oye —me dijo Asdrúbal—, solo quiero estar aquí contigo, no tenemos que hacer nada de lo que no estemos seguros.

Si hasta ese momento había tenido claro que Asdrúbal me gustaba con locura, justo en ese instante comprendí que era mucho más que eso. Lo quería, así de simple. Estaba enamorada de él, aunque me resistiera a creerlo. Aunque me muriera de miedo.

—Estoy completamente segura —le dije, dando un paso hacia él. Cuando comenzamos a quitarnos la ropa y a acariciarnos, a punto estuve de llorar. Me hubiera sentido ridícula de haberlo hecho, pero la emoción se me había instalado en algún lugar entre las costillas y me aprisionaba el pecho. Asdrúbal fue el primer hombre que me despertó los sentidos, que me los despertó de verdad. No era el primer hombre con el que me acostaba, ni el primero que me daba placer. Era mucho más que eso... Era el único hombre que me había hecho desear que no hubiese nadie más. El amor se puede hacer de cualquier manera y en la mayoría de los casos es una pulsión tan animal que no nos planteamos en qué capa de nuestra dermis se instaló el deseo. Solemos quedarnos en la superficie. Por primera vez acariciaba un cuerpo queriendo aprenderlo de memoria, sensible a las reacciones que mis manos eran capaces de provocar. La excitación y la timidez reinaron a partes iguales en aquella cama, vírgenes ambos en una experiencia semejante. No era la primera vez para ninguno de los dos, pero lo era. Estaba haciendo el amor con aquel niño

que había llegado años atrás a vivir a mi edificio, al que había visto jugar al billar a deshoras con el flequillo tapándole los ojos y un cigarrillo consumiéndose en los labios. Hacía el amor con el chico que deslumbraba a mi padre con sus razonamientos, con el mejor amigo de mi hermano y el hombre ideal según todas mis amigas. Hacía el amor con la persona que siempre y en todo momento me había animado a ser yo misma.

—Esto es demasiado intenso, creo que voy a morirme —logré susurrar cuando aún no me había quitado el sujetador, pero ya mordisqueaba mis pezones por encima de la tela. Pero es que no era solo sexo y lo sabían hasta los muebles de aquella vieja habitación, hasta aquella cama de barrotes que chirriaba cuando nos movíamos. Hasta las estrellas del firmamento debían de saber que aquello no solo era sexo, aquello era algo tan grande que llamarlo simplemente amor se me quedaba pequeño.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo, mira —y puso mi mano sobre su pecho y sentí cómo galopaba su corazón—. Lo que me pasa cuando estás cerca va a acabar matándome. No puede ser bueno para la salud.

Nos reímos y terminamos de desnudarnos con mucha calma. Nos miramos tanto, tan detenidamente, nos estudiamos con tal pasmo, que cuando su lengua entró en contacto con mis pezones yo ya estaba tan excitada que no tardé nada en correrme. Simplemente me acarició el clítoris por encima de las bragas y exploté, muerta de la vergüenza.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró en mi oído, tan divertido por mi rápido orgasmo como por mi bochorno.

—Eso ha sido una soberana incontinencia sexual —le dije, con la cara hundida en su pecho, mientras él seguía acariciándome, esta vez por debajo de las bragas, y sus dedos se introducían en mi interior haciéndome gritar de placer.

Mis manos se hundieron dentro de sus calzoncillos y me apoderé de su erección, haciéndolo temblar de pies a cabeza y gemir contra mi boca.

—Esto no es solo sexo, ¿verdad? —me preguntó—. Necesito oírtelo decir.

Lo necesito... ¿Es tan especial para ti como para mí, Livia? Porque siento que me muero por ti, que me muero de verdad, de placer, de excitación, de ternura. Me muero.

—A mí me pasa lo mismo, Asdru. Dios, lo mismo. Creo que voy a... morirme.

Ese fue el momento que eligió para penetrarme y lo hizo despacio. Después se quedó muy quieto, sin mover ni un músculo.

—Es mejor de lo que soñé —murmuró.

—Mil veces mejor —le di la razón.

—¿Imaginaste esto conmigo muchas veces? —quiso saber.

—Muchas veces y desde hace mucho tiempo —y entonces solté la gran bomba atómica, esa que habría hecho huir a cualquier otro tomándome por loca y que a él simplemente lo elevó al Olimpo de la euforia—. Siempre has sido tú. Cuando estaba con alguien, pensaba en ti. Solo en ti.

—Dios mío, yo también... Cerraba los ojos y era tu rostro, tu cuerpo. Siempre eras tú.

Comenzamos a movernos como locos, mirándonos a los ojos, sorprendidos y absortos de que por fin aquello estuviera ocurriendo. Me pidió que lo avisara cuando me corriera y lo hice. Nos corrimos a la vez, con las frentes pegadas y los labios entreabiertos, con el corazón palpitando de amor.

Asdrúbal estaba allí conmigo, no podía creerlo, y seguía conmigo a la mañana siguiente, cuando nos despertamos con pelos de locos y un aliento nauseabundo por el vino de la noche anterior, y verlo así era enternecedor. No deseaba huir como me había ocurrido siempre con otros. Solo quería abrazarlo y que me abrazara y estaba deseando preguntarle: «¿te arrepientes de lo de anoche?», pero no me atreví, me daba miedo su respuesta. Si el amor y la inseguridad no me hubieran cegado esa mañana, me habría dado cuenta de que él sentía lo mismo que yo mucho antes de que me lo dijera.

—Estoy loco por ti desde hace años —me confesó. Aún estábamos en la cama, él apoyado sobre su codo, mirándome—, y no te hagas la dura porque sé

que tú también estás loca por mí.

—Qué creído eres —le dije entre risas, sin confesarle lo que sentía ni desmentir sus palabras, porque eran ciertas. Estaba loca por él.

Durante los siguientes días hicimos lo que hacen casi todos los amantes jóvenes del mundo: minimizar lo que hemos sentido antes en comparación con lo que sentíamos ahora. Él aseguraba haber estado enamorado de mí casi desde adolescente, pero no se atrevía a dar el paso. Héctor era su confidente, lo había sido siempre. Quiso saber si yo le había dicho algo a Florencia y se sorprendió cuando le dije que nunca había hablado con nadie sobre lo que sentía por él.

—Creí que jamás iba a ocurrir nada entre nosotros y no me atreví a decir nada. Tenía miedo de que llegara a tus oídos y no soportaba la idea de que sintieras lástima de mí —me estaba dando vergüenza contárselo, porque al escucharme yo misma me daba cuenta de que aquello, viniendo de mí, era toda una declaración y Asdrúbal, que me conocía perfectamente, lo comprendió.

—Sabías perfectamente lo que sentía por ti, Livia, otra cosa es que no quisieras reconocerlo. Luchaste con todas tus fuerzas para resistirte, pero soy demasiado encantador, ¿verdad? —dijo él, para quitarle hierro al comentario. O sea, que Asdrúbal sabía que yo me había resistido a aquel sentimiento. Iba a replicarle algo cuando me besó, haciéndome callar.

Estuvimos cuatro días en la cabaña, incomunicados, sin que nadie supiera dónde estábamos ni nos echara de menos, pues tampoco sabían exactamente cuándo íbamos a regresar a casa. Fue como estar en una isla desierta solo nosotros dos. Pero la situación idílica se rompió en cuanto cruzamos la frontera. Según me iba acercando a casa, una bola se me instalaba en el estómago, algo pesado e incómodo que me recordaba todo lo que quedaba por delante: dar explicaciones, contar que éramos pareja, tratar de que no me afectase la alegría que iba a darles a mis padres, felices de poder llamar por fin hijo a Asdrúbal y de que eso casi fuera cierto. Claro que, como dijo Humphrey Bogart en Casablanca, «siempre nos quedará París». A nosotros

siempre nos quedaría Poitiers, la cabaña de madera, la chimenea, aquella cama de muelles que hacía un ruido espantoso. Nos quedaría también la librería de viejo de Monsieur Courbette y la primera edición de *Cien años de soledad*. Y el sabor de los primeros besos, aquella saliva dulce y aquellos labios hambrientos y felices. A eso me agarré durante mucho tiempo para tratar de no verme como una fracasada, alguien que ha claudicado y que finalmente se había convertido en lo que sus padres siempre desearon que fuera.

La fiesta

Tavo era una invención y ni siquiera tú lo sabías, pero no porque quisiera ocultártelo, sino porque le daba tan poca importancia a la mentira que no te la conté. Tampoco imaginaba que iba a ocurrir lo que después ocurrió.

Sabes que odio ese tipo de fiestas, pero si además va toda mi familia y están tratando de que no me entere de que Asdrúbal sale con alguien por miedo a que me derrumbe, las odio más aún. ¿Por qué demonios creen que me afecta lo que haga Asdrúbal con su vida? Sí, de acuerdo, ya sé que me afecta, pero ¿por qué lo saben ellos? ¿Es tan evidente para todo el mundo que no he pasado página? ¿Será evidente también para Asdrúbal? Debo reconocer que si finalmente fui a la fiesta es porque tú también ibas y porque me moría de curiosidad por ver a su maldita novia.

Todo había comenzado unos días antes, cuando yo ya había dicho la mentira sobre mi novio inventado para excusarme por no poder asistir.

—¡Ah, estupendo! —exclamó mi hermano. Vi cómo Florencia le daba un codazo para que se callara. Ocurría algo, era evidente. Y también era evidente que si quería saber lo que pasaba, debía abordar a Héctor, porque Florencia no diría ni una palabra. Cuando se trata de guardar secretos, ella es mejor que nadie.

Le tendí una emboscada a Héctor en la cafetería de la facultad. Sabía que tras su clase de las once iba allí a tomar un café todas las mañanas. Lo que no me esperaba es que apareciera con Asdrúbal.

La cafetería se llama Macondo. El dueño es un colombiano que lleva viviendo en España más de veinte años y que responde al nombre de Taquío, diminutivo de Eustaquio, y que sintoniza emisoras musicales alternativas, pero cuando los últimos universitarios se retiran hacia otras zonas de la ciudad, apaga la televisión y en el local solo suena salsa. Es un tipo particular. Cada agosto, cuando cierra la cafetería, se sube a su furgoneta y recorre la geografía europea en busca de iglesias y otras construcciones de los templarios y después enmarca las fotografías y las vende en un puesto en el mercado, los domingos.

Nada más verme entrar en el local, levantó los brazos y exclamó mi nombre: —Buenos ojos te vean, Livia —dijo, con una enorme sonrisa. Cuando trabajé en la universidad con la beca de investigación, aquella era mi segunda casa. Mis compañeros y yo, tras las clases, hacíamos campeonatos de póquer que casi siempre ganaba yo (me había enseñado a jugar Asdrúbal).

Taquío salió de detrás del mostrador y me dio un abrazo. Hacía años que no nos veíamos. Seguí frecuentando el local durante mucho tiempo, hasta que regresé de Nueva York. Sabía que Asdrúbal trataba de mantener las distancias conmigo, a pesar de que seguía asistiendo a las comidas de los sábados en casa de mis padres. Como no quería imponerle mi presencia más de lo estrictamente necesario, dejé de ser asidua de los locales en los que sabía que me lo podía encontrar.

—¡Qué alegría volver a verte, Taquío! —le dije.

—¿Lo de siempre? —me preguntó, cuando aún no nos habíamos separado del todo tras el abrazo. Asentí. Aún recordaba lo que solía tomar. Me senté en una mesa pegada al gran ventanal y esperé mi café solo largo y mi vaso de agua—. Dime, ¿qué es de tu vida?

—Trabajo como traductora y viajo bastante. Ya sabes... Sigo sin establecerme del todo —le sonreí mientras lo vi mover la cabeza incrédulo.

—Ya me dijo Asdrúbal que no estabais juntos. Le preguntaba siempre por ti y acabó confesándomelo. Lo último que me contó es que estabas en Nueva

York.

—Eso fue hace dos años o más. Ahora estoy aquí, aunque con la cabeza en otra parte. Quizá Londres, aún no estoy segura —no era cierto. Estaba mintiendo con descaro, probablemente para no hablarle de una vida que a mí misma me resultaba muy aburrida, pero según iba tejiendo la mentira de Londres, la idea se me hacía más y más atractiva. De todas maneras, una mentira es una mentira y yo quería salir cuanto antes de aquella, así que cambié de tema—. Estoy esperando a mi hermano Héctor.

—Estará a punto de llegar —me dijo, mirando la hora en el reloj de pared y calculando que tardaría unos diez minutos en llegar desde la facultad. En ese instante los vimos aparecer doblando la esquina. Se pararon ante el semáforo en rojo. Héctor y Asdrúbal. Hablaban y sonreían—. Vaya, creo que también viene tu ex.

—No pasa nada. Tenemos muy buena relación.

—Eso mismo me dijo él, que os llevabais muy bien —frunció los labios— y la experiencia me dice que la única explicación posible a que os llevéis tan bien, aun no teniendo hijos ni nada que os una, es que todavía queda algo. A ti no te tengo tan calada porque hace tiempo que no te veo, pero a él se le nota cuando habla de ti. Sigue enamorado —me guiñó un ojo y me sonrió—, así que sé buena con él.

¿¡Qué!?

—Te equivocas... —y no me dio tiempo a decirle nada más, aunque tampoco sabría qué decirle. Justo en ese instante la puerta se abrió y ambos entraron en el local y me miraron sorprendidos. Pidieron un par de cafés en la barra y se acercaron a mi mesa, cautelosos.

—Qué raro verte por aquí —me dijo Héctor. Asdrúbal no abrió la boca.

—Estaba a un par de calles y como sé que soléis tomar el café a esta hora, me acerqué para saludar. Por cierto, ¿vais a ir todos juntos a la fiesta de Dante? —Asdrúbal levantó la cabeza de su café. Había estado revolviendo el azúcar con la mirada fija en la taza como si eso fuese lo más interesante del

mundo.

—Creí que no vendrías, que este fin de semana ibas a Rotterdam a ver a ese tal Tavo —Asdrúbal hizo un gesto raro al nombrarlo, una especie de mueca leve. Imagino que no quería demostrarme que sabía cómo se llamaba mi supuesto novio y que yo tenía programado un viaje para verlo, pero el inconsciente nos traiciona a veces.

—Al final no voy. Tiene que viajar por asuntos de trabajo a otra ciudad y no iré a verlo este fin de semana, así que me apunto a la fiesta. —No pude evitar contener la respiración ante la mirada de Asdrúbal. Hace años que no nos miramos directamente a los ojos. Desde nuestro incidente en Nueva York. Pero no me hagas caso, cada vez estoy peor: me impresionan las miradas de Asdrúbal del mismo modo que a una adolescente la dejan sin palabras las atenciones del chico guapo de la clase. Incluso me afecta ver cómo bebe el café, la manera en la que sus labios se adaptan a la taza. ¿Cuánto hace que no nos besamos? Ya ni lo recuerdo.

—Imagino que iremos cada uno por nuestro lado. Yo no tengo plan, iré solo, pero Florencia irá con Dante y Asdrúbal con Isabel.

Asdrúbal lo miró furioso. Me di cuenta al instante.

—No voy con Isabel. Ella va por su lado y yo, por el mío. —Había cierta amenaza en su tono de voz y en la manera en la que miraba a Héctor. No salió nada en claro de aquella conversación.

—Nos vemos allí, entonces. Creo que iré con una amiga.

—¿La editora? —me preguntó Héctor, y abrió los ojos desmesuradamente cuando asentí. Me parece que le gustas bastante, pero ya te avisé de que es incapaz de mantener vivo el interés por una mujer más de seis o siete meses, así que cuidado.

Hubiera querido hablar con Héctor a solas, pero me fue imposible y el nombre de Isabel asociado al de Asdrúbal me latían en la sien como un fuerte dolor de cabeza. Eso es lo que te dije nada más subir juntas al taxi... Nunca antes te había hablado en profundidad de Asdrúbal, ¿verdad?, y tuve que

hacerlo de camino a la fiesta. Lo hice de pasada, pero poniendo suficiente hincapié para que tuvieras ciertos datos relevantes que te llevaran a comprender mis posibles reacciones al verlo con esa tal Isabel. Creí que esa era la única información que debías manejar. Lo relativo a Tavo no, porque Tavo no existía. Tavo era un novio inventado con el único propósito de fastidiar un poco a Asdrúbal. ¿Acaso no estaba él con Isabel? Pues no iba a permitir que creyera que yo estaba sola. Qué patético, ¿verdad?

Me inventé a Tavo hace un par de semanas. Estaba comiendo con mi hermano en *La Flaca*, el restaurante argentino de la calle Valverde Prat. Necesitaba que le tradujera del francés unos artículos para su tesis sobre Gaucelm Faidit, un trovador del siglo XII. El nombre de Isabel salió como por casualidad y Héctor me puso en antecedentes. Era guapa, lista, peleaba por conseguir una beca de investigación y estaba loca por Asdrúbal.

—Creo que es la mujer perfecta para él —me dijo sin pestañear.

A veces me pregunto si mi hermano me odia y me hace daño a propósito o si es tan rematadamente imbécil que no se da cuenta de que ese tipo de comentarios me afectan. Entonces cambió radicalmente de tema. Me dijo:

—Irás a la fiesta de Dante, imagino.

Se me revolvió la bilis, me encontraba a medio camino entre la tristeza y la furia.

—No puedo ir. Ese fin de semana viajo a Rotterdam para ver a un amigo.

Los ojos de Héctor se clavaron en los míos.

—¿Estás saliendo con alguien?

Me encogí de hombros, tratando de quitarle importancia.

—Sí, estoy comenzando a salir con alguien.

—¿Cómo es? —me preguntó, poniéndome en un aprieto.

Comencé a describirlo...

—Es muy alto, moreno, de ojos negros. Y no sé qué más decirte... Tiene un gran sentido del humor y me trata de maravilla. Nuestros gustos son parecidos. Le encantan las novelas históricas y es profesor en Rotterdam.

Héctor sonrió.

—Vaya, parece que estuvieras describiendo a Asdrúbal, excepto por lo de Rotterdam.

La madre que lo parió, qué retranca tiene.

—Se llama Tavo —le expliqué, tratando de borrar su tonta sonrisa. Me salió así, de repente. Las mentiras se tejen de la manera más boba. Acababa de cruzar el parque de camino al restaurante y había escuchado a una madre llamando así a su hijo: Tavo. Me había preguntado si sería el diminutivo de Gustavo. Le di varias vueltas al nombre y después me salió así, de golpe, con una naturalidad pasmosa. Tavo. Y al nombrarlo es como si fuera tomando cuerpo. Tavo. Moreno y alto, con el pelo un poco largo, le gustan las novelas históricas y era profesor en Rotterdam.

«Parece que estás describiendo a Asdrúbal, excepto por lo de Rotterdam», me había dicho mi hermano con muy mala leche, y sí, en efecto estaba describiendo a Asdrúbal. Me había traicionado el subconsciente cuando mi hermano me pidió que le describiera al hombre que me gustaba.

Días más tarde, al enterarme de que Asdrúbal (según mi hermano Héctor) iría con Isabel, me arrepentí de la excusa dada y di marcha atrás. Quería conocerla, verlos juntos, aunque me doliera. Tal vez así lograra pasar página.

A pesar del nerviosismo y la tristeza anticipada al imaginarme a Asdrúbal con Isabel, tengo que reconocerte el mérito de haberme hecho reír. Tenías razón en todo lo que dijiste sobre el lugar de la fiesta. El propio Dante estaba un poco avergonzado de la pompa con la que se había llevado a cabo el evento. Al fin y al cabo (y por mucho éxito que tenga) es un cómic y, como tal, su lugar está en la periferia de la cultura, no en el centro del boato. El cómic es un arte marginal. Es cultura popular, *underground*, y las personas que manejan la gran maquinaria de la cultura no suelen considerarlos productos artísticos o culturales. Eso es lo que siempre decía Dante. Imagino que ese es el motivo por el que tenía cara de querer esconderse del mundo. Celebrar el éxito de un cómic con una fiesta en el mismo museo de arte donde el modisto

del momento presentó su última colección o donde una revista femenina dio sus premios a los personajes más relevantes del año (siendo uno de ellos el creador de una máscara de pestañas de larga duración) debía de avergonzarse bastante. Pobre Dante. Es difícil ser fiel a la marginalidad necesaria para crear cierto tipo de obras artísticas cuando el éxito nos explota escandalosamente en las narices.

Todos tenemos un talón de Aquiles, un elemento perturbador en nuestras vidas que nos roba la tranquilidad y se convierte en epicentro de todos nuestros temblores. El de mi cuñado Dante es tener tanto éxito en vez de convertirse en un autor maldito. El mío se llama Asdrúbal y llegó a la fiesta a las once menos cuarto de la noche, solo, sin Isabel, con una camisa azul que le favorecía y el pelo un poco despeinado, como siempre.

El local estaba de gente hasta los topes, pero el radar de mi corazón lo encontró de inmediato, lo intuyó tan pronto como puso un pie en la fiesta, y eso que era complicado distinguir a nadie entre tanta gente moderna y a la última. Dios, cómo detesto estas fiestas donde nadie presenta a nadie y todos se pasean de un grupo al otro hablando de temas superficiales con gente que le importa un bledo y durante tan poco tiempo que apenas te das cuenta de que esa persona ha llegado y se fue, dejándote con la palabra colgando en los labios. Alguien te pregunta qué es de tu vida, tras mil años sin verte, y resulta que debes saber resumirlo todo en una frase. ¿Tienes hijos? No. ¿Estás casada? No. ¿Pero sales con alguien, no? Pues no. Silencio tenso. Si no respondes afirmativamente a una de esas tres cuestiones, tu vida es un fracaso, parece ser. Pero tampoco te creas que si cumples con esto lo tienes mejor. Entonces hay otro tipo de preguntas que van dirigidas a averiguar si has emprendido algún negocio con éxito o si tu pareja tiene una cuenta bancaria con suficientes ceros. Un asco. Y yo allí, respondiendo estupideces. Menos mal que estabas a mi lado. Entonces sentí un escalofrío en la espalda y me dije: «está aquí». En efecto, allí estaba Asdrúbal. Te lo indiqué con un movimiento de cabeza y no necesitaste más datos para saber a qué me estaba

refiriendo.

—¿Ese es tu exmarido? —me preguntaste con una de esas miradas tuyas que indican admiración.

Sí, es atractivo. Tiene un no sé qué. Sea lo que sea, tiene algo que a mí me ha impedido pasar página y, desde luego, no se debe a que sea guapo, aunque lo es. Eso me trae sin cuidado. Lo que ocurre es que no he vuelto a encontrar en nadie ni un poquito de lo que él tiene a toneladas. Florencia lo llama «la alquimia del amor». Mi madre, «ese instinto animal que nos avisa de que es la pareja perfecta». Alquimia o instinto me gritan desde hace mucho tiempo que él es ÉL.

Si no fuera por Tavo, la fiesta habría sido divertida. Ver a mi padre descolocado en un ambiente que le era tan ajeno ya fue suficiente recompensa. La pelirroja que se acercó tratando de iniciar una conversación y a la que mi padre miraba como a una extraterrestre porque le hablaba de no sé qué modisto que había presentado su colección en aquel mismo local pocos días antes fue lo que me indicó que debía acudir en su ayuda. Llega un momento en la vida de un hijo en el que está deseando ver desubicados a sus padres, y cuando más seguros de sí mismo se muestran en el día a día, mayor es el deseo de verlos fuera de lugar, sin hacer pie, aunque solo sea para acercarnos a ellos, como hice yo, y darles dos besos que ellos reciben como un auténtico salvavidas. Le guiñé un ojo y le susurré al oído: «no pasa nada, yo te protegeré», que es lo que me decía él cuando me levantaba aterrorizada en medio de la noche por alguna pesadilla y saltaba sobre la cama de él y de mamá buscando cobijo y consuelo. Me dejaba quedarme un rato, hasta que me tranquilizaba, y después me llevaba de la mano por el largo pasillo.

—Hay un monstruo, papá, te lo juro.

—Lo dudo, pero en caso de que lo hubiera, estará él más asustado que tú. Además, si hubiera un monstruo, ¿no crees que se habría comido a tu hermana?

Florencia dormía en la cama de al lado y al entrar en el cuarto la veía entre las sábanas revueltas, con la boca abierta de par en par y roncando como un

camión. Papá siempre se quedaba conmigo hasta que me dormía y me hablaba de todas las mujeres valientes de la historia. «Porque la valentía no consiste en no tener miedo, sino en enfrentarte a él mientras te preguntas: ¿qué es lo peor que podría pasarme?». En eso pensé cuando vi a mi exmarido a lo lejos y me moría de ganas de hablarle, de que nuestras miradas se encontraran: ¿qué es lo peor que me podía pasar?

Mientras tú hablabas con Héctor yo me acerqué a Asdrúbal. No pude evitarlo, aun sabiendo que tal vez no le apetecía esa intimidad.

—Al final viniste solo. ¿No pudo venir Isabel? —le dije, creo que pillándolo por sorpresa, pues me acerqué cuando miraba en otra dirección e imagino que no se esperaba que le hablase. Se dio entonces la vuelta, me miró a los ojos y sonrió. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no me sonreía? ¡Siglos! Y si bien es cierto que no sé por qué me sonrió, quiero pensar que notó mis celos, me conoce demasiado bien como para no notar ciertas cosas, y no le desagradaron. Pero no pudo responderme y me quedé sin saber por qué no había ido con Isabel, porque ese fue el instante en el que Tavo hizo acto de presencia y me besó en la boca. Allí, delante de Asdrúbal que, inexplicablemente, miró a mi hermano alzando una ceja mientras el supuesto Tavo me preguntaba:

—Hola, cariño. ¿No te alegras de verme?

Al ver la escena desde lejos, cada uno en una esquina del local, mis padres vinieron de inmediato. Se preguntarían quién era aquel tipo que se tomaba tales confianzas conmigo y del que no habían tenido noticias hasta ese preciso instante.

—¿Es tu novio, cariño? —dijo mi madre, yendo directamente al grano.

—¡Qué va a ser su novio! —respondió mi padre, mirando al supuesto Tavo con esos ojos suyos de ave rapaz. En realidad, con aquella mirada le estaba diciendo algo así como: «mi hija es y siempre será la mujer de Asdrúbal, lo es en mi corazón y lo es en el suyo, así que desaparece en este instante de mi vista, mequetrefe». Más o menos pensaría algo así, creo.

Yo solo podía mirar a Asdrúbal y preocuparme por lo que estaba pensando. ¿Qué juego era aquel? ¿Pero cómo decir que ese tipo no era Tavo sin revelar la vergonzosa verdad de que me lo había inventado para tratar de darle celos o para no parecer tan patética porque él ya tenía a alguien en su vida, la maldita Isabel, y yo seguía tan colgada por él como años atrás?

—Me siento mal, perdonad —logré balbucear, muerta de la vergüenza y de la humillación. Me agarré de tu brazo y escapé de allí para refugiarme donde fuera, en cualquier lugar, intuyendo ya que se trataba de una broma de mi hermano Héctor. ¿Por qué demonios era así de cruel conmigo? Fue el primero en notar que estaba loca por Asdrúbal, incluso cuando ni yo misma sabía lo que me estaba pasando. No éramos más que unos críos.

—Si sigues mirándolo así, lo vas a gastar —me dijo una vez que estábamos viendo una película con el viejo proyector de mi madre. Asdrúbal acababa de levantarse para ir al baño y hacer más palomitas. Habíamos parado la peli y nosotros lo esperábamos tumbados en el suelo sobre los cojines marrones que habían pertenecido al sofá de la casa de mi abuela.

—Déjala en paz —me defendió Florencia. No sabía ni siquiera a qué se estaban refiriendo. Creo que yo tendría unos diez u once años.

—¡Joder, Floren, es tan evidente lo de Livia y Asdru! ¿No te has dado cuenta? Pero si se ha enterado hasta mamá... —declaró Héctor entre risas.

—Déjala, idiota, o le digo a papá que tienes revistas de tías desnudas bajo el colchón —volvió a defenderme mi hermana. Eso lo hizo callarse de inmediato. Yo seguía sin asimilar del todo aquella acusación de Héctor. Por fin balbuceé algo.

—No me gusta Asdrúbal, es como si fuera mi hermano. No lo miro. Yo no lo miro.

Florencia me observó de una manera extraña. ¡Madre mía, acabo de darme cuenta de que mi hermana también lo sabía y nunca me reprochó que no se lo contara! Nos los contábamos todo, todo, todo... Quizás comprendía que ni yo misma sabía lo que me estaba pasando. Oh, por Dios... Papá, mamá, mis

hermanos... Hasta el propio Asdrúbal debió de saber siempre que estaba enamorada de él desde hacía un milenio. Qué vergüenza... ¡Cómo odio a Héctor! ¡Lo odio, lo odio! Sonriendo en medio de la fiesta, cuando yo me sentía tan mal que estaba a punto de desmayarme y cuando el supuesto Tavo me miraba con aquellos ojos que me decían que me iba a volver a besar...

Te ahorro el resto de la escena porque ya te la conté cuando me acompañaste al baño. «Debe de ser una lipotimia», comentó mi madre, preocupada, cuando me vio palidecer y dar un traspie. En realidad, debió de ser una bajada de tensión, que es lo mínimo que me podía pasar después de ver al supuesto Tavo presentándose como mi pareja ante mis padres y hermanos. Y yo de pie, ante la mirada escudriñadora de Asdrúbal. Héctor parecía tan divertido, el muy cabrón; Florencia, molesta; mis padres, incrédulos. Mi ex marido, simplemente expectante, como si deseara preguntarme: «¿Y bien, no tienes nada que decir al respecto?».

Sé que nos subimos a un taxi sin despedirnos de nadie. Sé que te ofreciste a quedarte conmigo y que te dije que necesitaba estar sola. Lo sé, pero al mismo tiempo lo recuerdo todo como si fuese un maldito sueño. En cuando abrí la puerta de mi casa, el mal humor se me disipó y solo sentía aquellas ganas locas de escribir y escribir sobre Asdrúbal, sobre mí, sobre todos aquellos años de mi vida en los que estaba desesperadamente enamorada de él y no me di cuenta. Tal vez así lograra comprender lo que hasta ese instante me resultaba tan incomprensible. Además tú me lo pediste:

—Si no quieres hablar sobre Asdrúbal, escríbelo. Vamos, hazlo. Necesitas soltar todo eso que te quema por dentro. Mentirosa, más que mentirosa. Vuestra historia no está acabada. Os rodeaban los fuegos artificiales mientras hablabais. Brillabas a su lado. Brillas cuando él te mira, cuando te habla. Y él apenas puede respirar cuando tú estás cerca. Joder, Livia, ¿por qué no me lo contaste? No sabía que vuestra historia era ese tipo de historia.

Me dejaste alucinada cuando me dijiste eso.

—¿Qué tipo de historia?

—Ya sabes qué tipo de historia... De las que uno lee en las novelas, pero cree que no existen en la vida real. Historias de hombres que aman a mujeres imperfectas hasta las últimas consecuencias y esperan a que maduren y no las juzgan y las ayuda a volar. Ese tipo de historias, ya sabes... Las historias que tú lees y que yo leo, pero que casi nadie vive. Joder, tú estás viviendo una de esas historias, pero es real, Asdrúbal es real, la forma en la que te mira con la respiración contenida es real, ¡es jodidamente real, Livia!

—No digas tonterías... Solo quieres que te escriba mi historia en vez de contártela porque piensas en publicarla.

—No digas chorradas. Escribe, por favor, escribe. Necesito conocer esa historia, porque sin conocer a Asdrúbal, ya sé que me cae bien. Un hombre que es capaz de sentir como él siente...

—¿Pero estás loca o qué te pasa? Estás construyendo un mundo sobre una tontería. Te imaginas cosas.

—¡No, no lo imagino, Livia! Cualquiera puede verlo. Cualquiera, hasta esa tal Isabel lo vio... Cuando estáis cerca, hay una burbuja invisible que os aísla, porque a él solo le importas tú y a ti solo te importa él y no hay manera de ignorar eso a menos que estés tan ciego como estás tú.

—No me hables de Isabel...

(No sé por qué te reproduzco toda esta conversación que mantuvimos en el taxi. Tú estabas allí, sabes lo que ambas dijimos. En definitiva, no deberías haberme hablado de Isabel. No quiero recordar lo que ocurrió en el baño cuando entró de sopetón y me pilló llorando sobre tu hombro).

Enfrentándome

Una de mis primas pequeñas me dijo, en medio de una discusión, que no le extrañaba que Asdrúbal me hubiera dejado. Me lo dijo sin pensar, solo por desviar el tema y porque no le gustaba lo que le estaba diciendo. Lo recuerdo ahora porque me hizo gracia que fuese aquella mocosa la que dijera en alto lo que debía de opinar toda mi familia. Por otro lado era cierto, me había merecido aquel abandono. Era insoportable. Pero también me habían servido aquellas palabras de mi prima para darme cuenta de que ahora era otra mujer, mucho más centrada y valiente. Quizás en el pasado había sido inmadura y mi carácter, insoportable... Todo eso era cierto, pero ya no era así, y tras la fiesta de Dante Alvargonzález y la aparición del imaginario Tavo, me sentía más fuerte que nunca para no volver a inventar excusas ni a esconderme de nada ni de nadie. Iría a los lugares a los que quería ir y no me sentiría obligada a mentirle a mi familia por miedo a la verdad. Y si otra cosa tenía clara es que mi hermano Héctor era, de alguna manera, responsable de que Tavo dejara de ser un novio imaginario y se convirtiera en alguien de carne y hueso.

—¿Se puede saber a qué diablos estás jugando? —le dije, después de entrar en su despacho de la facultad como una tromba. Creo que estaba corrigiendo unos exámenes. Levantó la cabeza con cara de susto y me miró a través de sus lentes bifocales. Me di cuenta de lo mucho que se parecía a mi padre, sobre todo en una foto de este cuando era pequeño que había por casa. Una de esas fotos antiguas donde el alumno está sentado en un pupitre con un globo

terráqueo a su lado y un mapa detrás (tan antiguo que las Castillas aún aparecen como Castilla La Vieja y Castilla La Nueva).

—¿De qué hablas? ¿Estás loca o qué? ¿Son maneras de entrar en un despacho? —La cara de susto aún no se le había quitado. Probablemente ya había visto a mi hermano trabajando, pero no lo recuerdo. Es como si por primera vez lo viera en aquel ambiente serio, rodeado de estanterías llenas de libros y montañas de papeles sobre la mesa. Aunque mi hermano fue un estudiante muy brillante, no lo recuerdo con la cabeza entre los libros (quizás porque siempre iba a estudiar a la biblioteca, no como Florencia y yo, que estudiábamos en casa). A Héctor lo recuerdo como a Asdrúbal, en fiestas, en la playa, jugando al billar en un local lleno de humo...

—Sé lo de Tavo. Fuiste tú —lo acusé. Había trotado, literalmente, desde casa hasta la facultad y alimenté el enfado de camino. No lograba comprender por qué mi hermano había hecho algo semejante, pero estaba segura de que había sido él y de que Florencia y Asdrúbal lo sabían. Es más, sabía que ellos no estaban de acuerdo con ese plan de mi hermano por las miradas que le habían dirigido. ¿Qué había detrás de todo aquello? ¿Qué pretendía demostrar Héctor?

—No sé a qué te refieres —me respondió con aquella mirada suya de fingida inocencia.

—No te hagas el tonto que no te queda bien. Yo me inventé a Tavo y tú conseguiste a un tipo que se hiciera pasar por él... ¿Con qué intención, dime? —Tenía la respiración como si acabara de correr varios kilómetros.

—¡Así que admites que te lo inventaste! —exclamó con una enorme sonrisa—. ¿Y se puede saber por qué te lo inventaste? Calla, no digas nada... Sé perfectamente que lo hiciste por celos. Fue escuchar el nombre de Isabel y se te puso esa cara roja que tienes ahora mismo. Mira que se lo dije a Asdrúbal, que estabas celosa, pero no me creyó...

Sentí un vuelco en el estómago y unas ansias enormes de abofetearlo.

—¡A Asdrúbal! ¿Pero quién eres tú para hablar de mí con Asdrúbal! ¿Acaso

os divertís intentando averiguar si sufro o no sufro, si aún lo quiero o no? ¿No tenéis otra manera de divertirlos? —Me costaba no echarme a llorar.

—Vamos, Livia, no exageres. En primer lugar, Asdrúbal es mi amigo, mi hermano. En segundo lugar, nunca nos hemos reído de ti. Si supieras lo mal que lo ha pasado Asdrúbal por tu culpa, no tendrías el valor de reclamarme ahora nada. Además, déjate de tonterías. Estás enamorada de él, ¿te crees que no lo sé? Pero llevas años fastidiándole la vida y ahora ya es tarde. Traté de arreglar las cosas entre vosotros. Creí que tenías una oportunidad con él, por eso te dije lo de Isabel, para ver si te ponías celosa. Isabel y Asdrúbal no tienen ninguna relación ahora mismo, ya no hay nada entre ellos, y le dije a un colega del gimnasio que se hiciera pasar por ese tal Tavo para darte un buen susto. Alguien tenía que obligarte a que te enfrentaras a tus mentiras. Joder, no se puede ser tan cobarde, Livia. Llevas viviendo toda tu vida en un mundo irreal, en las historias que lees en los libros o ves en una película, y la vida te está pasando delante de las narices mientras tú miras para otro lado. Con Asdrúbal quizá ya sea tarde, pero aún estás a tiempo de vivir una vida de verdad, real, con un hombre de carne y hueso, ¿no te das cuenta?

Oí todo lo que tenía que decirme, pero solo una cosa se me clavó en el corazón, boqueando hasta exhalar el último aliento, igual que esas mariposas clavadas con alfileres por algún coleccionista: era tarde para intentar nada con Asdrúbal. ¿Por qué me afectaba de ese modo algo que ya sabía desde el incidente de Nueva York? Quizás porque lo había escuchado en la boca de otra persona que no era yo misma. Era tarde para nosotros. Si Héctor lo decía, es porque Asdrúbal se lo había confesado. Bien, ahí estaba la vida real abriéndose paso a empujones y había que aceptarla tal cual era: ya era tarde. Podría, simplemente, pasar página. Podría encerrarme unos días en casa y llorar. O podía agarrar al toro por los cuernos y decir lo que nunca había dicho...

Quería a Asdrúbal. Lo quería desesperadamente y ahora, por fin lo sabía, lo quería también sin esperanzas. ¿Pero era acaso algo de lo que avergonzarse?

No. ¿Y no sería una manera hermosa de pasar página decirle a Asdrúbal lo que sentía, decírselo porque sí, sin esperar nada? Nunca había tenido con él un acto de generosidad así. No recuerdo haberle dicho nunca lo que sentía, palabra por palabra, con sinceridad, y durante estos años, tras el divorcio, atesoré este amor para exteriorizarlo cuando él se acercara a mí o cuando viera que era posible que lo intentáramos de nuevo, pero siempre consideré lo que siento como una especie de moneda de cambio. Ahora no quiero pensar así, no quiero que este amor sirva para conseguir nada, quiero regalárselo. Ya no me quiere, es cierto. Pero tal vez me quiere. Es tan corto el amor y es tan largo el olvido. Parafraseo a Neruda, lo sé. No acabo de arrancarme esa costumbre de acudir a los libros para cualquier cosa, tal vez porque la literatura es, junto a Asdrúbal, el gran amor de mi vida.

Quiero ser mejor, aunque no consiga nada con ello. Quiero ser capaz de confesarle a Asdrúbal lo que siento por simple generosidad. Hacerlo por él y por mí, porque se lo debo y porque me lo debo. A ciertas edades uno tiene que obligarse a llevar a cabo actos de valentía y actos de generosidad, pues eso es una de las cosas que identifican a los verdaderos adultos. Crecer no es cumplir años, es atreverse cada vez más a todo. Mi abuela siempre lo decía: al cumplir años, vas abandonando los miedos y la vergüenza como quien se va quitando ropa en la playa, hasta que nos zambullimos casi desnudos.

Recordé también la generosidad con la que Nico Valdés me había confesado su amor durante la semana que pasamos juntos en California. Recordé a quienes fueron generosos conmigo sin pedir nada a cambio y yo, tan desagradecida, no solo no di las gracias, sino que ni siquiera supe valorar aquellos gestos desinteresados. Pero Nico me duele especialmente, porque hasta nuestra semana en Rincon Beach nunca supe cuánto me había amado y cuánto me quería aún. Me dijo que había sido el gran amor de su vida y que casi a diario se acordaba de mí, de cosas muy pequeñas, como de la manía que les tengo a las pastillas de jabón, ya que prefiero el jabón líquido, o lo mucho que odio las compresas de noche porque me parecen pañales para adultos.

Idioteces. Recordaba también mi manía a la comida monocolor. «Cuando hago macarrones *alla carbonara*, los veo tan pálidos que me acuerdo de ti y siempre añado algo de un color vivo, como pimientos». Me puse triste cuando me contó todas estas cosas. Yo había querido mucho a Nico, pero ni de lejos tanto como él me quiso a mí y, sin embargo, allí estábamos juntos, en Rincon Beach, pillando olas como habíamos planeado tantos años atrás, tomando *Coronitas* por la noche en bares cercanos a la playa, desayunando contundentemente en el centro del pueblo (¡aquellos bocadillos de pavo, Dios mío, qué delicia!) y hablando del pasado. Una tarde, tras salir del agua y quitarnos lo trajes de neopreno, nos dedicamos a mirar a otros surfistas muy jóvenes, casi niños. Había un par de ellos realmente talentosos. Él me dijo que tenía que celebrar una despedida para mi bebé. La noche anterior le había hablado del aborto y de lo que había supuesto para mí.

—Sí, una despedida. Los rituales son importantes para dejar atrás las cosas o para hacerse a la idea de los cambios, de ahí los funerales o los bautizos, bodas y demás. Simbolizan cambios y celebrar un ritual nos ayuda a asimilarlos. Piensa que en las tribus hay un ritual que marca el paso a la edad adulta. Hay rituales para todo. Tú no te has despedido de tu bebé, eso es lo que te pasa, y aferrarte a ese dolor es lo único que te queda porque no te has hecho a la idea de que no te queda nada. El bebé no existe. Por más que te duela, tienes que aceptarlo.

Las lágrimas comenzaron a resbalarme por las mejillas, pero él no trató de consolarme. Comprendía que esas lágrimas eran un bálsamo para mi dolor y que debía derramarlas. Estaba anocheciendo y cada vez había menos surfistas en el agua. Permanecimos mucho tiempo en silencio.

—Cuando regreses a España —me dijo por fin—, deberías elegir algo que te lo recuerde y enterrarlo o quemarlo después de decirle unas palabras al bebé. Tienes que dejarlo ir. Lo único que está contigo es tu obsesión. El bebé hace siglos que no existe.

Seguí llorando durante todo nuestro trayecto a casa. Nico vivía en un primer

piso, en un apartamento a pie de playa con una sola habitación. Las tres noches que ya había dormido allí, lo hice en su cama, y él, en el sofá de la sala. Cenamos unos sándwiches en silencio y según se acercaba la hora de irnos a dormir, me atreví a hacerle una confesión.

Estábamos viendo un reportaje sobre las mejores olas del mundo y las playas más recomendables para surfear. No me concentraba.

—Quiero hacerlo ahora —le solté a quemarropa.

—¿Qué? —Apartó la mirada de la televisión y la clavó en mí, sin comprender.

—La despedida del bebé. Quiero hacerla ahora.

Me levanté del sofá y fui hasta la habitación. Rebusqué en el compartimento interior de mi bolso y saqué un papel plegado. Se lo tendí. Nico lo desdobló y tras mirarlo unos segundos, me dirigió una mirada cargada de tristeza.

—¿Levas siempre contigo esta ecografía?

—Sí. Es lo único que me queda de él, pero creo que tienes razón. Nunca lo despedí como Dios manda, por eso me he quedado anclada en esta pena.

—¿Y cómo quieres hacerlo?

—Lo he estado pensando... Creo que lo mejor será salir a la terraza y quemar la ecografía. —Al decirlo, algo muy dentro de mí tembló de dolor. No sé si iba a poder desprenderme de aquel único indicativo de que mi bebé había existido.

—¿Has pensado también lo que vas a decirle?

Asentí. Sin mediar palabra, Nico buscó un mechero, agarró un cenicero que había en la cocina y salimos a la terraza.

—¿Prefieres estar sola? —me preguntó con voz precavida.

Negué con la cabeza y lo agarré del brazo, un poco asustada ante la perspectiva de que me dejase sola en semejante trance.

—Bien, salgamos entonces.

Nos sentamos en las sillas de la terraza. Hacía una noche agradable, no excesivamente calurosa. La luna estaba en cuarto creciente y se veía inmensa

en el cielo. Debía de estar muy cerca de la Tierra. Todo estaba en silencio.

Coloqué la ecografía doblada en el cenicero tras darle un beso y agarré el mechero con manos temblorosas. Antes de quemarlo, le hablé a mi bebé. Nunca le había hablado.

—Te quería muchísimo, a pesar de lo mucho que me quejaba porque todos mis planes se iban a torcer. Estaba loca por verte la cara y por abrazarte. Me hubiera gustado que te llamaras Tristán. No pensé mucho en nombres de niña porque mi corazón me decía que eras un niño. No voy a olvidarte nunca, ni a dejar de quererte porque no hayas nacido. Hubieras sido mi hijo mayor y el poco tiempo que estuviste dentro de mí me cambió la vida, imagínate si eres importante. Jamás volví a mirar el mundo con los mismos ojos.

Me callé y solo entonces me di cuenta de lo mucho que estaba llorando, de cómo temblaba y de la tristeza inmensa con la que me miraba Nico. Encendí el mechero y acerqué la llama a la ecografía. Ardió con rapidez, se consumió en apenas un suspiro y en el cenicero solo quedó un montoncito diminuto de ceniza. Respiré hondo, armándome de valor, y soplé la ceniza. El viento se la llevó muy lejos, al mar. Lo último que me quedaba de mi bebé se volatilizó ante mis ojos en una playa de California y en medio de toda la tristeza acumulada, me sentí tan ligera como aquella ceniza. Me sentí en paz. Entrelacé mis manos con las de Nico y le di las gracias.

La mañana siguiente me desperté contenta. Nico también estaba contento. No sé qué removié en mí aquella ceremonia, pero de algún modo todos mis pensamientos negativos se habían escondido en un arcón que cerré con llave y esa llave se la había llevado el viento igual que la ceniza.

El resto de la semana fue absolutamente maravilloso. Hicimos mucho surf, callejamos por el pueblo, salimos de copas, comimos más de la cuenta y hablamos hasta perder el conocimiento de todo lo que nos había pasado durante aquellos años. Fue sanador para mí hablar con Nico y que me escuchara de ese modo que él escucha, sin juzgar, pero sin pasar la mano por el lomo cuando cree que has actuado mal.

La última noche que pasé en su apartamento no lograba dormir. Daba vueltas y más vueltas en la cama sin poder dejar de pensar que Nico y yo también necesitábamos nuestro propio ritual de despedida. Traté de recordar la última vez que habíamos hecho el amor y no pude. Me revolví una y mil veces entre las sábanas y llegué a la conclusión de que un tipo guapo como él tenía que tener condones en el cuarto porque le lloverían los ligues. Abrí el primer cajón y el segundo de la mesita, pero no encontré nada. Por fin en el tercero aparecieron los preservativos. Agarré el paquete y me encaminé hacia la sala. A primera hora de la mañana saldría para el aeropuerto. Nos quedaban escasas horas juntos.

Nico también estaba despierto, con los brazos detrás de la cabeza y los ojos fijos en el techo. Me miró cuando oyó mis pasos acercándose al sofá.

—¿No puedes dormir? —me preguntó, incorporándose sobre un codo.

Depositó el paquete de condones sobre la mesa auxiliar que había delante del sofá.

—Nosotros también necesitamos nuestro ritual de despedida para poder pasar página. —Esperé unos segundos para ver qué respondía, pero ni siquiera respiró—. No logro acordarme de la última vez que hicimos el amor y quiero tener un recuerdo de ese momento. Quiero que nos despedamos bien, de una forma bonita.

Silencio y más silencio. Por fin habló:

—Ven aquí. —La voz le salía de un rincón del alma que no solía mostrar habitualmente. Le brillaban los ojos y sonrió con ternura—. Yo también necesito tenerte esta noche. También necesito una última vez contigo.

Me acerqué a él despacio. Estaba sentado en el sofá, con el pecho desnudo y solo cubierto por unos *bóxers* que no lograban disimular su erección instantánea. Me quedé parada, de pie, entre sus piernas separadas y él metió las manos por debajo de mi camisola corta de dormir para colocarlas en mis nalgas y acercarme a él. No llevaba bragas y al comprobarlo, emitió un leve gemido de placer.

—Desabróchate la camisola, pero no te la quites —me ordenó con voz suave, mirándome a los ojos. Sus manos en mis nalgas eran puro fuego. Le obedecí. Fui desabrochando botón a botón deliberadamente despacio y cuando hube terminado, abrí la tela para mostrarle la blancura de mis pechos y de mi vientre. Me miró con detenimiento. En esa postura, mis pechos quedaban a la altura de su cara. Rozó los pezones con su nariz y me estremecí.

—Quiero que me lo hagas muy despacio —murmuré.

—Muy, muy despacio —me sonrió justo antes de comenzar a lamer mis pezones y a mordisquearlos con calma, sin prisas. Sus manos no se habían movido de mis nalgas, pero ahora alcanzaban mi clítoris y lo excitaban. Su dedo corazón se introdujo en mi interior moviéndose con suavidad. Hacía mucho tiempo que no me acostaba con nadie y mis emociones estaban a flor de piel.

Dejé que mi mano buscara su erección y me las arreglé para sacársela del *bóxer*. Él se quitó la prenda con destreza. Todos sus movimientos sobre mi cuerpo eran delicados y me inflamaban, incluso la leve tela de la camisola que permanecía abierta, pero aún puesta, me excitaba al notarla acariciando mi espalda.

Rasgué el envoltorio del condón y se lo puse. Acto seguido, me senté a horcajadas sobre él y lo sentí dentro de mí, llenándome. Lo miré y sentí una infinita ternura, mucho agradecimiento y una terrible excitación. Comencé a moverme con lentitud mientras me mordisqueaba los pezones y nuestros gemidos se confundían en la penumbra de la sala. Nico paseaba sus dedos por mi espalda, arriba y abajo, como un exquisito masaje que enloquecía hasta la última de mis terminaciones nerviosas.

—Estoy a punto de correrme —le avisé, gimiendo quedamente.

—Me correré contigo.

Los dedos de nuestras manos se entrelazaron y yo continué balanceándome sobre su miembro con la misma cadencia lenta, entonces el placer explotó en mi interior y sentí cómo Nico explotaba también, mirándonos a los ojos. Nos

besamos largamente, todavía acoplados tras el orgasmo.

—Me ha gustado esta despedida —me dijo con una enorme sonrisa. No había ni asomo de tristeza o melancolía y comprendí que ese ritual también iba a servirnos para que él pasara página conmigo, como la despedida que le había hecho a mi bebé no nacido. Lo arrastré hasta la cama y dormimos juntos y abrazados. Por la mañana muy temprano me llevó al aeropuerto y nos despedimos felices, renovados.

Cuando meses después Asdrúbal fue a verme a Nueva York y encajó tan mal todos mis cambios, yo solo podía preguntarme por qué Nico los había aceptado con tanta naturalidad, mientras mi exmarido me miraba con suspicacia. Ahora sé que Asdrúbal me conocía demasiado bien como para aceptar de buenas a primeras que un vestido y unos zapatos fueran indicativos de nada. Ya en Nueva York había comenzado mi gran transformación, eso era cierto, pero todavía me quedaba un mundo de cosas que dejar atrás y mi exmarido se dio perfecta cuenta de ello. No hay nadie que me conozca como él. Nadie.

Asdrúbal

Calle Montevideo, 17 – buhardilla.

Esta es la dirección de Asdrúbal. Nunca antes había estado en su apartamento. Lo alquiló poco después de nuestro divorcio y memoricé la dirección porque él mismo se la dio a mis padres en una de las reuniones de los sábados. Recuerdo como algo extraño aquellas conversaciones y aquellas primeras comidas de fin de semana tras el divorcio. Se hablaba de la nueva vida de Asdrúbal como si yo no estuviera delante. Cuando se lo recliné a mi madre me dijo:

—También te preguntaríamos a ti qué tal te va, si nos lo permitieras... Eres tan seca, hija, que no nos atrevemos a decir nada para no molestar.

Quizás tuviera razón mi madre. Tal vez me habría parecido mal que me preguntasen qué tal. En aquella época me molestaba todo e imagino que para mucha gente mi carácter seguirá siendo el mismo. Solemos creer que la gente no cambia, que los años pasan y los demás siguen siendo los mismos que eran décadas atrás, pero todos cambiamos, para bien o para mal. Quiero creer que yo he cambiado para bien y que lo que me dijo Isabel en la fiesta de presentación del cómic de mi cuñado no es cierto.

Te pedí que nos dejaras solas, porque tu presencia allí era un apoyo que desequilibraba la balanza. No lo hice por ser justa con Isabel, sino por demostrarle mi propia fortaleza. No necesito que nadie me apoye, puedo enfrentarme de tú a tú y comérmela con patatas. Cómo la odiaba, te lo juro.

Ahora ya ni eso. La odiaba de esa manera visceral que odiaba de adolescente a todas las novias de Asdrúbal. ¿Él odiaría de igual modo a Nico Valdés, el surfista; o a Tito, aquel compañero suyo de piso de la universidad que me pintó a carboncillo en su libro de Física; y a los otros hombres que han pasado por mi vida? Dios, espero que sí, que no sea yo la única boba que siente estos celos atroces. Deseo fervientemente que él los haya sentido alguna vez, corroyéndolo por dentro.

Cuando Isabel se me plantó cara a cara, creí morir de la impresión. Era el peor momento para que apareciera. Mi hermano acababa de humillarme frente a Asdrúbal y al resto de mi familia y entonces se plantó ella ante mí, tan intelectual, tan segura de sí misma, tan alta... La hubiera abofeteado antes incluso de que abriera la boca, así que cuando me dijo lo que me dijo, imagínate.

—Llora cuanto quieras —escupió las palabras con saña. Acababa de entrar al baño y me encontró sollozando sobre tu hombro—, pero tu época ya pasó. Asdrúbal no te quiere. No quiere ni verte en pintura.

Te mandé que nos dejaras solas y no rechistaste, solo desapareciste por la puerta y un silencio enorme nos envolvió a ambas.

—Puede que ya no me quiera, pero me quiso como jamás te querrá a ti. —Lo dije llenándome la boca porque estaba declarándole una verdad como un templo. Nuestro amor había sido de novela y dudo que él volviera a querer así a alguien, del mismo modo que sé que yo jamás querré a otro hombre como lo quiero a él.

—Me he follado a tu exmarido —sonrió— y ni te imaginas los sonidos que salieron por su boca.

—¿Te dijo que te amaba más que a su vida? —le pregunté, sacando a pasear a la mala perra que hay en mí—. ¿Te dijo que jamás había tomado la iniciativa con nadie porque ninguna mujer excepto tú le había despertado el corazón y el alma? ¿Te dijo que sin ti la vida es en blanco y negro, que no conoce más placer que el placer de saberte suya? A mí sí. Me dijo todo eso y más cosas

demasiado íntimas y hermosas para que tus oídos las escuchen. Me amó tanto que cuando nos separamos, el mundo de ambos se vino abajo y desde entonces vivimos entre ruinas. No siente eso por ti ni lo sentirá jamás. Lo sintió por mí y le he dejado una huella tan honda en el alma como la que él me ha dejado a mí. Cualquier persona que ame a Asdrúbal o me ame a mí sabe que siempre será un segundón con respecto a lo que nosotros tuvimos —vale, aquí sí que exageraré. En mi caso, cualquier hombre palidece en comparación con él, pero sé que al revés no es cierto. Aun así, se lo dije solo por hacerle daño, para que se sintiera insegura y pequeña. Fue ella quien me buscó para herirme y la Diana cazadora que habita en mí no iba a agachar la cabeza y callarse.

—No te tengo miedo —declaró, pero mentía. Estaba pálida como una muerta y solo por un segundo me apiadé de ella. Debía de estar muy enamorada y saber lo que él había compartido conmigo tenía que hierla profundamente.

—¿No me tienes miedo? ¿En serio? ¿Entonces qué haces aquí, Isabel? Tratas de marcar un territorio que nunca ha sido tuyo. —Y fue ahí, diciendo esas palabras, cuando me sentí realmente grande, fuerte y poderosa. Quizás Asdrúbal ya no me quiera, pero nadie puede quitarme lo que hemos tenido, lo que nos hemos amado y la huella que cada uno imprimió en el otro.

—Él está conmigo —declaró, con la voz un poco temblorosa.

—No es eso lo que él dice y Asdrúbal no es mentiroso. No pongo en duda que hayáis tenido vuestra historia, pero se acabó.

—¿En serio piensas eso? Ahora mismo iré a su apartamento, en cuanto acabe la fiesta, y entonces...

—¿Tratas de convencerme a mí o a ti misma? —le pregunté con condescendencia—. Mírate: eres guapa, lista y triunfadora, pero aquí estás, tratando de demostrar una valía en la que no crees. Ninguna de las dos vale más que la otra porque Asdrúbal nos elija o nos rechace. Y tu amor no vale menos que el mío, lo sé. Pero también sé que él no te quiere, del mismo modo que a mí no me quiere tampoco, así que... Dime, ¿de qué diablos estamos discutiendo?

No sé por qué cambié de táctica con ella. Quizás porque la vi perdida y me fastidió. Nosotras, las mujeres, nos ponemos demasiadas zancadillas, a veces necesitamos rebajar a las demás para sentirnos menos pequeñas, pero yo no necesito eso. Ya no. Creo que me di cuenta en ese instante.

—De modo que crees que ya no te quiere —susurró casi para sí misma, y lo hizo de un modo tan enigmático que por un segundo creí que sabía algo que yo ignoraba. Creí que Isabel pensaba que Asdrúbal aún sentía algo por mí, pero deseché esa idea de inmediato por absurda. Si él me quisiera aún, a Isabel no se le habría escapado ese comentario, ¿verdad?

—Es absurdo que sigamos hablando. Tú y yo, en realidad, no tenemos nada de qué hablar —le dije.

—Creí que me quería, ¿sabes? Lo nuestro duró poco, pero él se esforzaba tanto por enamorarse de mí que llegué a creer que lo había logrado o que lo lograría algún día, pero no... Tú le has robado hasta esa posibilidad. Lo único bueno de todo esto es que contigo tampoco volverá nunca —me dijo, con más tristeza que enfado.

Salí del baño con ella siguiéndome unos pasos por detrás y nos topamos con Asdrúbal, que se quedó lívido al vernos juntas, imaginando lo que había ocurrido.

—¿Qué demonios le has dicho, Isabel? —Su rostro estaba desencajado.

—Nada que ella no imaginara ya —le respondió con un tono cansado—. No puedo más. No puedo luchar contra algo tan imposible. No puedo... Y tampoco puedo perdonarte que me engañaras. Siempre supiste que no íbas a enamorarte de mí. ¡Me usaste!

Y se fue. Creí que él la seguiría porque el estado de Isabel era lamentable, pero no se movió, se quedó allí parado mirándome a los ojos como si tratara de adivinar lo que me pasaba por la cabeza en esos instantes, pero lo único que yo sentía eran unos celos espantosos y unas ganas inmensas de huir de allí, de no verlo, de olvidarme de todo, de arrancarme de la cabeza las imágenes de Asdrúbal haciendo el amor con otras mujeres.

—¿Se puede saber de qué hablabais en el baño? —me interrogó.

—Está enamorada de ti como una loca. —Se lo dije casi acusándolo por ello.

—¿Me encierro yo en el baño a hablar con los hombres que se han enamorado de ti y a quienes tú no has correspondido? No... Y no lo hago, en parte, porque no daría abasto. Eres una profesional destrozando corazones.

Lo miré sin parpadear, asombrada de que aún albergase tanta rabia hacia mí. Creo que se arrepintió de inmediato de sus palabras y de la mala bilingüística con la que me las dijo. Resopló antes de decir nada más.

—No sé qué demonios me haces, Livia. Cuando te tengo cerca doy rienda suelta a una crueldad impropia de mí. No me reconozco.

—Vaya, qué bonito... Que alguien te diga que sacas lo peor de él es...

—¡Yo no he dicho eso! —se defendió muy serio, casi enfadado.

—No, claro, pero no hace falta, ¿verdad? Nos conocemos lo suficientemente bien como para leer entre líneas.

—Parece que no me conoces tan bien como crees. No dije, ni pienso, que saques lo peor de mí. Si me transformo en alguien tan amargado es porque...

—Déjalo, no te esfuerces —lo corté cuando buscaba la palabra adecuada o cuando pensaba si lo que me iba a decir era lo más conveniente—. En serio, es mejor que no sigamos hablando.

Le di la espalda y me agarró del brazo con fuerza.

—¿Por qué demonios me interrumpes siempre? ¿Por qué no permites que te explique lo que siento o lo que pienso? Te das la vuelta, me dejas plantado y sacas conclusiones equivocadas. ¡Siempre igual, joder!

Iba a llorar, lo sabía. Iba a llorar y no quería que él me viera. Me solté de su mano dando un tirón y escapé corriendo, literalmente. Te encontré y te pedí que llamaras a un taxi, que me sacaras de allí antes de que montara un espectáculo rompiendo a llorar como una desesperada delante de toda aquella maldita gente.

Solo cuando estuve en casa, cuando comenzó esta fiebre de escribir sobre lo

nuestro y recuperé mi historia con Nico Valdés y con otros hombres a los que no he nombrado aquí porque no tuvieron ningún tipo de peso en mi vida, me di cuenta de lo injusta que fui con mi exmarido. ¿Qué esperaba, que él permaneciera célibe? ¿Acaso no había intentado yo amar a otros, superar lo nuestro? Sí, lo había intentado y sé por qué no lo logré: necesito decirle lo que significó en mi vida porque creo que él no lo sabe. Necesito hacerlo generosamente, sabiendo que no voy a conseguir nada con ello. Nada, excepto hacer justicia. Del mismo modo que yo sé la clase de amor que Asdrúbal sintió por mí, él sabrá que ha marcado mi vida y mi corazón a fuego y que una parte de mí siempre le pertenecerá, aunque en el futuro yo pueda compartir mi vida con otro hombre. Por eso fui a verlo a su casa.

El apartamento de Asdrúbal es pequeño, una sola habitación. «¿Para qué más, si apenas paro en casa?», había dicho él mismo, lo cual me extrañó, porque siempre había disfrutado de estar en casa, como toda la gente que en su juventud ha salido mucho. Incluso en las peores épocas de nuestro matrimonio, cuando cada uno ocupaba un lugar distinto del apartamento y resultaba incómodo encontrarse por el pasillo, él pasaba mucho tiempo en casa.

No te voy a negar que alguna que otra vez me paseé por su barrio para hacerme la encontradiza. Al fin y al cabo, hay muchas librerías por la zona y no sería extraño encontrarme por allí. Pero nunca vi a Asdrúbal. Había pasado ante el portal de su edificio unas cuantas veces y si cerraba los ojos, casi podía describir hasta el último detalle de la puerta de cristal y barrotes de acero, tan elegante y moderno, como la propia arquitectura del edificio. Pero nunca estuve dentro, en su apartamento. Me preguntaba cómo sería, si lo había alquilado con muebles o vacío. Opté por esto último porque, de lo contrario, qué habría hecho con lo que se llevó de nuestra casa tras el divorcio: su despacho al completo, por ejemplo, con el escritorio de caoba, la silla de piel y las estanterías y armarios. Ver aquellos muebles saliendo por la puerta del apartamento que habíamos compartido fue de las cosas más dolorosas a las que me enfrenté. A veces lo comparo al hecho de que te extirpen un riñón.

Todo el mundo sabe que puedes vivir solo con el otro, pero no es lo mismo. Sé que exagero. Alguien que tenga un único riñón pensará que esta comparación es totalmente superficial y es cierto. Comparaciones como esa solo pueden hacerlas los que, al igual que yo, no han pasado por un trance así de duro. Pero lo cierto que es que yo sentí que me extirpaban aquellos muebles, que me los arrancaban físicamente. La habitación aún hoy está vacía y con la puerta cerrada porque contemplarla me dolía. Cada vez duele menos, a qué negarlo. Afortunadamente eso que dicen de que el tiempo mitiga el dolor o nos enseña a sobrellevarlo es cierto. Aún escuece la habitación vacía, pero cada vez menos. Eso sí: me da una pereza horrible amueblarla de nuevo. No la necesito, además. Nuestro apartamento era demasiado grande. Había sido comprado cuando pretendíamos tener hijos y ahora vivo yo sola. Hubo un tiempo en que habría agradecido que me sobraran las habitaciones en casa (cuando era niña y compartía la mía con Florencia, por ejemplo), pero ya no. A veces pienso que los deseos se nos cumplen cuando ya no nos importan o cuando los hemos olvidado y deseamos otra cosa.

Parada frente al portal de Asdrúbal, con la mirada fija en el botón del micro que indicaba la buhardilla, me sentía valiente y miserable a la vez. Valiente porque al fin iba a atreverme a hablar de lo que sentía sin tapujos y miserable porque debería haberlo hecho antes, cuando aún estaba a tiempo de volver con él. Recuerdo ahora una novela de Ramón Buenaventura titulada *El año que viene en Tánger*. En la novela, uno de los protagonistas, cuando regresa a Tánger después de tanto soñarlo, se siente decepcionado y dice que (cito de memoria) al igual que Ulises al regresar a Ítaca, debía entender que lo importante no era llegar, era haber hecho el camino, porque ese es el aprendizaje y cuando llegamos no somos los mismos. No soy la misma que Asdrúbal conoció y con la que se casó. Soy otra. Y quiero pensar que lo importante no es no haber llegado a tiempo, lo importante no es que Asdrúbal ya no me quiera. Lo verdaderamente importante es que he recorrido el camino y he cambiado, por mí, por mi propia felicidad, y también por la felicidad de

quienes vayan a estar conmigo en el futuro, sean amigos o amantes. Quienquiera que sea. Lo importante no siempre es llegar a tiempo. Lo importante es haber hecho el camino.

Había hecho el camino y había llegado, pues, ante el portal de Asdrúbal, con tan buena suerte que justo al ir a llamar a su micro, un vecino abrió la puerta y me preguntó si quería pasar. Eso facilitó las cosas, porque no sabía qué decirle a través del micro. Él se habría extrañado, querría saber qué hacía allí... Y todo esto sin verle la cara. Ya te dije en otra ocasión que escuchar hablar es ver hablar, por eso odio el teléfono: si no veo la cara de la persona con la que hablo, todo lo que me dice lo pongo en cuarentena, nunca sé si creérmelo del todo.

El portal era tan moderno como todo el edificio. Brillaban los mármoles, los espejos y el acero. En el buzón vi su nombre escrito con letras de imprenta, Asdrúbal Loyola Altazor. Tomé el ascensor hasta la buhardilla. Al salir al pasillo me encontré con una única puerta. Estuve parada frente a ella varios segundos, sin atreverme a llamar. Tuve que armarme de valor para hacerlo y, cuando al fin escuché sus pasos acercándose, respiré profundamente, pues de lo contrario habría echado a correr.

Asdrúbal abrió la puerta y me miró con esa cara de extrañeza que se le pone cuando no comprende algo, como pasmado, con las pupilas dilatadas. Siempre ha sido sensible a las sorpresas, lo descolocan. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta azul desteñida y vieja que se había comprado en un chiringuito de Ibiza mucho antes de nuestro viaje a París.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con un cierto tono de emergencia en la voz.

—No, hombre —le dije, tratando de sonar lo más despreocupada posible, aunque me bailaba el desayuno en el estómago... Uno de esos desayunos rápidos en un bar que simulan ser saludables (zumo de naranja, café y sándwich), pero que te caen como una piedra y no acabas de digerirlo, y los nervios tampoco ayudaban a asentarme el estómago—, me acerqué a verte porque necesitaba hablar contigo. Si tienes un rato, claro...

—Pasa —me dijo. Se apartó del marco de la puerta, aún con aquella mirada entre sorprendida y desconfiada. Me extrañó que el apartamento tuviera las paredes lavadas, sin un solo cuadro, y que en el salón aún hubiera un par de cajas de cartón, de las que se había llevado llenas de libros tras el divorcio, sin desembalar, en una esquina, una sobre la otra. Parecía que acabara de mudarse, pero en realidad llevaba viviendo allí más de cinco años.

—Te extrañará mi visita... —comencé diciéndole, pero me interrumpió.

—Un poco sí, la verdad... No sé por qué os ha dado a todos por visitarme por sorpresa últimamente.

—¿Todos?

—Bueno, hoy has venido tú. Ayer, mi madre. Así, de golpe, después de no saber de ella durante un par de años. —No me estaba mirando a la cara. Acababa de sentarse en el sofá, a mi lado, y se miraba las manos. Sonrió con cierta tristeza.

—¿Está bien? —me hubiera apetecido acercar mis manos a las suyas, entrelazarlas. Estábamos sentados muy cerca, uno al lado del otro, y era la primera vez, desde que aquel domingo se había ido de casa, que estábamos solos. Nueva York no cuenta porque en el bar de su hotel estábamos rodeados de gente. No sé si él estaría nervioso. Yo, desde luego, estaba como un flan.

—Mi madre siempre está bien, ya la conoces. Tras el divorcio está aún mejor. Tenía que haberlo hecho hace mucho tiempo —se encogió de hombros—. Alargar las cosas que no tienen solución es una estupidez.

—Me alegro de que hayas hablado con ella —le dije, tratando de olvidar el significado de su última reflexión y hasta qué punto podría estar hablando de nosotros, de nuestro divorcio, y no del de sus padres.

—Hablamos, sí, pero no sirvió para nada. Hablar con ella nunca sirve para nada. Lo que no le entra en la cabeza es que ya no me importa lo más mínimo que desaparezca durante años o que de pronto aparezca ante mi puerta. Cree que sigo siendo el niño que le lloraba por teléfono pidiéndole que regresara de cada uno de sus continuos viajes. —Al decir esto sí me miró. Por fin me

miraba mientras estaba hablando. Se me puso un nudo en el estómago porque aquella conversación no se trataba solo de la madre de Asdrúbal. Creo que él hablaba de mí, así que le seguí el juego.

—Probablemente ella ya lo sepa y no haya venido para arreglar nada, solo para decirte que está ahí, a pesar de todo. —La risa de Asdrúbal me sorprendió. Era una carcajada hueca, triste, que sonaba a enfado.

—Mi madre nunca está para nadie, parece mentira que la conozcas. No entiendo que ahora la defiendas, cuando nunca se tomó la molestia de aprenderse tu nombre... ¿O ya no recuerdas que siempre te ha llamado Lydia? —Claro que lo recordaba, pero no me ofendía. Sabía que era una de esas mujeres que tienen la necesidad de sentirse interesantes y hacen como que olvidan los nombres de la gente y niegan que les hayan presentado a tal o cual persona, como si eso indicara su importante *status* en vez de la realidad: que era una grosería imperdonable.

—Es cierto, no tiene sentido defender a tu madre. En realidad, estaba hablando de mí —le solté si respirar siquiera.

—¿De ti? —Su rostro ahora sí era un poema. Hubiera deseado abrazarlo y borrarle esa mirada de niño perdido. ¿Cómo había podido resistirme durante todos aquellos años a aquel hombre estupendo que tenía ante mí, a ese encanto al mismo tiempo duro y tierno?

—Sí, de mí, y por favor no me interrumpas porque, si lo haces, no volveré a reunir el valor para decírtelo... —Me detuve unos segundos, pero él no dijo nada y algo en su expresión, algo que no sabría describirte, me indicó que sabía lo que iba a decirle. Seguramente durante mucho tiempo habría esperado escuchar aquello y, sin embargo, le llegaba cuando ya no le importaba escucharlo—. Me gustas desde los diez años y me enamoré de ti a los quince, aquella tarde en que comimos castañas en el parque y luego me acompañaste a clase de francés y me dijiste que en las películas, después de tardes como aquellas, los protagonistas acaban besándose apasionadamente, ¿lo recuerdas? —Él no dijo nada, ni siquiera asintió—. Llevabas un abrigo azul marino y te

parecías a Alain Delon de joven. Aún te pareces. —Los labios de Asdrúbal dibujaron una media sonrisa y me miró con ternura, te lo juro, no me equivoco, lo conozco muy bien—. Pero eras demasiado perfecto, mis padres te adoran... Y no quería darles el gusto a mis padres. Creía estar enamorada de personajes literarios y cinematográficos y en cada uno buscaba cosas que después encontré en ti, pero no quise verlo. Quería enamorarme de alguien que rompiera todos los esquemas de mis padres, que los sacudiera de arriba abajo, no sé si me explico. Me resistí a lo que siento por ti hasta las últimas consecuencias, pero no hay nada que hacer, es más fuerte que yo. —Me callé unos segundos, no sé si para tomar aire o para darle tiempo a que reaccionara, pero como no lo hizo, continué—. Sé que es tarde, que nada de lo que te diga sirve ya. Tal y como acabas de decir con respecto a tu madre, no eres el chico que le pide a nadie que vuelva. Sé que ya no me quieres y que eso no tiene vuelta atrás. No creas que todo esto que te estoy diciendo es una manera de convencerte de nada. Asumo mis culpas. Si para algo me han servido estos años es para darme cuenta de mis errores, de lo cruel que fui, y solo quiero pedirte perdón y decirte que yo también te quería y aún te quiero. Solo eso... ¡Ah! Y ya que estoy de confesiones, debo confesarte que Tavo no existía, que me inventé un novio porque estaba muerta de celos, creía que tú estabas enamorado de Isabel. —Asdrúbal permanecía como una estatua, mirándome casi sin pestañear. Quizás no debería haberme puesto tan solemne como después me puse, no pude evitarlo—. El día que te fuiste del apartamento fue el más duro de mi vida. Aún hoy tengo cerrada la puerta de tu despacho porque verla vacía me duele. Quiero que sepas, aunque seguramente eso ya no sirva para que te sientas mejor, que te he echado de menos cada día desde entonces y que cuando nos vimos en Nueva York me había vestido así para ti. Quiero que sepas que he metido la pata una y otra vez, que como pareja he sido nefasta, lo sé, pero perderte a ti ha sido perder una de las partes más importantes de mi vida. Me vienen a la memoria muchos de los momentos en los que fui cruel contigo y me muero de la vergüenza y de la pena. —Me callé

porque sabía que si continuaba hablando iba a ponerme a llorar y no podía hacerlo, pero Asdrúbal me acarició el rostro y me rompí. No llegué a llorar pero se me escapó uno de esos suspiros que son la antesala del llanto.

—Y si dices que sabes que esta especie de declaración no va a servirte para nada ya, ¿por qué la haces? —Me miraba muy serio, con el ceño fruncido.

—Porque imagino que siempre has considerado una pérdida de tiempo los años pasados conmigo. Te habrás sentido estúpido por quererme. Necesitaba que supieras que yo también te quería. Te quería y te quiero —me tembló un poco el labio inferior, pero logré no ponerme a llorar.

—¿Te sientes mejor ahora? —quiso saber.

—No se trata de que yo me sienta mejor, se trata de que esto haya servido para que te sientas mejor tú... Espero que te sientas mejor.

Tardó unos segundos en responderme.

—No sé cómo me siento. Necesitaré un tiempo para digerirlo... Para digerir que me lo dijeras, porque siempre he tenido claro que me quieres. Creo que lo ha sabido todo el mundo excepto tú, Livia. Pero aun sabiendo que me querías, me harté de aguantar niñerías, porque tú quieres como el que odia: con rabia. Lo de Nueva York fue el colmo... —No estaba enfadado, estaba simplemente cansado. Hablaba despacio, con mucha calma.

—Lo sé, lo sé —le dije, interrumpiéndolo—. Fue otra de mis idioteces, pero me había comprado aquel estúpido vestido y aquellos zapatos de tacón e iba absolutamente segura de que tú habías ido a Nueva York solo para verme, que lo del curso que ibas a impartir en la universidad era una invención. A veces soy así de boba y creo que todavía queda algo entre nosotros, que aún me quieres, que estamos a tiempo de empezar de nuevo. Luego pienso que no, que lo he superado y ya puedo pensar fríamente y sin hacerme ilusiones, pero entonces ocurre algo y la esperanza renace, como por ejemplo ahora —confesé antes de poder refrenar mi lengua—, al ver tu apartamento con las cajas de cartón de la mudanza aún sin abrir... No quiero pensarlo y, sin embargo, me asalta la idea de que tal vez no las has desembalado porque

esperas volver a casa... Conmigo. —Se me quebró la voz y tuve que dejar de hablar. Sabía que Asdrúbal me estaba mirando, pero no podía mirarlo. Todo aquello comenzaba a tener tintes patéticos, de melodrama barato. Me levanté del sofá y me disculpé.

—¿Te vas así, justo ahora? —me dijo, un poco descolocado, levantándose también del sofá. A veces olvido lo alto que es y lo baja que soy yo. Mis ojos miraban al frente, a la altura de su pecho, y se fijaban en la camiseta vieja que llevaba como si la vieran por primera vez. Estaba allí parada sin saber qué decir, incómoda. Lo mejor era irme en ese instante, pues así él no se vería obligado a decir nada porque, al fin y al cabo, ¿qué iba a decir, cuando ya era tan tarde? Por otro lado, no quería irme, porque sabía que cuando saliera por esa puerta todo cambiaría mucho más de lo que había cambiado tras el divorcio o tras nuestra discusión en Nueva York.

—En Nueva York me dijiste... —medité unos segundos antes de continuar—. Me dijiste que ya no existía para ti y que no merecía ni el esfuerzo de un saludo, pero que me saludarías por respeto a mis padres...

Él chascó la lengua.

—Estaba enfadado contigo —frunció los labios—. Si hubiera sido posible, te habría mandado en una nave a otro planeta, a otra galaxia, para asegurarme de que no iba a verte nunca más. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón e inclinó un poco la cabeza. Yo seguía mirándolo de tanto en tanto, sin atreverme a mantenerle la mirada—. Pero estaba enfadado. Sinceramente, no creo que pudiera soportar no verte durante mucho tiempo, por eso fui a Nueva York. Tu instinto no te mintió, no había ningún curso en ninguna universidad. Y las cajas sin abrir, también están ahí porque durante mucho tiempo creí que el divorcio era pasajero y que iba a volver a casa, pero hace bastante que dejé de soñar con eso.

Suspiré con tristeza mientras lo escuchaba.

—¿Puedo preguntarte una cosa? Solo una, pero, por favor, sé sincero conmigo. Necesito saberlo... —Mi voz sonaba a súplica y lo sabía, pero no

me importaba. Me había quitado todas las máscaras.

—Dime, ¿qué quieres saber? —Entrecerró los ojos y me miró de una manera que no comprendí, casi con precaución, como si le estuviera pidiendo que saltara sin red.

—¿En qué momento supiste que ya no estabas enamorado de mí? —Contuve el aliento a la espera de su respuesta. Quería saber en qué momento había comenzado a ser imposible lo nuestro. Él cerró los ojos y sonrió casi con resignación. Parecía que aquella era justo la pregunta que había estado temiendo que le hiciera. Antes de hablar me miró fijamente.

—Nunca dejé de estar enamorado de ti. Aún lo estoy. —La respuesta fue tan sencilla, dicha de una manera tan desprovista de artificios, y yo había aguantado el llanto durante tanto tiempo, que ya no pude aguantarlo más. Rompí a llorar con desesperación. Me dejé caer en el sofá. Escondí el rostro entre las manos.

—Lo siento —traté de disculparme entre hipos por la escena que estaba montando en ese momento—, es que estoy muy nerviosa y no esperaba esa respuesta.

—Livia... —comenzó a decir, aún con las manos en los bolsillos y de pie, parado frente a mí. Supe que en ese instante vendría el *pero*, porque aquella declaración de Asdrúbal tenía un *pero*—. Sigo enamorado de ti y sigo deseándote, por eso tengo las manos en los bolsillos, porque si las saco, te abrazaría y te arrastraría a la cama y no puedo hacerlo. No debo hacerlo. — Me aparté las manos del rostro y lo miré entre las lágrimas. Lo veía borroso. Me levanté para enfrentarme ahora a él, porque si bien es cierto que no había ido con ninguna intención, tras saber que él seguía queriéndome, no podía desaparecer de allí sin intentar algo.

—Dame una oportunidad, la última. Te prometo que no te vas a arrepentir. Sin prisas, sin presiones. No tenemos que vivir juntos, podemos salir de vez en cuando, ver qué pasa... Por favor, Asdru. —Hacía años que no lo llamaba por el diminutivo y sabía perfectamente cómo lo desarmaba mi manera de

pronunciarlo.

—No hagas eso, no me manipules. —Parecía contrariado, pero ni de lejos tan seguro en su intención de seguir alejado de mí como él pretendía—. ¿Cuántas veces crees que voy a dejar que me rompas el corazón?

Me atreví a dar un paso hacia él, que no se apartó. Estábamos más cerca de lo que habíamos estado en años. Apretó los puños dentro de los bolsillos del pantalón y se notaba la tensión en su mandíbula. Me costaba respirar. Si daba un paso en falso, toda aquella magia se rompería, así que no me atrevía a acercarme más ni a intentar besarlo. No soportaría que me rechazase.

—De acuerdo —le dije sin poder disimular el abatimiento—. Entiendo que no quieras arriesgarte. En cierta manera lo sabía, sabía que no ibas a perdonarme, igual que no perdonaste a tu madre...

—Lo de mi madre es distinto —me dijo con sequedad—. Es imperdonable que la persona que te debe cuidar, enseñar y proteger no haga nada de eso y te abandone en medio de la nada, rodeado de desconocidos. Eres incapaz de perdonar tú a tus padres por haberte protegido en exceso, imagínate lo que sentiré yo hacia los míos, que nunca se han preocupado por mí...

—Y también dijiste aquello de Rhett Butler, que no perdonaría a Escarlata, hiciera ella lo que hiciese por enmendar sus errores. Desde adolescente tenías muy claras ciertas cosas. —Creía que no podía sentirme peor de lo que ya me sentía, pero me equivocaba. Sí podía sentirme peor.

—Dios, hace mil años de eso. —Por fin sacó las manos de los bolsillos y las dejó caer a ambos lados de su cuerpo—. Además, yo nunca dije semejante cosa, no dije tajantemente que él no iba a perdonarla, sino que podía no hacerlo. La tajante eras tú, que dabas por supuestas muchas cosas, las cosas que te convenía creer.

—Sí, siempre he sido así de estúpida. —Tenía el estómago revuelto y si no salía de allí inmediatamente y tomaba un poco de aire fresco, acabaría vomitando el maldito desayuno—. Ahora sí debo irme, ya no hay nada más de qué hablar. Lo siento, Asdrúbal, lo siento de verdad. Siento incluso haber

venido hoy aquí y haberte dicho todo esto. Solo servirá para sentirnos más incómodos cuando nos veamos. —Me encaminé hacia la puerta y salí sin mirar atrás. Oí que me llamaba por mi nombre mientras bajaba por las escaleras, porque no quise esperar el ascensor, pero no me siguió ni yo me detuve para ver qué quería.

Todo esto ocurrió anteayer. Mi antigua yo habría ideado un viaje para huir, pero basta de tonterías. Debo enfrentar las cosas y enfrentarlas aquí. Me siento desnuda después de haberle dicho todo lo que sentía. Me siento mal, muy mal, con calambres en el estómago y ganas de bajar las persianas y acurrucarme en la cama hasta el próximo milenio, pero en vez de *autocompadecerme*, opto por el plan alternativo, el que nunca he tenido en cuenta. Acabo de ponerme un vestido verde que me compré la semana pasada. Hace una tarde soleada y fabulosa. Voy a salir por la ciudad a pasear mi pena, tomarme un helado, comprarme libros, tal vez ir al cine. Quizá me animo y te llamo para hablar un rato. He sacado por la impresora todo lo que te he escrito. Al final casi es una novela. Una novela de amor, nada más y nada menos, pero no solo es la historia de mi amor por Asdrúbal, sino también mi amor por la literatura y el cine, por los personajes que nos hacen soñar y las historias que nos enseñan que otra vida es posible, que la magia nos espera a la vuelta de la esquina y solo hace falta estar en el dial adecuado para captarla. Sí, creo que voy a llamarte. Podría enviarte todo esto que he escrito por correo electrónico, pero prefiero dártelo encuadernado. Disfruto más de lo que leo si toco el papel y creo que a ti debe de ocurrirte lo mismo.

En un ratito hablamos. Estoy deseando que leas la historia de Asdrúbal y me des tu opinión.

Madre mía, ha ocurrido algo.

Perdona que te escriba esto a mano y de cualquier manera, pero ha ocurrido

algo que cambia el rumbo de los acontecimientos. Cuando me disponía a telefonarte, recibí en el móvil una llamada de Asdrúbal. Le pregunté qué quería y me habló de Rhett Butler y Escarlata O'Hara.

—Creo que tienes razón —me dijo nada más descolgar el móvil—. Rhett no tiene más alternativa que aceptar que sigue enamorado de Escarlata y darle una nueva oportunidad. Al fin y al cabo, ella se está comportando como él siempre deseó que se comportara. —Su voz sonaba seria. No le estaba viendo la cara y sabes lo poco que me gusta escuchar una voz sin ver la cara de quien me habla. No sé cómo interpretar lo que me dicen.

—¿Estás hablando de ti y de mí? —quise cerciorarme, aunque imaginaba que sí.

—¿A ti qué te parece? Me importan una mierda Rhett y Escarlata.

Sonreí al escucharlo.

—¿Por qué no vienes a verme? Si lo prefieres, voy yo... Estés donde estés —le recalqué.

—Abre la puerta, anda. Estoy en el rellano de la escalera.

No escuché lo que seguía diciendo. Solté el teléfono sobre la mesa del salón y corrí a abrir la puerta. Allí estaba, sentado en uno de los escalones. Sonreía a medias, temeroso de alegrarse demasiado. Le brillaban los ojos y me miraba como me había mirado en París, durante nuestro viaje en coche, con todo el amor y toda la esperanza, apostando a ciegas de nuevo.

—No te vas a arrepentir —le aseguré, justo antes de sentarme a su lado en el escalón, aún con miedo de tocarlo, de abrazarlo, de acurrucarme contra su pecho.

—Eso espero, porque si el hada buena que eres ahora se convierte de nuevo en la bruja mala del cuento...

Le tapé la boca con mi mano. Sentí un cosquilleo cuando sus labios chocaron contra mi palma y comencé a temblar, presa de la excitación y el miedo, del deseo y la felicidad.

—Eso no va a pasar. Discutiremos, tendremos altibajos, lo normal en las

parejas, pero jamás dejaré que nada nuble lo que siento por ti. Te lo prometo. Estoy curada de todas mis idioteces.

Me miró los labios y creí que iba a besarme. Me sentí como antes del primer beso que me dio, incrédula y expectante. Y sin embargo no me besó. Se puso de pie y en un impulso me cogió en brazos y me agarró muy fuerte por las nalgas. Me abracé con las piernas a su cintura y con los brazos a su cuello, sin dejar de mirarlo, embobada. En esos momentos la señora Pascual abrió la puerta de su casa. Siempre hace lo mismo, es una cotilla. Una buena mujer, pero una cotilla. No conocía a Asdrúbal porque se había trasladado al edificio tiempo después de nuestro divorcio, pero intercambiamos algunas confidencias un día que se fue la luz y estábamos tan aterradas que preferimos morirnos de miedo juntas en su piso que separadas cada una en el nuestro. Ya se sabe: oscuridad, velas y unos cafés... Las confidencias están aseguradas. En fin, nos contamos nuestras vidas.

—Escuché ruidos y... —trató de excusarse, mientras se ajustaba bien las gafas al puente de la nariz y evitaba que uno de sus múltiples gatos se metiera en mi casa.

—No pasa nada, no se preocupe —le dije.

—¿Ese es Asdrúbal? —preguntó, curiosa.

Yo asentí con una enorme sonrisa y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Oh, de acuerdo. Entonces me pondré los tapones en los oídos para que tengáis más intimidad, ya sabes que estos tabiques...

Asdrúbal entró en casa y cerró la puerta con el pie sin despedirse de ella siquiera.

—Ahora buscará un vaso y lo apoyará en la pared para escucharnos bien, estoy segura. Buena es ella...

Sonrió ante mis palabras.

—¿Le hablas de mí a los vecinos?

—Le hablo de ti a todo el que me quiera escuchar, como los locos.

Siguió sonriendo.

—Ya veo. —Se mordió el labio inferior mientras recorría conmigo a cuestas el largo pasillo hasta el dormitorio.

—¿Qué ves?

—Lo desesperada que estás.

—Ni te lo imaginas.

—Oh, sí, ya lo creo que me lo imagino. Será más o menos el mismo tipo de desesperación que me consume a mí desde que nos divorciamos.

No me apoyó en el suelo, ni me depositó sobre la cama. En la misma posición en la que habíamos llegado hasta la habitación, sujetándome en vilo, simplemente aplastó mi espalda contra la pared y me miró durante un segundo eterno.

—No sé ni por dónde empezar contigo. He pasado tanta hambre de ti durante tanto tiempo y tengo un festín tan imponente ante mis ojos que, de verdad, no sé por dónde empezar.

—¿Recuerdas nuestra primera vez?

—Tendrían que hacerme una lobotomía para que la olvidara —murmuró, muy cerca de mi boca. Volvía a ser el hombre intenso que recordaba.

—Me dijiste que aquello no solo era sexo, yo simplemente te di la razón. No era sexo, pero tampoco era amor.

Alzo una ceja.

—¿Ah, no? —Lo noté un poco preocupado.

—No, esto no es amor. El amor se queda pequeño para lo que siento por ti. Para las cosas importantes nunca hay un nombre adecuado, ¿no crees?

No me respondió y seguí. Ladeó la cabeza, respiró profundo y cerró los ojos. Dios, lo conocía... Sabía lo rápido que latiría su corazón en esos instantes.

—Lo que yo siento por ti son constelaciones, universos enteros explotándome entre las costillas —susurré.

Sonrió con ternura.

—¿Universos explotándote entre las costillas? Pero mira que eres... —Un

mechón de pelo le cayó sobre la frente y se lo aparté. Después no pude evitar acariciarle la mejilla y él contuvo la respiración otra vez.

Sonreí y lo abracé más fuerte.

—Tú eres astrofísico y yo escritora, simplemente utilizo metáforas para que me entiendas.

—No hace falta que utilices metáforas del universo, puedo seguir tu línea de pensamiento. Soy catedrático en ti, no en Física. Bueno, también en Física —sonrió—. Llevo toda la vida estudiándote para entenderte, leyendo los libros que te veo pasear bajo el brazo y escuchando los discos cuyas canciones tarareas o viendo las películas de las que hablas con emoción, porque cuando ni tú misma sabías lo que sentías, lo que querías y lo que te pasaba, esas eran las únicas pistas que tenía para intentar comprenderte. Me hablaron de ti Elizabeth Bennet y Catherine Earnshaw y todas las heroínas de tus novelas favoritas porque había mucho de ellas en ti, así que cuando tú no me hablabas, tuve que escucharlas a ellas.

Me quedé muda... ¿Mientras yo vivía mi vida a través de la literatura, Asdrúbal aprendía a conocerme del mismo modo?

—¿En serio? —le pregunté.

—Y tan en serio. Leí tantas veces *Orgullo y prejuicio* que se me puso cara de *Mr. Darcy*.

Rompí a reír.

—No te rías, Livia. Soy tu *Mr. Darcy*.

Negué con la cabeza.

—Eres mi Asdrúbal. Eres único, no hay personaje que se te iguale. Tienes características de todos los héroes literarios a los que una vez amé, pero eres mucho mejor que todos ellos juntos. Y encima me quieres.

—No te quiero —respiró profundamente—. Te amo, joder. Vaya si te amo. He cruzado... —comenzó a decir con una mirada muy pícaro. Supe que haría alusión a la película *Drácula* de Coppola. Me encantaba eso que estaba a punto de decirme...

—... Océanos de tiempo —completé la frase.

—He cruzado océanos de tiempo para volver a tenerte así. Todo lo he hecho por ti... Quiero a tu familia como si fuese mía, pero el motivo por el que casi me instalé en vuestra casa fuiste tú. Me volví loco por ti desde que te vi en el rellano de la escalera con aquel libro de cuentos de Poe y después cuando escuchaba cómo discutías con tus hermanos, tan vehemente. Eras tan lista, tan graciosa, tan canija y tan inmensa al mismo tiempo, que perdí el seso por ti a los pocos días de conocerte y aún hoy no lo he recuperado. Todo ha sido por ti. Por ti. He esperado toda mi vida por ti y esperaría mil vidas más —y al decirlo, me empujó levemente, como si quisiera hundirse entre mis piernas. Gemí ante su dureza y durante una hora apenas hablamos de nada más.

Nos desnudamos con prisas, con la respiración entrecortada y las manos temblorosas. Nos miramos con interés para comprobar si éramos tal y como nos recordábamos o si habíamos cambiado mucho y creo que a ambos nos gustó encontrar gestos conocidos y otros absolutamente nuevos, esa sensación de tener que explorar otra vez nuestros territorios más íntimos porque los mapas ya no registraban todos los lugares importantes y debíamos descubrirlos. Lo que no ha cambiado es el hecho de que siempre que estamos próximos al orgasmo damos rienda suelta a todos los sentimientos profundos, nos decimos cosas de las que queman, de las que dejan marca.

—Si vuelves a alejarme de ti, me moriré —susurra Asdrúbal ante los primeros temblores de su estallido de placer.

—Si vuelvo a alejarte de mí, si permito que algo nos separe, también yo me moriré —logro gimotear cuando todo mi cuerpo se contrae y se expande y finalmente se volatiliza en un orgasmo estratosférico. Y sabemos que ninguno de los dos habla de una muerte real. Hablamos de que ya nada va a separarnos, ni sus estupideces, ni las mías, ni lo que somos incapaces de explicar, porque si algo hemos aprendido a golpes durante todos estos años es que amar es hablar. Hablar aunque no se sepa qué queremos decir, qué necesitamos para sentirnos bien. Amar es escuchar incluso el silencio del otro

y arrancarlo de él.

Abrazada a Asdrúbal, desnuda y satisfecha, me sentí la mujer más poderosa del planeta. Todavía me siento así. Lo miro ahora dormir en nuestra cama y la casa parece de nuevo llena... Llena de esperanza, de proyectos. Mañana es lunes y no me enfrento como lo hago cada inicio de semana. Tengo ilusión. La felicidad, de pronto, es esta paz que siento. La felicidad son los planes pequeños, las pequeñas sonrisas diarias, toda esa cotidianidad que, por fin, puedo compartir con la persona elegida entre millones de personas, a quien amo y que, por un milagro de la vida, también me ama. Pienso todo esto mientras te escribo y recuerdo unas palabras de Dante Alighieri: «Ah, el amor, que mueve al Sol y a las demás estrellas».

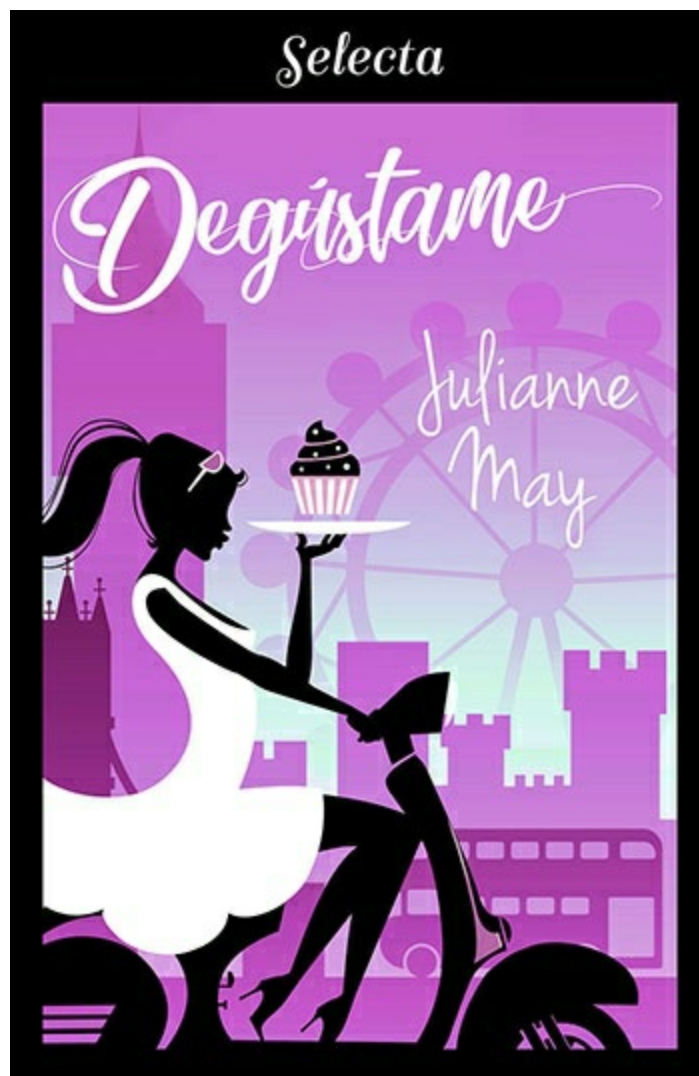
Si te ha gustado

El largo olvido

te recomendamos comenzar a leer

Degústame

de *Julianne May*



Capítulo 1

Abrí la puerta de mi apartamento lo más rápido que pude, entré y la cerré con mi propia espalda, que no pudo sostener más el peso de mi empapado cuerpo. Llovía. En el peor día de mi vida, llovía como nunca antes... Aunque al tratarse de Londres, dudo de que fuera muy diferente a lo de siempre. En realidad, lo que había hecho distinto ese día de otros no era el horrible tiempo, sino la escena asquerosa que habían contemplado mis ojos quince minutos atrás y que, dicho sea de paso, me había hecho renunciar a mi trabajo. ¿Habrían sido mis pecas? ¿Mi mirada marrón y común? ¿O mi cabello ligeramente rojizo lo que no le convencía tanto? No lo sabía. Y, aun así, no podía dejar de llorar. Las fuerzas se me iban en cada suspiro mocosos que largaba, por lo que dejé que mi cuerpo, aún apoyado en la puerta, se escurriera hasta el piso. Me acurruqué, abracé mis rodillas y permití que mi más molesto alarido de rabia y sollozo saliera. Claro que no duró mucho, pues enseguida escuché resonar el palo de la escoba de mi única vecina del primer piso. Vieja de mierda. ¿Acaso nunca había sufrido por amor? ¿Su corazón no era más que un maldito témpano como el de...? De solo recordarlo, se me hizo un nudo en la garganta. Los puños se me tensaron más y mis piernas tomaron las últimas fuerzas que tenían para hacerme correr hacia mi habitación. Revoqué mi viejo morral, limpié mi congestionada nariz con la manga de mi uniforme de cocina y emparenté mi móvil con mi *home theatre*. Al demonio con los ruidos de escobas y las brujas malas vecinas. Puse a todo volumen el único tema musical que me permitía liberarme de toda la porquería que tenía que soportar mi corazón... No, en realidad, puse la canción que hacía años nos identificaba como novios. Bueno..., más bien puse el tema que solo yo sentía que nos representaba como la pareja que, por supuesto, para él ni siquiera existía: *Other side of the world*, de KT Tunstall.

Me lancé sobre la cama y empecé a aullar toda la letra que pude hasta que no lo soporté más y me ahogué en llanto sobre mi almohadón favorito. Lo había hecho mi abuela con retazos de distintas telas. Pero recordar aquello no me ayudó mucho. Había fallecido hacía tres meses y sus últimas palabras no fueron «Te quiero» ni «Sé feliz». Lo último que le dijo a su más amada y única nieta fue: «Déjalo. Es un idiota. No es para ti».

«¡Mierda! ¡Mierda!».

Tomé el cojín y, con toda la rabia del mundo, intenté hundir mi rostro en él, pero no pude, pues una masa dura hizo que cada una de las terminaciones de mi cara insultara al maldito libro que guardaba siempre allí. Abrí la funda y, como cada día de mi triste vida, leí las primeras páginas por enésima vez.

—¿Otra vez? —dijo, sentado en el borde de mi cama, sosteniendo mi edición favorita de *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen.

Era Chad, el poseedor de la única copia de llaves de mi apartamento y mi mejor amigo. Ese tipo de amistad que todos dicen que no existe. No lo conozco desde mi sana y tierna infancia —gracias al cielo— ni mucho menos es homosexual —¿por qué rayos todos los mejores amigos de chicas tienen que ser *gays*?—. Por el contrario, es un maldito bastardo rompecorazones de puras jovencitas, mentiroso, fiestero, asqueroso, fanático de los Red Hot Chili Peppers y obsesivo del porno. Ese es Chad. Y aunque resulte inverosímil, jamás se me lanzó. Jamás. Simplemente nos hicimos amigos y punto. Agradezco a mi primer trabajo en la pastelería de su abuelo —igual de baboso y puerco—, donde lo conocí cinco años atrás.

—No me molestes —contesté, aún medio dormida. Tomé la manta y volví a cubrirme hasta la cabeza.

Chad tomó mi móvil y cortó mi canción favorita que, al parecer, había estado sonando de forma incesante durante siete horas.

—Estoy harto de esto, Pam. —Lanzó el libro como si fuera un *frisbee*—. Tu vida es un desastre y solo porque tú dejas que así sea.

Me senté en un solo movimiento y escruté su intensa mirada azul.

—¡Ja! ¡Mira quién lo dice! El más repugnante hombre destroza-sentimientos de Londres al que no le basta cuanta vagina andante haya en la ciudad, que consume los vídeos más cochinos del mundo para terminar de satisfacerse. Oh, sí... Eso sí que es ser feliz.

—Al menos no me la paso llorando —dijo sin problemas y arqueando sus gruesas y oscuras cejas—. Y, por cierto, soy el segundo hombre más repugnante de Londres. El primer puesto será por siempre para ese idiota al que dices amar...

«Hijo de...».

—¿Y para qué vas a llorar tú, si para eso están todas las estúpidas que tienen la mala suerte de cruzarse con tu maldito pene?!

El guaso sonrió.

—¿Mala suerte? Yo no diría eso. Y creo que ellas tampoco...

Resignada, puse los ojos en blanco y suspiré.

—Eres un estúpido. No entiendes nada del amor.

—¿Y crees que tú sí? —inquirió en una mezcla de enfado con indignación. Se levantó y clavó su mirada directo en mis hinchados ojos—. Ya basta, Pam. Esto no es sano y lo sabes. Debes dejarlo. No merece una mierda, pero menos de ti. Hasta la pobre Maggie se cansó de decírtelo, incluso minutos antes de morir.

—¡Hey! ¡Mi abuela no murió por eso! ¿OK? —contesté rabiosa.

—Yo no dije eso, aunque...

—¡Ya frénate, Chad! Además, si es por hacer lo sano y toda la estupidez que profesas, no eres el más indicado para hablar.

Bufó y revoleó los ojos.

—Espera, espera. Yo no les digo que quiero ser su novio ni nada parecido, Pam. De hecho, jamás siquiera nombro palabras ñoñas ni relacionadas a tu

vomitivo «amor».

—¡OK! —exclamé harta—. Dejemos de lado a las pobres almas de todas las mujeres a las que dejas suspirando y centrémonos en lo único que no puedes negar que es enfermizo y constante: ¡tu estúpido porno, Chad!

Elevó las cejas, desafiante.

—Muy bien. Lo acepto. No soy el más indicado para hablar ni dar consejos. Pero si lo fuera, cambiarías de parecer, ¿cierto?

Dudé unos segundos.

—Calculo que sí... Aunque no se me ocurre cómo. Así que, lo siento —respondí, haciendo una exagerada mueca de falsa pena.

—Yo sí sé cómo —dijo, cruzándose de brazos. Arqueé una ceja, sorprendida por su determinación—. Te propongo un pacto.

Largué todo el aire de mis pulmones.

—No, Chad. Eres un idiota mentiroso. ¿Crees que soy tan estúpida como para creerte?

—No. Pero sí creo que eres lo suficientemente inteligente para darte cuenta de que esta es una buena excusa y oportunidad para empezar a vivir en serio, Pam. —Entrecerré los ojos—. Y prometo que también cumpliré.

Suspiré.

—Habla...

—Pues yo te prometo que no consumiré pornografía durante un mes, si tú...

Lancé la más chocante carcajada. Él solo se limitó a parpadear lento y sin palabras de por medio hasta que se me pasara.

—¡No, no, no! ¡Es que realmente subestimas mi maltratado cerebro! Entiendo que mi delicada situación sentimental me hace un blanco fácil para creer hasta en hadas madrinas y unicornios, pero esto... ¡Esto es demasiado, Chad! —exclamé sin poder dejar de reír.

—Pam, lo digo de verdad —expresó más serio que nunca, lo que me hizo callar de inmediato. Sus ojos mostraban una sinceridad tan extraña de ver en él que hasta se me erizó la piel—. Yo no veré porno durante un mes, pero tú...

tú debes venir a la fiesta de hoy.

OK. La promesa de Chad era muy poco creíble, pero si había algo aún más imposible en este mundo, era llevarme a mí de parranda. Con mencionar que mi más alocada noche había sido jugar a las cartas con Maggie hasta las 5 a. m., creo que digo todo...

—Chad... —expresé, resignada y dispuesta a dar mi mejor excusa.

—¡Vamos, Pam! ¿Acaso no quieres algo distinto al infierno en el que has estado viviendo durante estos últimos cuatro años?

—Sí, entiendo lo que dices, pero no quiero algo peor, no quier...

—¡No puedes saber si es peor si no lo vives primero, Pam! —me interrumpió.

—Es cierto, pero hay ciertas cosas que no necesito probar para saber que no son las más adecuadas para seguir el camino que, en realidad, quiero para mi vida. ¿No crees? —repliqué, haciéndome la adulta.

—¿Una fiesta? ¡¿Disfrutar de una maldita y puta fiesta te parece inadecuado, Pam?! —inquirió indignado—. ¡Vamos! ¡No puedes estar hablando en serio!

No podía responderle. No quería hacerlo, aunque mi cabeza negaba una y otra vez de forma automática e insegura.

Y sonó mi móvil. ¿Adivinen qué tema musical había escogido como tono de contacto para «él»?

—Es Ferdinand... —dije, mirando mi teléfono con cierta esperanza.

—¿En serio?! ¡Si no me lo hubieras aclarado, creo que jamás hubiera imaginado quién demonios era! —ironizó—. ¡Odio esa puta canción! ¡Y si vuelvo a escucharla en algún otro lado, juro que me corto las pelotas! ¡Lo juro! —exclamó indignado.

Suspiré. Nunca había visto a Chad tan mal. Y menos por alguien que no fuera él mismo. Y muchísimo menos por una mujer. Mi mirada se turnaba entre el incesante móvil que sonaba con el tema de KT Tunstall y el frenético Chad que se agarraba el pelo una y otra vez mientras insultaba al estúpido y creído de Ferdinand.

Sí, estúpido Ferdinand... Estúpida yo.

Miré el piso; el libro de Austen había quedado abierto con un machucado marcapáginas a la vista, que mi abuela me había regalado para que dejara de usar sus servilletas como guía de lectura.

Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo.

Albert Einstein

Librería El ciego

Mierda. Sentí el mazazo en la cabeza... y en el corazón, pues había vuelto a latir, pero no por amor, sino por recuperar las ganas de vivir, de disfrutar.

—Vamos, Chad —lancé determinante al mismo tiempo que me puse de pie.

Mi amigo elevó la vista y salió de su refunfuño para entrar en un estado de desconcierto absoluto.

—¿Qué...?

—Lo que oíste. Vamos a la maldita fiesta, Chad.

Salí de la habitación, decidida, aunque riendo al escuchar las apagadas y angustiadas palabras de Chad.

—¿No... no veré porno por un mes?

Se puede amar tanto a alguien como para esperarlo eternamente, aunque todo parezca estar en contra?



Livia pertenece a una familia de personas extraordinarias, pero ella se considera de lo más mediocre, es decir: ha vivido toda su vida con la sensación de decepcionar a todo el mundo, de no ser digna del apellido que lleva y eso supone una serie de conflictos, porque por un lado está lo que desea y por otro, lo que debe hacer y ambas opciones tiran de ella haciéndola sentir siempre insatisfecha.

Livia desea a Asdrúbal. De hecho, lo ama desde hace tanto tiempo que ya ni recuerda cuándo empezó a amarlo, quizás cuando era niña, pero él representa todo lo que su familia considera perfecto y está harta de plegarse a los deseos de sus padres y hermanos. No, no puede permitirse amar a Asdrúbal, pero finalmente se casan... Y se divorcian, y ahí comienza esta historia.

Livia y Asdrúbal están divorciados. Ella sabe que su exmarido es el amor de su vida, pero lo aleja de ella una y otra vez, le hace daño una y otra vez y no, no es porque él sea una blando. Asdrúbal es perfecto, pero hasta los hombres perfectos se cansan y él se hartó ya de ella, justo cuando Livia se atreve a reconocer que es el hombre de su vida. Pero ya es tarde. ¿Acaso puede hacer ella algo para cambiar las cosas?

Marcia Cotlan nació en Oviedo en 1975. Estudió Filología y en la actualidad se dedica a la docencia. Escribe desde muy pequeña (poesía, relato, novela de misterio), pero no se atrevió con la novela romántica hasta hace cuatro años. Se decanta, especialmente por la romántica histórica y el suspense romántico, aunque ahora también está escribiendo contemporánea. En 2013 publicó *Corazones heridos*.

Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Marcia Cotlan

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-30-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El largo olvido

La llegada

Decisiones equivocadas

No quiero ser un dragón

Escarlata

Nueva York y California

Road movie

La fiesta

Enfrentándome

Asdrúbal

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marcia Cotlan

Créditos